



Soy tu voz en el viento

Poesía reunida



P.A. GONZÁLEZ
Caracas 1999

Luis Beltrán Prieto Figueroa



SOY TU VOZ EN EL VIENTO
POESÍA REUNIDA



© Fundación Editorial El perro y la rana, 2013

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas (1010), Venezuela.
Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399.

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Facebook: Editorial perro rana
Twitter: @perroyranalibro

Imagen de portada: Acuarela, 1929 de Pedro
Ángel González
(Premio Nacional de Pintura).
Del cuaderno de boda de la esposa
de Luis Beltrán Prieto Figueroa: Cecilia Oliveira
de Prieto.

Diseño:

Jairo Noriega

Edición al cuidado de:

Alejandro Madero

Corrección:

Xoralys Alva
Juan Pedro Herraiz

Transcripción:

Morella Cabrera
María Dolores Cervantes
Ingrid Sánchez

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal lf 40220128004613
ISBN 978-980-14-2496-3

© Fundación Luis Beltrán Prieto Figueroa

Edificio Sede del Ministerio de Educación,
Esquina de Salas, Parroquia Altagracia,
Piso 13, Oficina 13-17.
Telfs. (0212) 506.82.72 /82.74 /Fax: (0212) 506.83.13
Página Web: www.fundaprieto.org

Presidenta:

Cecilia Prieto Oliveira

Directora:

Luisa Rodríguez Bello

Vice-Presidenta:

Minelia Villalba de Ledezma

Director:

Guillermo Luque

Director General:

José Francisco Espinoza Prieto

Tesorera:

Nelly Pinto de Escalona

Director:

Gonzalo Prieto Oliveira

Consultor Jurídico:

Francisco Espinoza Prieto





SOY TU VOZ EN EL VIENTO

POESÍA REUNIDA

LUIS BELTRÁN PRIETO FIGUEROA

PRÓLOGO: GUSTAVO PEREIRA

PRÓLOGO

NOTA SENTIMENTAL PARA ACOMPAÑAR AL MAESTRO PRIETO

I

Hace treinta años, en julio de 1982, en la Cumaná que viera nacer a su amigo Andrés Eloy Blanco y también a José Antonio Ramos Sucre, me fue conferido el honor de pronunciar unas palabras en homenaje a Luis Beltrán Prieto Figueroa en el acto académico mediante el cual la Universidad de Oriente le confería al ilustre maestro el más alto de sus reconocimientos, el doctorado Honoris Causa. Las concluí citando unos versos de su libro *Verba mínima* (“Para vivir las cosas/ primero hay que soñarlas”) no sin preguntarme cuántos, en la Venezuela de entonces, eran capaces de penetrar en lo que esa breve estrofa, viniendo de quien venía, simbolizara.

Cabe decir, que soñar las cosas significa también vivirlas plenamente para hacerlas posibles.

No en vano citaba en aquella ocasión aquellos versos de aquel libro, cuyo manuscrito había dejado en mis manos cierta mañana, seis años atrás, el entonces para mí prestigioso educador y político pero ignorado oficiante de la poesía. Aunque él había publicado un poemario que yo desconocía, *Mural de mi ciudad* (1975) y en las prensas de Editorial Arte aguardaba otro, *Del hombre al hombre* (1977), la sorpresa inicial de constatar que aquellos breves poemas, de lenguaje preciso y destellante, revelaban no solo acercamiento audaz a la expresión poética, sino a sus recursos sintácticos y semánticos, dio paso a una nota entusiasta que escribí en un diario de Caracas bajo la sospecha de que esas tres compilaciones, que habrían de aparecer casi coetáneamente, no eran los primeros intentos de escritura poética del Maestro Prieto, como lo llamaban todos.

La suposición vendría a ser confirmada recientemente por José Francisco Espinoza Prieto, quien me dio a conocer un cuaderno guardado celosamente por doña Cecilia Oliveira de Prieto durante años, extraviado en sucesivos allanamientos a su casa y reaparecido y encontrado casi milagrosamente por su sobrino.

El mismo contiene poemas –en su mayor parte textos amorosos pergeñados bajo la preceptiva parnasiana– que si bien no añaden agua nueva a la obra del autor de *Verba mínima* (1978) nos sirven para percibir las presencias genéticas de un cauce. Escribe LBPF en la nota preliminar de *Mural de mi ciudad*:

Aun cuando cultivé desde adolescente la poesía, esta sirvió apenas para el interior regocijo y para la comunicación con personas de mi intimidad. Solo, ocasionalmente, publiqué versos. Además, entre nosotros, la poesía se considera como un subproducto, un quehacer distante de la lucha. Su reino se sitúa al margen del intrincado mundo donde se dilucidan las

ambiciones de poder y la manera de alcanzarlo. Las preocupaciones por mejorar las condiciones de vida de los pueblos, la lucha por su liberación nacional, por la libertad de los hombres, por la salud, por la cultura, menesteres prosaicos, no obstante que han inspirado grandes e inmortales poemas, según el decir de algunos, no encuentran en los poetas líderes eficaces para convertirlas en realidades. Esa es razón para que puestos en la tarea política los poetas callen transitoria o definitivamente, o como las niñas púberes que pretenden esconder el brote candoroso de sus senos, ocultan con rubor su obra.

En la poesía de Luis Beltrán Pietro Figueroa late una visión celebratoria de la vida y sus criaturas, convertida en quehacer comprometido y persistente. Siempre admiré en él, a la par que su mil veces comprobada honestidad y el humor chispeante y cáustico, ante todo la inmensa virtud de haber convertido su existencia en permanente acto de entrega a un ideal de redención colectiva e impercedero magisterio. Acaso por ello, en la más pura de las lecciones martianas, y no solo como simple y pura expresión de afecto, les recordará a sus hijos, en la dedicatoria de la primera edición de *Verba mínima*, que “la única vida digna de vivirse es la que se reparte en trabajo premioso en favor de los demás”.

Si *Mural de mi ciudad* fue canto celebratorio de La Asunción, su pueblo margariteño en donde había nacido el 14 de marzo de 1902 (“Cuanto crece en tu suelo,/ espina o flor,/ serpiente o pájaro,/ guijarro o yerba,/ arcilla o caracol,/ madera, acantilado,/ fruta o semilla,/ me toca de su mano/ para fundirme en ti”), y *Del hombre al hombre* fervorosa afirmación de la condición humana en un mundo caracterizado por los grandes desequilibrios sociales y espirituales que propiciaron en el siglo XX dos guerras mundiales e innumerables crímenes y vejaciones imperiales (“Aquí mi testimonio/ irrefutable de asombro o ensimismamiento,/ en una búsqueda sin tregua/ de la humana presencia”), *Verba mínima* devino en recogido universo, cercano a la reflexión filosófica y experiencias espirituales pródigas en relaciones sugestivas, a la usanza de la tanka y el haikú japoneses cuya influencia está presente en sus breves poemas:

*El tiempo se queda suspendido
en la rama que se quiebra
con el peso del pasado*

o bien:

*El gato
la garra afila
en la vigilia:
solo un salto,
sacrificio de pájaro!*

II

A mediados de 1986 recibí una llamada telefónica del Maestro, quien terminada la redacción del que sería su último poemario, *Isla de azul y viento*, me preguntaba si quería ser su prologuista. Aceptado por supuesto el honor, quiso saber si podía enviarme los originales de inmediato y en cuánto tiempo podría escribir el texto. “Quiero tu franca opinión, trata esos poemas como si fueran de un enemigo”, añadió, no sin instarme, acto seguido, a que le comunicara sin ambages mis primeras impresiones.

Recibido el libro dos días después me hallé, al comenzar su lectura, con un inesperado presente: el primer poema, “Alumbramiento de Paraguachoa”, extenso y estremecido canto sobre la génesis telúrica y humana de la isla de Margarita, me estaba dedicado. Conociendo como conocía al Maestro, estaba seguro de que no me perdonaría ningún intento de cohibirme, por virtud de un elemental sentimiento de gratitud, a la hora de cualquier probable señalamiento.

Con timidez derivada del inmenso respeto intelectual que le tenía, sin embargo, me atreví a hacerle el prólogo cuando tres días después me llamó de nuevo, esta vez para preguntarme si había leído los poemas y mi opinión sobre los mismos. Una observación, en particular, me era particularmente cara, pero no sabía cómo decírsela sin temor a herirlo. Hasta que cuatro días después me vuelve a llamar para preguntarme si tenía alguna otra sugerencia y si avanzaba en el prólogo. Tal era su premura para entregar el libro a la imprenta.

Entonces me atreví a decirle que puesto que “Alumbramiento de Paraguachoa” me estaba dedicado y por ello no podía sino, amén de orgulloso, sentirme condueño del poema, me habría gustado, si era posible, ver la penúltima estrofa, en honor a la verdad histórica, corregida. En el original que tenía en mis manos los primeros versos de esa estrofa mencionan así el arribo de los caribes a la isla:

*Arrogantes luchadores, los caribes
someten hombres, persiguiéndolos por bosques y pantanos.
Sus armas aguzadas, de veneno en la punta,
disparaban al grito: Ana karina rote.*

*(Solo el caribe es hombre); era un cielo de flechas,
de la playa hacia el bosque,
del bosque hacia la playa...*

Como pude, le expresé al Maestro lo que sabía acerca de la expresión *Ana karina rote*, recogida por Gumilla en su obra *El Orinoco ilustrado y defendido*, escrita en la primera mitad del siglo XVIII durante su permanencia entre pueblos orinoquenses. Escribió el sacerdote jesuita:

Preguntados estos ¿de dónde salieron sus mayores?, no saben dar otra respuesta que esta: *Ana kariná roté*. Esto es: *Solamente nosotros somos gente*. Y esta respuesta nace de la soberbia con que miran al resto de aquellas naciones, como esclavos suyos; y con la misma lisura se lo dicen en su cara, con estas formales palabras: *Amucón papororo itóto nantó: Todas las demás gentes son esclavos nuestros*. Esta es la altivez bárbara de esta nación *cariba*; y realmente trata con desprecio, y con tiranía a todas aquellas gentes.

Habiendo resistido hasta el final a la invasión colonizadora, motejados de antropófagos como pretexto para esclavizarlos –la palabra canibalismo viene de la deformación *caniba* que Colón y sus hombres oyeron por primera vez en las Antillas por boca de pueblos arawacos– los *kari’ña* o *kari’ñako* –nombre de los verdaderos caribes– serían denostados en la historiografía oficial también como soberbios y tiranos. Pero como demostraron entre otros el padre Las Casas, y en nuestro tiempo Marc de Civrieux y Esteban Emilio Mosonyi, la frase difundida por Gumilla (*ana karina rote*) es en realidad *na’na kari’ña rootema* y significa algo bien distinto: *nosotros somos gente de verdad*, para demostrar, como ocurre en todas las naciones aborígenes americanas, que el gentilicio se confundía, y se confunde todavía, con el concepto de ser humano.

El Maestro oyó en silencio mi argumentación y pocos días después me llamó para proponer una solución, que él llamó “intermedia”, a mi inquietud. En la bella edición del libro, aparecida poco después, en noviembre, la estrofa quedó así:

*Arrogantes luchadores, los caribes
someten hombres, persiguiéndolos por bosques y pantanos.
Sus armas aguzadas, de veneno en la punta,
disparaban al grito: Ana Karina rote.
Era un cielo de flechas,
de la playa hacia el bosque,
del bosque hacia la playa...*

Había dejado la frase *Ana Karina rote*, pero sin la traducción.

III

Con *Isla de azul y viento* culmina Luis Beltrán Prieto la línea sentimental con que quiso atar vívidas nostalgias a su querencia margariteña, ofrenda que la sensibilidad propicia en quienes asumen –nunca tardíamente– el más profundo y auténtico de los compromisos: el que nos ata a una voluntad de entrega. Su poesía por tanto, pasados los setenta años de su vida, quedó unida a su condición de maestro y revolucionario puesto que, para decirlo en palabras de Miguel Otero Silva, el magisterio, la revolución y la poesía son los tres quehaceres más nobles que puede cumplir

un hombre sobre la tierra, y Luis Beltrán Prieto los llevó consigo sin diferenciarlos entre sí, revueltos en su sangre como un mismo raudal de amor y de energía.

Todo joven –agregaba Miguel Otero Silva– adquiere en alguna circunstancia la obligación de ser revolucionario y enfrenta en ocasiones la necesidad de escribir versos,

pero cuando es un viejo quien se aferra a la llama de la revolución para que le ilumine el camino; cuando es un viejo quien acude al código de la poesía para que le descifre los sentimientos; entonces uno entiende mejor que nunca que la estatura del espíritu no se mide por edades ni por generaciones sino por la madera substancial que los hombres cabales tienen en el pecho: ese guayacán del alma que no se cuarteja con los soles ni se reblandece con los aguaceros.

En estos poemas sigue pues palpitando, más allá de toda exégesis o consideración crítica, el sello de lo vivido.

De lo vivido porque primero se soñó.

GUSTAVO PEREIRA, 2012.

MURAL DE MI CIUDAD
(1975)

*A Miguel Otero Silva
que nos tiene prometido un libro sobre Margarita*

INVOCACIÓN AL CANTO

Llego a ti, solar de mis afectos
a beber en tu corta geografía
celeste claridad del mediodía.

Tierra de la heredad, arrullo y nido,
donde creció la angustia
y se engendró el destino
de la sangre que llevo entre las venas,
en tu contacto fluye
generoso el anhelo.
Pongo a volar los sueños
crecidos en tu ausencia
para el canto de fronda
bajo el sol en tus campos derramado,
paraulata que trina entre las ramas
el trino mineral
de la tierra quemada
que sube y sube al aire
persiguiendo una gota de rocío.

Cuanto crece en tu suelo,
espina o flor,
serpiente o pájaro,
guijarro o yerba,
arcilla o caracol,
madera, acantilado,
fruta o semilla
me toca de su mano
para fundirme en ti;
ser de tu arcilla
la múcura sonora
pulida de tus dedos,
con agua fresca y pura
crecida en tus neblinas.

Cuando el río de tu aroma se desata
inundándolo todo con su aliento
y sus olas cabalgan las laderas,
yo me siento en ellas sumergido,
una gota de viento iluminada
entre las ramas preso.

Tierra fundida
en el fuego de amor de la montaña,
hechura diligente de tu pueblo,
cuanto eres lo hizo

la mano de tus hombres.
Te engalana el donaire que pusieron
hacendosas mujeres
que te fueron haciendo a su medida
ni más ancha, ni más angosta:
cabes sobre la palma de la mano.

Todo te identifica y te distingue:
el aire transparente,
la luz que te ilumina,
el canto de tus pájaros,
la espina endurecida de tus cardos,
tu cántaro de adioses y saludos,
la sonrisa resbalada en la cara de las mozas,
la sílaba de amor, la paz del campo,
la neblina, la flor, el río,
la piedra dislocada que camina
bajo el rayo del sol de mediodía,
tus laderas de sombra enrevesada,
tu seca sequedad que se alimenta
en el escaso vuelo del rocío,
el rumor de la ola que te llega
tramontando en azul desde muy lejos.

Tus rincones, tus calles
tus parques repartidos,
tus cerros aledaños,
tus senderos sombreados y olorosos,
tu templo de impávido campanario,
símbolo madrugador de la ciudad
cuando un hálito diluido de campanas
despolvorea
su polvo de sonidos en el aire
que se hace sonoro,
camina las distancias,
enciende la quietud,
ardido todo en el ardor glorioso
de la sana alegría
del canto mañanero
que corre hasta perderse
disuelto en lejanía.

Ciudad de larga historia y gente escasa,
tu geológica forma conformada
te viste en el paisaje
para hacerte de verde

a pesar de la inhóspita sequía;
tu abanico de fronda
bate y abate el día
en el ruido musical de los coteles
que filtran la calor, doman el viento
y lo hacen circular parsimonioso
en el cerrado cuenco de tu valle.

Ciudad alguna
tu gracia tiene y tu donaire tiene.
Trajinada del día
bajo el callado manto de las horas
que transcurren multánimes
mientras crecen y mueren
tallos, hojas y flores
calcinados del viento.
El tiempo que no duerme ni se agita
cayó como una gota implacable y tenaz,
horadó en tu roca de silencio
impenetrable
y te forjó la insignia
de la ciudad del sueño y la vigilia.

Vengo a ti, mi Ciudad, para decirte
mi palabra de amor;
para rendirte
el ferviente homenaje de mi vida.
Mi canto
se ha estado madurando
hondo y señero,
de tus mieles se endulza,
en tus sales se baña
y crece como flor entre las breñas
apenas remojada de rocío.

Lo dejo entre tus copas,
a la altura del nido,
porque creció con alas
y es un arrullo tierno.

ANDANZAS DE LA CIUDAD

EL DESCUBRIMIENTO

I La Margarita

En su cuarto creciente
rielaba la luna sobre la mar picada.
Venía rumbeando el Almirante
después de descubrir la Tierra Firme,
bautizado del río que según su creencia
nacía en El Paraíso.
Paseó los Jardines de la Tierra de Gracia,
enfiló por el Golfo de Paria rumoroso
y amaneciendo el día 15 de agosto
penetró en el Mar de los Caribes,
que al verse sorprendido
de las descubridoras naves
irritado creció de altas espumas,
sus corolas deshizo entre las olas
que iban a morir en los costados
de los navíos invasores.

El virginal estrecho fue violado
por la agresiva quilla
para un parto de islas amorosas
arrulladas del viento en cuna móvil,
una entre todas, flor y mariposa,
a estribor de la nave capitana
extendía sus pétalos de aire,
puso a volar sus alas en azul
para atraer la voz del Almirante
que la nombró con nombre: MARGARITA
princesa de la mar, flor de las islas.

A lo lejos la Isla se divisa
esmeralda esplendente sobre las altas cumbres
y en los serenos valles
fresca sombra en reposo,
contrastes con los riscos de la orilla,
pirámide de arcilla y piedra dura,
cemento mineral, crispada arista,
peñasco resistido hasta la muerte
puesto dentro del mar y junto al viento,
armonioso bajel desarbolado
que la ola ni balancea ni lo hunde
porque su ancla de sombras en el agua

lo inmovilizó para los rumbos
y lo dejó dormido
para que el mar batiera sus costados,
eternamente,
pedestal en el tiempo detenido.

No paseó su planta el Almirante
sobre las playas de La Margarita,
“isla muy bella y graciosa por de fuera
y por dentro harto buena” como dice Las Casas.
Sin embargo a Cubagua
la calva tierra inhóspita,
hizo bajar marinos
que volvieron cargados con aljófares,
que le hicieron decir con voz quebrada:
“Digoos que estáis en la más rica tierra,
démosle pues las gracias al Señor”
y enfiló por la costa
hasta el cabo que después se llamaría La Vela,
poniendo rumbo franco
que lleva a La Española.

II El Valle de Santa Lucía

“Del oro y perlas ya está abierta la puerta”.
La noticia corrió por toda España,
la codicia se hizo marinera
con Pedro Alonso, que apodaban El Niño,
Cristóbal Guerra, que fue su compañero.
Precedidos de Alonso de Hojeda,
Juan de la Cosa y Américo Vespucio
que siguieron la ruta de Colón
en dos viajes distintos
y ancoraron sus naves frente a la Margarita
con un batir de alas de gaviotas,
pesadas zambullidas de alcatraces
y un saludo de brisa de la costa.

Bajaron a la playa
donde las mansas tribus guaiquerías
llevaban una vida de pura subsistencia,
comiendo de los frutos que produce la mar
y de aquellos que es pródiga la tierra.

Entre los arcabucos espinosos
enfilaron sus pasos los viajeros
buscando los bajíos,
ensanchando los trillos
abiertos por los indios,
penetraron de pronto en recinto oloroso
donde se posa, quieta, deslumbrante,
la llama azul del día,
lanzas de la aurora con sangre y rocío
en las letras sonoras y claras del nombre
que nombra y renombra.
Era un huevo de luz en nido de montañas,
un valle rumoroso con un río al costado,
claro y puro de linfas,
espejo cristalino de la luz y la sombra.
La tierra confinaba con un cerco de verdes
que se abre hacia el Este
hasta tocar el mar desapacible
de donde sopla el viento remojado de sal
y llega el ruido sordo
de la ola que rompe en los peñascos.
Hacia arriba colinda con el cielo,
son suyas las estrellas,
las nubes y la brisa,
la noche palpitante
y la paz inefable
del bosque y de los nidos.
Probablemente por los ojos heridos de la luz
nombraron ese valle de la Santa Lucía.

Acaso ellos no fueron
los del bautismo cristalino.
La historia calla el nombre
y darle el padrinazgo
a los exploradores primeros de la isla
es enhebrar sus nombres
en la aguja que teje los fastos de la historia.

Disfrutaba allí plácida vida el aborigen,
ingenua gente de apacible temple,
abiertos a la voz del tiempo sumergido
que llama a la hermandad y la esperanza,
sangre de la conquista
que misturó las razas
y nos dio el tipo humano
donde están las raíces

de vicios y virtudes,
en el amasijo prodigioso
donde se amasan hombres
de villas y ciudades.

Mansos y dadivosos,
labradores en tierra,
en la mar pescadores,
ofrecieron presentes
a la extranjera gente codiciosa
que después venderán en almoneda
los indios arrancados a la tierra,
que morirán distantes
secas ya sus telúricas raíces.

Volvieron a la playa muy tarde los viajeros
y junto al mar, frente a la ola,
miran la espuma herida
en su blanco lamer de arena y piedra
mientras crece la sombra
y el azul de la mar es sombra densa
de cristales dormidos en el humo.
Se perdieron después
enredados de rumbos
en tierra primeriza
para el alumbramiento
del nombre tempestuoso
de la Tierra de Gracia.

III

La Asunción

La historia no es muy clara
porque van confundidas
Margarita y Cubagua:
en esta, explotación, inicuo trato
para los pescadores de las perlas;
en aquella, apacible doma de los ganados,
la labor de los granos y la espiga.
Era la misma gente
que se trasiega y crece
de uno u otro lado
y cuando ya no hay pesca
y Cubagua es la ruina de la furia del mar
se funden en las villas y ciudades
al abrigo celeste de la Margarita

donde “todos reposaban faltos
de pesadumbres y de sobresaltos”
como lo cuenta Juan de Castellanos.

A la orilla del mar, en el Sureste,
creció la Villa del Espíritu Santo,
frontera con el Valle de Charaima;
y más allá, sin que se sepa cuándo
ni quién ni cómo fue fundada,
La Asunción se levanta
sobre el valle poblado de la Santa Lucía;
tomó la preeminencia de ciudad,
alejada del mar y más segura
del ataque alevoso de piratas
que plagaban los rumbos antillanos.
Pero no estuvo indemne
metida entre su anfiteatro de montañas,
porque hasta sus murallas se acercaron
tropas de desalmados bucaneros,
ingleses, franceses, neerlandeses
que dejaron cenizas donde animó la vida
y fue confusa sombra la paz de los que huían
de furias desatadas de la muerte,
del pillaje y del robo.
Agotadas las perlas
la ruina se cernió sobre la Margarita,
sus gentes emigraron a otras tierras
y quedaron sembrados en penuria
escasos habitantes
que en caza, pesquería y contrabando
mantenían la vida trabajosa,
cada quien con su afán
en la labranza propia,
pendiente de la lluvia o la sequía
porque nunca creció con abundancia
el agua para el riego y las cosechas.
En la magra existencia resistida
se forjó la estatura de un pueblo diligente
donde todo se alcanza con esfuerzo.

Peregrino de tierras y distancias
funda villas, ciudades florecientes
y torna a su querencia
buscando las raíces escondidas.
Donde quiera que va
la tierra va con él,

de su esencia cristalina
de metálica estirpe resistente
saca el aliento que lo vivifica
sembrado distante
es la pura semilla sustancial de su raza.

LOPE DE AGUIRRE

Negra la noche. Turbulento el mar.
Las olas encrespadas
hacen crujir violento el maderamen
de dos veleros que al paio se deslizan
con viento herido. Crepitan las jarcias
bajo un chubasco sordo y persistente.
Ni un vislumbre de costa
ni una ceja de monte,
la total orfandad entre la mar y el cielo.
La cerrazón hacía indescifrable el rumbo
pero el piloto era sabedor de su oficio.

Amainó el temporal. Amanecía.
Era la víspera de Santa Magdalena.
El verde cono enhiesto
de un monte centinela
se divisó a lo lejos,
y la imprecisa línea
de la costa fragorosa
se destacó después.

Los veleros venían de muy lejos.
Los pescadores que los divisaron
dijeron aterrados: "¡Piratas a la vista
por el rumbo del norte!"
Las naves enfilaron hacia puerto.
Cuidadoso, el piloto,
para medir la hondura
ordenó hacer prueba del escandallo
y desde proa se oyó el grito herido:
"¡Tres brazadas, fondo arenoso!"
Arrojaron las anclas
de Paraguachí en la ensenada riesgosa.
A la orilla llegaron sigilosos
los vecinos,
mientras desembarcaban
soldados macilentos
y un hombre extraño
de barba gris y paso claudicante,
duro el gesto, afirmativo, adusto,
flaco de las penurias de larga travesía,
con fingida humildad
se presentó cual gente
de tránsito al Perú;

después de nueve meses de buscar El Dorado,
atravesando selvas
y navegando sobre el río Marañón
arribaban hambrientos y enfermos
para impetrar la ayuda de los margariteños,
reponer la salud, disfrutar un descanso
y allegar los recursos para matalotaje.

“Yo soy Lope de Aguirre,
el general de estos valientes,
conocido en Perú
por mis largos servicios al Rey nuestro señor”,
dijo el hombre pequeño
de mala catadura,
señalando a los hombres tendidos en la playa,
tiritantes de fiebre,
con palidez mortal sobre los rostros.
Luego extendió la mano
alargando presentes generosos:
una capa bordada en oro fino
y una copa de plata,
a aquel que le ofreciera
la cordial bienvenida
con la promesa de traer desde su estancia
comida y pan,
para la pobre tropa desvalida.

Conocido el arribo
de quienes simulaban
ser pacífica gente,
se aprestó afanoso
don Juan de Villandrando,
gobernador novicio de la Isla,
que al otro día llegó a la playa,
de paz, sin armamento,
de comitiva corta secundado.
Aguirre lo saluda cordialmente,
solicita permiso para desembarcar sus compañeros
provistos de sus armas,
a lo que accede sin malicia el visitante.
Venían los marañones
con arreos guerreros:
arcabuces, lanzas, espadas, picas.
Rodearon al ingenuo gobernante
a quien hicieron preso
a la par de sus acompañantes.

Imperioso ordenó Lope de Aguirre
montar en ancas de su propia bestia
al bisoño señor de Villandrando
y echó por los senderos olorosos
de los valles dormidos
Paraguachí, Santa Lucía,
trecho obligado para llegar al puerto
del Espíritu Santo o Pueblo de la Mar.

Saquearon en el tránsito
las casas de las huertas y estancias,
llevándose las armas
y toda pertenencia de valor.
Contra la gente de la Santa Lucía,
valle fértil y rico de sembrados,
se ensañó el caudillo;
por eso en las conciencias
quedó impresa la terrífica figura
del tirano brutal.
Cuarenta días angustiosos
permaneció el Tirano en Margarita,
sembró desolación y llanto y muerte.
Villandrando, su alcalde y la gente de pro
fueron asesinados, robados, apaleados...
Ana de Rojas, esposa de don Pedro Gómez,
hermosa dama de gallardo porte,
undosa cabellera que caía
sobre la blanca espada,
talle esbelto, piernas contorneadas,
al viento se mecía pendiente de la horca
levantada en el rollo de la plaza.
Su marido también fue asesinado
a la par de dos frailes dominicos.
Por sospecha de traición
hizo morir a más de veinte compañeros,
incendió los poblados,
se llevó perla y oro, las cosas de valor
y como lastre embarcó las armas,
el hierro, los pertrechos,
resguardo defensivo de la Isla.

Fueron cuarenta días, largos y tormentosos.
Su memoria perdura en la leyenda.
Si evocan la maldad, su nombre evocan
mientras la gente ingenua se santigua
y dice que lo miran penitente

corriendo los caminos al trote del caballo
de abundosa crin, blanco pelamen
que se pierde en el medio de la noche estrellada.

FUEGO Y CENIZA

Así como a la miel ocurren prestas
laboriosas hormigas,
la propagada nueva de las perlas,
una riqueza fácil
surgida de la mar en Margarita,
atrajo a los piratas,
despertó la codicia de naciones
que armaron sus corsarios al rescate,
invadieron de velas
sin ley ni miramientos
las rutas del Caribe.

Zozobra era el trabajo,
sobresalto y angustias
el sueño y la vigilia,
todo era recelar,
el toque de arrebato
diluía las campanas cristalinas
para anunciar la nueva
de un ataque alevoso.

Era dejar la azada
para tomar la lanza,
el arcabuz, la espada
o buscar en la huida
sendas de la montaña protectora
abandonando todo
para salvar la vida.

Trincheras, parapetos,
murallas, fortalezas
fueron organizados
para hacer la defensa
de la ciudad naciente.
Pero fue siempre débil
el esfuerzo rendido
contra la acometida
de enemigos más fuertes.

Aquines, Sacripantes, Maintenón
con Nieburg y otros tantos
decorados ladrones de los reyes
asaltaron violentos La Asunción,
saquearon, incendiaron

las viviendas, los templos;
hicieron prisioneros,
impusieron rescate
por sobre las cenizas
que inundaban los campos
y el dolor y las lágrimas
que fecundan raíces
de la nueva ciudad
crecida del incendio.

Todo era rehacer,
tejer y destejer
en la malla de un tiempo ilimitado.

El pueblo diligente se afirmaba
adherido a la tierra:
la siembra de tres razas,
cosecha dura
proyectada al futuro
en lucha sempiterna contra los elementos,
viviendo entre la lluvia y la sequía
pero sin doblegarse a la inclemencia
del tiempo malo,
de la vida difícil.

Así surgió en la historia
y se afirmó gloriosa
entre los sacrificios y trabajos
la Ciudad resistida y resistente.
Fue el baluarte en la lucha
tesonera y gallarda
de hacer la libertad de Venezuela.

Pavesas y cenizas fue de nuevo
en la brega tenaz de independencia:
Urreiztieta, sangre de la conquista,
quería que no quedase
piedra sobre las piedras
y la redujo a escombros
entre el humo deshechos
que perduran gloriosos,
testimonio del temple
de un pueblo que no rinde sus bastiones
y mantiene en lo alto su hidalguía
para ejemplo señero
de las generaciones venideras.

La Asunción es un pueblo
de la lucha más tensa,
de la brega más larga
durante cuatro siglos,
pero siempre resurge
incólume bandera desplegada,
la resguardan sus montes,
la mantiene el espíritu
de su gente hacendosa,
su persistente arrojo
que abre cauce a la vida
y enarbola esperanzas
en toda empresa noble
en donde esté presente
la inmanencia del hombre.

EL HAMBRE Y LA SEQUÍA

Períodos de sed o de abundancia
acompañan el ritmo de la vida
en la agreste campiña de la isla,
en la Ciudad severa y vigilante
sobre sus flancos verdes,
sus trochas amarillas,
en sus valles dormidos, silenciosos,
la tierra fértil cuaja abundosa cosecha
cuando la lluvia acude
a fecundar los campos.

Las frutas y los granos se suben a la mesa
de la esforzada gente campesina
derramada en la dádiva
de cuanto sobra y crece,
la esplendidez del pobre,
la parquedad del rico
parecen no medir las horas incesantes,
que tras de la abundancia
anuncian la sequía
del tiempo de la espera
en la inútil labranza de la tierra reseca.

Entonces los azules del cristalino cielo
se hacen más azules
más puros, más brillantes,
ni un pañuelo de nube
interrumpe el metálico
relucir de los días.

Es un ascua la tierra,
una fragua incesante
resoplante y caliente,
las piedras son de fuego,
la sombra no da sombra
porque el calor reseca,
el suelo por mil grietas
eleva su plegaria
transportada en el viento,
la fogata agobiante
cobija la llanada,
mustia el retoño tierno,
tuesta la flor abierta
y evapora el rocío
cuajado de mañana entre las hojas.

Entre los arcabucos de espinosa maraña
las cabras se rebuscan arañando la tierra,
escarban las raíces,
mordisquean los cardones
buscando en sus reservas
apaciguar la sed.
Comen las vainas secas
que dan los cujizales
y son entre las breñas retostadas
símbolos de una tierra
donde la sed no cesa.

No hay horas de reposo,
el tiempo que transcurre
en el día o en la noche
es del sudor copioso,
de la boca reseca
de anheloso respiro.

El hombre mira al cielo
en busca de los signos
presagios de la lluvia,
la nube pasajera
la barre el viento seco,
Guayamurí con gorro
anuncio de las aguas,
levanta cristalina
su erguida aguja azul
perdida contra el cielo
entre los mil azules
techumbre de la isla
en transparente gasa.

El viento, el viento, el viento,
de la tostada arista
de la piedra y del suelo
arrastra el polvo tenue
en remolinos densos
que suben a la altura
y dejan en las calles
hojas, arena, piedras
y en la boca, en la nariz, en los ojos
estornudos y lágrimas.

Detrás de la sequía
que se prolonga y crece
el hambre es un fantasma,
hace emigrar los hombres
en densas caravanas
hacia la otra costa
donde buscan trabajo y alimento
para acorrer los hijos,
mientras la madre queda
sufrida y cuidadosa
conservando el hogar.

La madre es la guardiana
de la entrañable herencia
de un pueblo peregrino,
forjador de caminos,
abierto a la esperanza
que está en cualquier recodo
o no está en parte alguna,
pero nunca la pierde
y la busca afanoso
hasta rendir la vida
en la dura tarea interrumpida.

El mismo ciclo seca los jagüeyes,
disminuye las aguas de los ríos
y es anuncio del tifus y la disentería.

En varias de esas rachas,
de la disentería, emetina, bismuto,
sangre, sangre y el grito,
taladro de la noche,
se fueron los abuelos y detrás el hermano
dejando llanto y sombras
en el ritmo que engarza
el sucesivo paso de años y de siglos
en "la isla de los lobos peregrinos"
donde canta el amor y no se agota
la cristalina fe de su destino.

LA GOBERNADORA DOÑA ALDONZA MANRIQUE

Ignorada mecíase
en la empinada cresta
de una ola gigante
América la ignota.

Por los rumbos inéditos
se fue tras de la idea
de la tierra distante
el hábil navegante,
Quijote de los mares,
en el viento el velamen
de las tres carabelas.

Aldonza vendrá luego,
Dulcinea peregrina
trocada en escudero
para el noble designio
de regir los destinos
de ínsula surgida
en el azul marino
con nombre de mujer
y a mujer destinada
para el mandato cierto
contra desaguisados
de malandrines, piratas y follones
armados para el robo,
incendios desatados
y la muerte sin ley
en las desiertas playas.

Aldonza Villalobos,
hija del licenciado
oidor don Marcelo,
vino a ser la primera
mujer gobernadora
del Nuevo Continente.

Heredó de su padre
la carta de su ínsula viajera
llamada Margarita,
sobre ella se estrenó
la femenina mano
en gobierno de pueblos
donde la indiana gente y la española

confundieron de sangre sus torrentes
para una sola raza
hija del mar y en la mar señera,
asombro de la historia en el esfuerzo
y en el tesón glorioso
de hacer la libertad,
sembrar el grano y cosechar el fruto,
exaltar en las perlas sus tributos
arrancados del mar junto a los peces.

Doña Aldonza Villalobos y Manrique
primera gobernadora de la Margarita
por medio de tenientes encargados
estableció la ley, hizo justicia,
asentó los errantes guaiqueríes
en villas y poblados,
plantó iglesias, castillos,
santuarios de oraciones o de balas:
unas para el convivio
entre la indiana gente adoctrinada,
otros para los bucaneros de la guerra.

La sangre de su estirpe
se vertió generosa
cuando invadió sus predios
Aguirre, el desalmado aventurero
o flamenco pirata
hirió en duelo mortal
al hijo de su hija
que rindiendo la vida
puso fin a la herencia
que el abuelo forjó
para gloria de Aldonza,
Dulcinea de la hazaña
de establecer gobierno
en primerizas tierras descubiertas
por el triste caballero
de la andante oceánica aventura
que en el viento se fue tras los molinos,
arremetió cabreros y gigantes
en la tenaz locura
de completar el mapa
con la tierra llevada en sus sandalias.

LA BATALLA DE MATASIETE

A los hermanos Jesús Manuel y Efraín Subero

Al cobijo de sombras
de los tiempos heroicos
me contaba el abuelo Baltasar
el cuento de su padre,
el coronel don Juan Miguel de Lárez
que combatió en Matasiete:
“Una mañana clara,
decía la voz del viejo,
de julio calcinante
en su último día
desplegó sus ejércitos Morillo
al pie de la montaña,
por el abra del este
del valle rumoroso
de la Santa Lucía.
Acampó junto al río,
bajo de los cicales,
se subió a la ladera
de la piedra crispada,
de los cardos hirsutos,
para ver desde lejos,
bajo un tapasol verde,
el rudo entrecruzar de la batalla.

Lo esperaban alertas
los brazos insulares,
hombres de sal y greda
de pacífica siembra
o de la red despierta,
hechos a la aventura
de la mar y el viento,
vestidos con harapos,
magros de hambre y de sed,
pero fundidos todos
en el gesto resuelto
de mantener la Isla
como cuna del parto de las hijas
donde es rosa de amor
la libre voluntad del ciudadano.

A la media mañana
se inició la función,

el choque de los cuerpos y las lanzas
de infantes y jinetes,
plomo de los fusiles,
retumbar del cañón.

Por los flancos maltrechos
los infantes se cuelan,
pero acude resuelto
el general patriota
Francisco Esteban Gómez,
cierra el cerco y vigila
y muerto su caballo
con el sable en lo alto
manda la acometida.

Retroceden las huestes enemigas,
La Caranta vomita
metralla destructora,
de Cerro Colorado
acuden los refuerzos españoles,
el campo es todo un ascua:
cazadores, jinetes
confundidos se batan.

Es desigual la lucha,
contra ejércitos décuples
del hispano bravío
con armas y pertrechos abundantes,
combate cada hombre de la Isla
excedido en denuedo
porque iban inflamados
de patriótico espíritu.

Los Cocos, Salamanca,
Las Tapias, La Otrabanda
guardados por titanes
resisten la embestida.
Las baterías de La Libertad
cierran el paso que lleva a El Portachuelo,
objetivo final de la pelea.

Son cientos los muertos y heridos
de la gente enemiga.
En las olas del viento
se tocaban las copas
de las ramas cruzadas bajo el sol.

Guarecida en la sombra de los árboles
la pasión arrebatada,
estremece los brazos,
en las manos seguras
el fusil o la lanza, las espadas
chocaban en la muerte,
de las venas rasgadas
fluía ensangrentada
lluvia hasta las raíces
que harán crecer la savia
para el amargo fruto
del rencor y del odio,
pero sobre la altura suspendida
tremolará gloriosa
la insignia de la patria.

Los hombres, las mujeres
sobrados en valor
palmo a palmo defienden
el sitio donde bregan.
Es un heroísmo colectivo
que se arraiga y se extiende
del jefe a los soldados;
cada quien en su puesto
multiplica el desnudo:
vivir tiene sentido
si por la libertad se exalta y crece
la voluntad de persistencia.

La muerte es honorífica
cuando quiebra la vida
con el deber cumplido
sin doblegar la frente.

Los nombres, poco importa:
Gómez, el comandante,
Lárez, Figueroa, Fermín,
Maneiro, Pablo Ruiz,
Mata, Picaso, Juan Bautista Cova,
Pancho Antolín, Sarmiento,
Espinoza, Villalba...
el pueblo derramado,
toda una teoría de obstinados,
que tenían la divisa
de morir o vencer,
siguiendo la consigna del caudillo:

“Podrá ser Margarita
reducida a cenizas
pero no esclavizada”.
Se esparce por el aire
de pólvora y ceniza,
erizado de sombras de la muerte,
de dolor y de lágrimas
el grito de ¡Victoria!
De monte a monte
en el cuenco del valle
estalla el entusiasmo fervoroso
en la voz del clarín,
en el redoble tenso de tambores:
Margarita la heroica
con el esfuerzo noble
de sus claros varones
se subió hasta la gloria,
lo pregonan la brisa
y lo canta la historia”.

Se detuvo en la tarde
la palabra del cuento del abuelo.
Brisa suave del este
traía rumor de ola,
perfume de las rosas
en sutil transparencia,
canción para el arrullo
de las voces que crecen en los himnos.

La quietud salpicada
en la eternidad de las cigarras
nos transporta a las horas
crepitantes de hazaña.
Vimos pasar los héroes,
sus muñones sangrantes,
su impavidez resuelta,
junto a ellos marchaban
sonrientes las mujeres.
El campo desolado,
la sangre dislocada que corría,
precio de la victoria
y en mitad del camino
el anhelo del pueblo
que por sobre la muerte
señala el rumbo fijo
vuelto hacia la esperanza,

que no es batalla trunca,
de un día, de una hora,
sino vigilia permanente
sobre el flanco del tiempo
de los héroes inéditos.

EL INCENDIO DE LA TAGUA

Al presbítero Manuel R. Montaner Salazar

A la orilla del río,
vigilante del tiempo
la tagua coronada
de siglos y de años
extendía sus ramajes
para servir de techo
al espacio que va de Víctor Silva
hasta la palizada
de Eloy Navarro Rivas.

Un amplio trecho
con aljibe al costado
y la poza de agua
refrescada en la sombra,
lavadero con cantos femeninos.

Al tronco desigual
no daban la medida
los brazos enlazados
de muchachos y jóvenes
venidos a su vera
para trenzar los juegos
de alborozo y entrega
después de las labores de la escuela.

Era la hermosa cabellera del bosque
que envidiaban los ceibos y samanes,
los árboles gigantes
sembrados en la orilla
a lo largo del río.

Sus ramas entre nubes
cobijaban los nidos
que poblaban de trinos
los senderos del alba
y las plácidas horas del crepúsculo.

Por entre las rugosidades y meandros
de la dura corteza
penetraban abejas
para hacer sus colmenas
y fueron tentaciones de la miel

que empujaron las manos
de rapaces inquietos:
el Negro de Cornelia
y Enrique el de Sara
que hurgando descubrieron
una guanota ¡así... de grande!
de panales rellenos.

Golosos de dulzura
inseguros del éxito
de sus manos con toscos instrumentos,
recurrieron al fuego
para que les hiciera la tarea,
pero la entraña seca
del árbol centenario
como yerba en verano
prendió con llama desatada
que cubrió con sus lenguas
las riberas del tallo,
trepó sobre las ramas
y toda aquella arquitectura arbórea
se convirtió en una flama
que al cielo se subía
con crepitar de nidos
entre un piar de polluelos
y aletear de las aves
sorprendidas en sus altas moradas.

Estaba la ciudad
de luz resplandeciente,
cien lunas le brindaban
su bruñido topacio
en el ascua prendida
que era la Tagua ardiendo.

El incensario abierto
quemaba en la resina
la terrenal frescura
que en el soplo del norte
se expresaba en el humo
sobre un altar agreste
suspendido en la altura.

La gente por las calles
no durmió esa noche.
En el incendio se esfumaba

quemada tradición en la ceniza.
La catedral del río
con sus naves de fronda,
su púlpito de nidos,
su presbiterio verde,
su campanario trémulo
de campanas de aire,
su coro hecho de pájaros y niños
corría sobre la brisa.

Después de la solemne
ceremonia en la muerte
el silencio se hizo
consagración de ofrenda
en la tumba del viento.

Había compungidas
palabras de recuerdo,
palpitar de luceros encendidos
en una hoguera tensa
donde queman sus vidas
hombres desnudos sobre la esperanza
y mujeres que tejen en la lumbre
el destino de un pueblo iluminado.

COLINAS Y MONTAÑAS

COLINAS DEL CASTILLO DE SANTA ROSA

El cerro Santa Rosa
en donde está el Castillo
sirve de mirador de la ciudad.
Por laderas de rojos cangilones
las casas trepan
como cabras que triscan
en el arisco matorral reseco.
Sembrado en el costado
el pozo cristalino,
engarzado zafiro
en metal de montañas
con transparente vuelo de gaviotas,
refleja entre sus aguas
la adusta piedra inmóvil
del cerrado recinto vigilante.

Desde las almenas del Castillo,
desde los gruesos muros
del patio de bandera,
como en una vitrina
resalta el claro ambiente
del valle de la luz.

Corola sobre la hierba abierta
es la ciudad mecida de la brisa,
en sílabas de amor desparramada,
con sus verdes cicales de abanico,
sus calles serpeantes, su arboleda
de frescura olorosa,
cubierta para el sol
en el claro topacio de sus robles,
el rubí restallante en las acacias
y el rumor de esmeraldas frutecidas
en medio de la paz de las conciencias
en mi pueblo amoroso y diligente,
de la voz sin recato
que se entrega al futuro
construido de la callosa mano
y de la mente incesante que no duerme.

Contra el tiempo y el viento
en la piedra rugosa levantado
centinela sembrado
corona coronando la colina.

Mundo de soledad
fue testigo del crimen y la muerte,
glorioso baluarte entre la noche
para el pueblo viril que hendió sus puertas
y trepó sigiloso por sus muros
para hacer libertad en su recinto
en el gallardo gesto luminoso
más allá de la muerte y el martirio.

El Castillo se funde con la historia
del heroico destino y la desdicha,
de la lágrima quieta derramada
por Luisa, la heroína,
que allí parió a su niño
en oscuro y angosto calabozo
mientras iba en el fuego del esposo
respirando en dolor la patria errante
que desde el cerro de La Libertad
inflamaba el ardiente patriotismo
en ardoroso reto
a la infame tortura de la amada
y al infantil retoño asesinado.

La esposa erguida no dobló la frente,
ativa en el linaje de la sangre,
serena en el amor amartelado
que guardaba al esposo fugitivo,
acero indoblegable
templado a fuego lento
del pueblo en lucha por hacerse libre.

La Ciudad y su gloria están escritas
en las rugosas piedras del Castillo
que el viento azota y el tiempo resucita.
Redobles de tambor, clarín de guerra
resuenan en los muros
para la convocatoria ruda del combate.

Surgió el Castillo en la empinada cuesta
para guardar el sueño
de la niña Ciudad recién nacida
con pálpito del miedo que inspiraban
los corsarios de fuego en el Caribe.

Su alto parapeto
domina el valle entero,

de allí se mira el mar,
los caminos de sombra polvorientos,
todo el cerco de montes
no escapaban al cielo
de guardianes insomnes y valientes.

Ahora es solo historia
claveteada en el aire
de un pacífico cuento de belleza,
testigo enmudecido
de un transcurso de sueños incumplidos
y del trajín de un pueblo
que se agita en trabajos y penurias
y apenas gana el pan.

Castillos en el aire edifica la gente
que vivió de esperanzas y desvelos
con la canción del niño enredando alfabetos
para encender amor hasta la muerte,
cavando en las raíces del pueblo transparente
en la tierra mojada de recuerdos,
crecida hasta los aires la estremecida angustia
en la pura promesa
para que tengan todos la paz en el hogar
y tenga abrevaderos para la sed la vida
y el pan amasado del trigo y de la rosa
se reparta en las manos del viento
para el hambre del hombre con hambre.

LAS COLINAS NUMERADAS

Erguido pedestal,
los flancos arrugados,
hondas excavaduras labradas por el agua
y por el viento,
resquebrajado espacio
donde la piedra rueda
con su lluvia mortal.

En el número doble de sus cumbres
el Uno con el Dos van apareados,
penachos sucesivos
donde estallan los himnos
del ramaje y los pájaros:
el guayamate, gota de fuego sobre el viento,
de corvo pico y copete levantado,
el pespé de amarillo terciopelo
sobre alas y cabeza de negro ribeteado,
el turpial cantarino,
corsario de los nidos,
la paraulata gris, reina del trino;
en el abrupto monte
donde empolla sus huevos
la sonora y alada pajarera
derramada del alba hasta la noche.

Vibrante caracol que al viento sube
cuando su clarinada se dilata
rompiendo entre rala vegetación
donde la espina crece
en alevosa rama entrecruzada
y en el cardón hirsuto
que tupe las veredas.
Allí el bejuco ensortijado
trepando hasta la altura
retuerce ramas para ganar respiro
y es fino ligamento entre la flor y el aire.
Sus vertientes de barro colorado
con la lluvia mojadas
desparraman sus aguas iracundas
hacia Guarapotú o hacia La Aguada,
corren por el zanjón del viejo cementerio,
van hacia La Portada,
así como las huestes guerrilleras
desde el cobrizo mortal de sus laderas

arrojaban metralla
en las horas del odio y de la guerra
o iban a perderse entre las dunas
resecas de las playas.

En sus fragosos montes y veredas
trajinó nuestra niñez
con la china certera entre las manos.
La pandilla partía de la llanada
del corral del tío Asunción,
patria del mango de mejilla olorosa
para el mordisco duro con pulpa derramada,
del merey de topacio,
los anones de miel, olorosas guayabas,
ciruelas de huesito, limones amarillos,
la innumerable gama de la frutal orgía.

Trepábamos repechos
prendidos al ramaje de los guatapanares,
cortando guaritotos y taringas,
desgajando cardones
para tomar los frutos
de blanca meladura con semilla
en los delgados tapaculos
o de pulpa rojiza y enlutada
de pitahayas o de yaguareyes,
hasta caer golosos
en el alto sembrado del tío Diego.

Subiendo y abriéndonos senderos
persiguiendo entre cuicas,
verdes de la raíz hasta la rama,
a las verdes iguanas mimeteadas,
con sus ojos dormidos
y el erizado copete despeinado.

Una vez en la cumbre
torcíamos el rumbo hacia La Aguada,
en la otra vertiente,
inarmónicos trechos
de bajar y bajar, cayendo y levantándonos,
a los cicales frescos del abuelo,
a las albercas claras de la Tagua
o a los pozos dormidos
entre el pasto oloroso,
bañeras para el baño y el reposo.

El Número Uno y el Número Dos,
la tabla de sumar monte con monte,
vistos desde el Castillo se levantan
maltrechos y distantes
en el discreto paso de los siglos
para contar la historia,
para decir los sueños
de la ciudad despierta entre sus glorias,
de su valle dormido
en las noches de cálidos reflejos
de luna descendida
y luceros prendidos en las nubes.

LA PEÑA

La Peña Blanca con la Peña Negra
y el Pico del Zamuro,
el abrupto peñasco que demora
al suroeste de la vieja Ciudad,
son muros contra el viento,
elevado bastión donde se acuesta
en seguro regazo de sus faldas
el barrio copeyero.

Está tan cerca el cerro de mi casa
que se puede tocar a pocos pasos.
La puerta de escalar a sus murallas
dista una cuadra sola
para alcanzar hasta la Caja de Agua
ascendiendo después sobre los flancos
alegres, jadeantes,
en el máximo esfuerzo por vencer
a la mole gigante:
enemigo mortal
que nos lanzaba el reto de la altura.

El silencio labró en la piedra dura
un peldaño con otro la escalera
por donde iba el paso hacia la cumbre.
Seguros escalábamos distancias
como quien va creciendo en el esfuerzo
de la miel en la dicha derramada.

La tierra mineral de los repechos
es de frutal cultivo
para la piña dulce
y la caña melera.

Lugar de la traviesa correría
entre los ñaragatos y las tunas
en busca de las frutas de los bosques:
guaicorucos, curichaguas, cuchapes,
pichigüeyes, paujías, yaguareyes,
mayas, chigüichigües, cayacueyes
sobre los chamizales confundidos
con Ramón Aguilera, compañero
y Rafael Hernández, el del valiente arrojo
y Ramón Salazar, alias Bizcocho,
con Severiana y Catalina
mirando la ciudad por los costados.

Hay un olor difuso
de polen que camina
con un vuelo de abejas en el bosque,
se oyen caer las hojas,
se adivina el crecer de los retoños
como tras cada tarde que fenece
crece una aurora nueva,
en el callado asombro
de la cumbre anhelada
que medíamos en horas de cansancio
hasta no coronarle las riberas
cercanas a la nube.
Desde allí divisábamos lejana
la ciudad pequeñita,
la copa rebosada de la espuma
que venía desde el mar sobre la brisa,
los bordes en azul,
la imaginábamos barca sobre un lago,
con su torre central, su esbelto mástil,
las velas desplegadas
en un viaje de sueños infinitos.

Talado en los senderos
el atado de leña despedía
un aroma sutil de bosque herido
y una embriaguez de fronda nos calaba
hasta el fondo del alma
en la ingenua hermandad
de la naturaleza con el niño.

Sobre nuestras cabezas descubiertas
orgullosas de azul y de belleza,
sobrepasando el ralo matorral
la erguida flor dorada
con que engalana el pui los cangilones,
resistiendo el bate
de la dura sequía
aferrado a la tierra con profunda raíz,
con su magra corteza y su madera dura,
corazón impenetrable por el hierro
como el de aquellos hombres solitarios
que no penetra la miseria humana
porque el amor tampoco los penetra.

Entre el árbol y la piedra presos
queríamos ascender por la ladera,

cometa remecida entre el viento y la nube,
sin hilo terrenal de mano a freno,
en coloreado vuelo sin distancias
para perdernos entre la luz del cielo
y mirar desde arriba el pequeño horizonte
que consume la vida, los sueños y las penas
deslastrando recuerdos sembrados del amor
a la vera de un día sin fronteras.

Jubilosos del viaje de la cumbre,
entre vagos reflejos de la tarde
bajábamos cantando
por entre el verde pasto
de Domingo Morón,
chorreando las manos golosas
en el jugo frutal
cosechado del cercado ajeno.

MUERESOL

Aledaño del azul
de riscos y quebradas,
moldeadura cerril,
como una coraza protectora
de la verde montaña de las aguas,
se yergue Mueresol.

Tupido y alto monte
situado en el oeste.
Sobre el flanco mortal de sus laderas
la flama incandescente
del sol se desparrama,
alumbra desde arriba
la Ciudad recogida
en su ámbito de cielo y de montañas.

Allí fenece el día lentamente,
hasta que todo queda
entre la luz difusa
de la celeste claridad
que nos viene del mar
o descendida
desde el alto sitial de las estrellas.

Después de esta feérica
explosión del crepúsculo,
cielo tan claro puede haberlo,
pero más claro nunca,
por eso el sueño tiene
diafanidad sutil,
pureza sustancial
del alma quieta,
en la sencilla placidez
del que amanece.

LA MONTAÑA DE EL COPEY

Mueresol, Matahambre,
las dos montañas son
los antepechos de El Copey
centinela de azul
de copa levantada
entre el giro celeste de las nubes.

De su cintura brota el agua,
mana gota por gota,
resbala por sus pies
tropezando las piedras,
se incendia de la lumbre,
corre, se desparrama,
pone canto en las quiebras
y destrenzada forma
los ríos de la isla:
La Asunción y San Juan,
El Espíritu Santo, Tacarigua,
ríos delgados, cristalinos, frescos,
dádiva milagrosa
para el labio reseco.

El agua clara es la verdad del viento,
del cielo y de la estrella que en ella se retratan,
canta su canto limpio bajo la luz del sol
y dice en su parábola de sed y de frescura
cuando el pájaro acude a bañarse en su linfa.

Cumbres de la neblina permanente
en medio de la Isla
reparten cielo y pan
en fértiles laderas
las frutas crecen
acendradas en el sabor isleño
de nísperos, anones y mameyes,
pomarrosas, naranjas,
todo el juego que exprime
la gula frutal de nuestra tierra.

Para ascender a la cumbre de El Copey
madrugábamos todos
para iniciar el viaje
en la paz diluida

donde flotaban gallos
fugados de la noche.

Por senderos oscuros
subíamos trepando entre las peñas
en la luz indecisa que colaba
por entre la arboleda.
El cielo era de plata
y se tocaba extendiendo la mano
remojada en neblina;
el aire no era aire sino nube
que acaricia y sofoca,
soplo de soledad,
y aún más alto
lumbre de claridad sobre la cumbre
que nos golpea en los ojos y en la frente,
vertiente y lirio,
agua que canta en las quebradas,
hilo que enhebra el ojo de la aguja
para coser la piedra con el monte
en el manto tupido de la selva
tachonada de noche con estrellas.

En el límite puro de la altura
teníamos la impresión de finitud,
de vida que termina
o de un comienzo de la vida nueva
sobre el viento con viento suspendida
para crecer eterna,
sin aurora y sin noche,
detenida en el pleno mediodía.

Por el otro costado,
en la alta eminencia de la Palma Real,
mil palmeras se suben
al ámbito del viento,
en el azul se mecen,
con musicales sombras coronadas;
penachos de la cumbre abanicán silencios
en pañales envueltos de redondas neblinas.

La Isla, el mar, sus frutos de ciudades
crecidos en la orilla,
los valles tornasoles,
colinas de metal,
los caminos del humo y de la brisa

a lo lejos se miran
barnizados de ceniza y azul
como un polvo de nubes
diluido en un cerco mineral.

Reina de las montañas de la Isla
se la divisa lejos,
desde el mar o la tierra
como una señal para los rumbos
de acogedora sombra en la distancia
para el descanso plácido
después de la labor del marinero.

LA CARANTA

Se detuvo la historia
en un cañón dormido
en el pie de la cruz de La Caranta,
colina diminuta de la entrada
de la Ciudad, al este.
Desde su cumbre corre
agua hacia La Portada,
sus laderas descienden
a las fértiles tierras
que dan a Guatamare.

Cerro de la defensa
podía cerrar la entrada
a la enemiga gente
que viniera del mar.
En la emancipación
se irguió en baluarte
y guarda los recuerdos
de las luchas sangrientas
del pueblo enardecido
buscando libertad.

Por las tardes solíamos
ensayar correrías
entre los guaremales
de flexible bandera en el follaje,
tras del conejo escurridizo,
descubriendo el nidal de las perdices,
sorprendiendo en el vuelo musical
las maracas aladas
de las chocolateras, potocos y tutueles
en el hilo delgado aprisionados
de alevoso alzapié tendido al paso
o bajo el peso leve de la trampa.
Desordenado el bosque creció bajo su ley
en el orden natural de sus ramajes,
de intrincadas espinas
en los frutos lejanos sin sendero
donde iba la mano
despejando marañas
hasta tocar las pomas incitantes.

Cuando caía la tarde
las estrellas caían
parsimoniosas, lentas,
para darle en su luz resplandeciente
el amoroso toque de belleza
que faltaba al camino silencioso.

El matorral florido,
oloroso de noche,
sombreado de día,
en la copa más alta cantan nidos
y vuelan en azul las mariposas.

MATASIETE

En medio del camino por donde cruza el sol
cuando viene del mar hacia el oeste
y remojado aún en el celeste azul,
se empina entre los flancos de rocío,
estalla la mañana, aurora y canto,
se desparrama desde la copa blanca
para caer en la ciudad dormida
que amanece despierta entre su flama.

Sus laderas nacieron de la ola
que salpica de espumas sus peñascos
en la marina sal rebautizados
de Guacuco hasta el linde de Guarame,
raíces que se hunden en el agua
y florecen zafiros en las nubes
que empenachan las cumbres.

Desde la explanada del Castillo lo diviso
fincado a la distancia junto al cielo,
unido con la mar en una mole
incendiada en el pleno mediodía,
mecido en el cocal de sus laderas
metidas en el río.

Montaña, mar y cielo en la distancia quieta
dan la visión ignota de la unidad fraterna.

De tarde con el sol de los venados
la claridad se tiñe en Matasiete
de violeta y claros tornasoles
que van difuminándose en la sombra
hasta que todo queda de ceniza
en la mortal agonía del crepúsculo
y vienen con la noche las estrellas
y la luna empavona en lumbre nueva
sus morriones de nubes volanderas,
palomas con las alas desplegadas
para formar un nido
de arrullos con rocío estremecido
en la fragancia pura
de la flor entreabierta con la noche.

Matasiete, de muerte tiene el nombre,
sus adjetivo es de gloria resonante,
los muertos que murieron en sus flancos

lapidados de piedra arrojadiza
fueron soldados bruscos
que empeñaron batalla entre Los Cocos
para hacer sobrevivir la tiranía.

Tu nombre de montaña, ¡Matasiete!
es viva libertad, gallarda brega
de los hombres sencillos del terruño
para hacer restallar resplandeciente
en amoroso abrazo compañero
la independencia de la Isla.

LOS BARRIOS

LA PORTADA

Entrada desde el este,
comienza en la casa solariega,
destacada en el alto
del patriarcal don Ambrosio Marcano,
sitio de la leyenda
que creció bajo el viejo y corpulento pecurero
que daba sombras abierta a los viajeros.
Allí tenía su asiento la Llorona
y espantaba el espanto
de la Mula Maniada.

Acceso de dos puertas:
la que da a Guatamare,
senda florecida y olorosa,
la otra, ventana abierta al mar
por donde entra el aire de Guacuco,
camino sombreado,
tránsito de la gente campesina
que pregona los frutos de sus huertas
en el pregón airoso y cantarino.

Trillo obligado de entrada y de salida
le dio a la gente galana cortesía
cordialidad abierta en la sonrisa
y cierta habilidad para el comercio
que vendía al pasajero
con lo que da la tierra
bebida refrescante
y a la vez ofrecía generosa
aire en la puerta,
silla para el descanso
en los amplios portales
de Pedro Salazar y Chico Carmen
o en la pulpería de Andrés Prieto,
hermano de mi abuelo.

En el tránsito sirve de pantalla
alto el cotoperí de Goya Fierro
que no da frutos pero presta sombra.
El viejo cementerio ya no existe;
en su lugar pusieron una plaza
y levantan mercado
allí donde los muertos descansaron.

Paralelo a la calle
va el callejón de Ño Memo Quijada,
terminal de la Calle Unión,
donde tenía su fragua Moriquite
y se enflaqueció como un bejuco
Machuca Jierro, el hijo,
que continuó la obra de su padre
poniendo a crepitar las lenguas rojas
del metal encendido.

Y más allá, bajo el portal amable,
Juana Navarro tendía sus empanadas,
los tamarindos para el escondite,
Silveria, Candelario, Barbarita,
pendencias de los viejos
y juego de los niños,
los gallos de Aquilino,
la gallera de Chon, en la Calle Ruiz,
Edelmira, Juan Goyo, Primitivo
que repartían en la vida generosos,
la bondad de sus almas pueblerinas.

EL MAMEY

Regresando del tiempo
he recorrido sin premura
mi barrio mameyero,
donde creció en el juego
mi niñez transparente
en medio del sencillo vocerío
del pueblo siempre fiel.

La misma gente habita
en el trecho que va
de La Salina al río,
pero falta la piedra señalera
frente a la casa de Juana Micaela,
no existe el yaguerey ni está el mamey
que daban sombra fresca
encima de la acequia.
Hay viviendas nuevas
entre Manyoa y su gallera
y la casa que fue de Inés Quijada.
Desde El Camino Hondo hasta la acequia,
que es la ladera alta de la calle,
otras casas se alzan.
El rancho de Julita,
el de Rosa Romana,
el de Jovita,
los de Mencia y Tanila,
el de Justina
son ahora paredes encaladas,
fachadas de colores restallantes.

El alto del velorio, frente a Piante,
el rancho de Machú,
la pedrería, que hacía más alta
la vivienda humilde de Petra Noriega
ya no existen
pero en el barrio crecen árboles y flores.

Sus viejos personajes:
Basilia Figueroa
y Antonia Basilia,
Galito, el servicial,
y Alejandro el Negro, enajenado,
no ponen pintoresco vocerío
pero sus dichos y recuerdos se conservan
para el cuento y la anécdota del día.

Creo escuchar aún
el clarín de palabra ensortijada
con las dos manos puestas en la boca
que hacía volar Ricarda Figueroa
para llamar al hijo tarambana
perdido en la ciudad jugando pichas,
ensayando el tañido de su trompo
o poniendo a volar
en coloreado vuelo el volador
entre la muchachada clamorosa.
El metálico clarín
taladraba el ambiente
sutil de la Ciudad:
“¡Juan de Dios... Juan del Diablooo!”
y en el eco devuelto regresaba
a la materna sombra el descarriado.

El barrio se completa y se conforma
con el Rincón del Perro,
el callejón que va de Bartolito y Cristo Viejo,
la salida del fondo de mi casa materna,
hasta la esquina de Ño Santo Rosa
y la calle nueva por donde era
el trazado espinoso del Camino Hondo.

Gente distinta habita en estos sitios.
La gallera de Manyoa
sigue firme en el alto,
pero se encuentra en ruinas
la casa que fue de Tan Narváez,
en cuyo amplio patio
poníamos a girar,
volandero, chirriador,
el burro de palo,
un balancín en T de dos maderos,
un hueco que giraba sobre un eje,
que además de alegría
proporcionaba algunos aporreos.
Allí nos reuníamos
la bullanguera muchachada
para jugar también
al trompo y a las pichas
en tribilín, el hoyo o los palitos
bajo del yaque retorcido y corpulento
del medio del solar.

Mientras los muchachos jugábamos
haciendo bullaranga,
en el interior de la casa se escuchaba
el canto regular de los loteros:
el ambo, el terno,
lotería con la piña o el sombrero.

José Cañón, con Martina Montaña,
Luisa Narváez, Josefa Eustaquia,
Dolores Julia con Teresa Alfaro:
la gente ingenua disipaba
la estrechez de sus vidas
en el juego sencillo,
centavo con centavo entre las fichas
y algunas insolencias descarriadas
de Cañón deslenguado si perdía.

El juego de la tarde lo prendíamos
al final de El Mamey algunas veces,
desde la casa de Dominga Decena
hasta los límites del río.

El trompo servidor iba rodando,
un golpe tras de otro,
de una raya a otra raya
para lucir destrezas de los jugadores:
Cachito, Víctor Figueroa el de Dominga
disputando a la par de los Obandos,
hábiles en volar desde la arena
hasta la tierra dura
el trompo zumbador.

Después el baño fresco
en medio de la poza cristalina
junto a El Jobo, en La Tagua, en La Represa
para volver cargados
con frutos de los fundos orilleros:
La Huertica, La Ceiba,
La Noria, María España,
y hasta más allá: Román Medina
o Loreto Torcat, en Camoruco,
lindando con el pie de Matasiete,
donde el río se recogía en una poza
para el último baño de la tarde.

En la hora de volver,
por los senderos de la hierba
el paso humedecido iba creciendo.
Las Huertas frutecidas,
azul sobre la copa
del pozo de Silveria
elevada entre la mano trémula
del árbol de la orilla,
oro de arena donde los pies se hundan,
vigilia de la espina
sobre la trocha abierta
de Manuel Espinoza,
para arribar de nuevo a la salida
por el boquete franco
que nos torna al hogar
por El Camino Hondo.

Barrio de la alegría
que despierta y enciende la Ciudad
en el cuatro rasgueado a media noche,
en la canción del día que amanece,
me caliento en la fronda de tus huertas
cuando sobre el aliento de los años
te busco en mis querencias,
sustancia mineral que me sostiene
aferrado a la tierra
como el abrojo de raíz tramada
que no lo desarraiga de su suelo
ni el arado implacable ni la quema.

A pesar de tus cambios
en el fondo perdura
la suavidad del corazón hermano,
la entraña que se da en tu mano amiga,
el bondadoso acento de la sílaba
de pregonar la tierra
para decirle siempre con la vida.

LA OTRABANDA

El barrio del amor y la esperanza
discurre desde el río
hasta poner su línea divisoria
en el angosto trecho
por donde el monte se abre
para ceder el paso
trepando El Portachuelo.

Sobre el largo cinturón de sus calzadas
en la mecida palma el fresco bate.
El áspero silencio se confunde
entre un laberinto de caminos:
Remanganagua, el Otro Lado del Río,
el Cementerio, Santa Isabel, Cocheima
pozos de azul con juncos olorosos,
La Laguna en el pasto verdecido,
Salamanca entre huertas y rumores,
aire de paz que sopla de los cerros
con tamiz de zafiro en Matasiete,
que desde el fondo proyecta sombra amiga
por donde trepa el día
en la fresca labranza sudorosa.

De las laderas baja cantando el río
perdido entre los árboles,
y más allá Las Tapias,
sitio del heroísmo del abuelo
enfrentado a las huestes de Morillo,
palizada de verdes enramadas
en túnel refrescante descendidas,
risueña gente amiga
bajo el viento que mueve los molinos
de La Granja y los pozos solitarios,
labriegos, artesanos,
las manos para el pan y los afanes
desde que nace el sol hasta la noche.

La fragua del camino que resopla
en el metal del día cristalino
restalla en el rubí sobre las piedras
y tiñe de naranja las montañas.

Tierra de vegas fértiles,
sus hombres y mujeres diligentes
cultivan en sus huertas
las frutas más sabrosas,
pero la miel más pura
se acendra en las caricias,
en la mirada tierna,
la claridad de la sonrisa
que es el reclamo ardiente
de sus guapas mujeres.

En medio de ese barrio
mis pasos se enredaron
entre una cabellera de azabache
o se fueron distantes
tras de unos ojos verdes
bajo luna teñida de ceniza y topacio
del tiempo sin regreso
perdido entre la bruma
en la trocha del sueño interrumpido.

Ahora que retorno
encuentro que mis pasos
no los borró ni el viento ni la lluvia;
desde la oscuridad
del polvo solitario
me vinieron buscando.
Mis pasos transeúntes
fueron tras la querencia,
muy cerca de la lumbre
al borde de la lágrima,
se detuvieron quietos
en donde me esperaba
el amor a la puerta
con los brazos abiertos.

Desde las palizadas
floridas y olorosas
se me extienden las manos del saludo
y la sonrisa franca y generosa,
en cada cara amiga
viene un viejo apellido
de Noriegas o de López,
de Campos, de Carneiros, y Caminos,
los Lugos, los Hidalgos, los Indriagos,
semillas de la siembra colonial

que desde La Otrabanda
se duplican, se ligan, se confunden
para fundir a todos
en una sola y fraternal familia.

La claridad del día
es claridad del alma cristalina
de la gente del barrio,
el pulso en el trabajo que no cesa
y la alegría constante
para darse enteros en la obra
de hacer y rehacer
en tiempo bueno
o en el tiempo malo
la pionera hermandad
con la alta frente limpia,
su única heredad,
para que la acrecienten
los hijos y los nietos.

EL BARRIO DE EL COPEY

Desde el ramaje verde y extendido
del florido guayacán
de la Plaza Arismendi
hasta el añoso roble de Casilda
y más allá,
se extiende el Barrio de El Copey.

Calle arriba,
mojándose los pies dentro del río,
recostado en la falda de La Peña,
cocales desplegados
mecen sus frondas,
tapizan el azul
que se desprende
hasta tocar la cumbre en Matahambre.

Este es el barrio
de la gente hacendosa y peregrina,
que se siembra en la tierra antes de muerta
o se va trajinando los caminos
en el patrio solar de Costa Firme.
Suyos son los poblados junto al mar,
las siembras de la costa,
en la montaña, en la orilla del río.
El trabajo convoca sus esfuerzos
lejos de sus cocales:
el petróleo, la industria,
la detenida sombra donde cava
la raíz hasta el fondo
solicitando el cuidado de sus manos
que nunca se descuidan.

La piedra que se encrespa en la cantera,
el alado edificio entre las nubes,
la enroscada serpiente de caminos,
la mar sin trillos,
la tabla cepillada
para el buque, la urna o el carruaje,
la vigilante guardia de hospital
de médico o enfermera,
la obra de maestro o ingeniero,
toda tarea de vida o sepultura
tendrá en la inteligencia copeyera
la puesta voluntad en el servicio.

Alegre gente de vivir tranquilo,
bailan o lloran, cantan o sonríen,
en la amistad fraterna dan el alma,
en el diario quehacer no ponen límite
y nadie sabe nunca si durmieron
o estuvieron velando.

Sus huesos y sus músculos de acero
desafiaron a muerte la fatiga.
Allí el ejemplo cunde
de Casto y de Lencho,
madera dura de puro corazón
que la polilla del tiempo no penetra,
de Eduardo, el fuño
que aún baldado brega,
de los Ortegas
con Chamé Rivera,
Loncho y Jenaro con Facundo Marcano
a quienes emularon solo las mujeres,
Isaac y Justina que inventaron
el majarete una,
el tequiche la otra
para el gusto exquisito;
María Serapia y Paula
tan solo superadas por Jovita
que se murió de rabia
cuando vio que la vida no servía
para servir a todos el convite.

Devotos en el rito de los santos
aprendieron el paso acompasado
de llevar y traer las procesiones,
mecido en las esquinas,
aligerado en medio de las calles,
entre el rezo, los gritos y la risa
de las que van para mirar el santo
y aquellas que van a que las miren.

En su viejo velorio de El Pachaco,
frente a la pila de agua,
un año tras de otro
todo se junta y se juntan
para el canto armonioso
desde la tarde con flores y con ramos,
las corridas de sacos
y el palo ensebado,

hasta que la mañana de otro día
disuelve con la aurora
el ritmo y la alegría.

Calle abajo, calle arriba,
atravesando el río,
íbamos con la sombra en las cabezas
¡alegre la pandilla!
entre Felipe Plaza,
Pedro Segundo Silva y Pedro Brito
hasta el linde del monte
del señor Pedro Vásquez
y del Quebrahacho de los Malaver
y más arriba
junto a las charas de la Caja de Agua
y la sierra de Juancho.

Después el descender
entre la hora incierta
cuando encienden sus lumbres los cocuyos
y se apagan las lumbres de la tarde.

¡Mi barrio copeyero!
ahora cuando torno
colmado de recuerdos
traza hilo de adioses en el viento
mi mano que se mueve jubilosa
para toda mi gente
cruzada en el camino
entre el polvo llevado por la brisa.

LOS SERES Y LAS COSAS

SAN FRANCISCO

De la arquitectura
que dejó la Colonia
queda muy poca cosa
en la vieja Ciudad.
Las ruinas de San Pedro
fueron abatidas
y sobre ellas se fundó una plaza,
Santa Lucía se convirtió en mercado,
el gran convento de Santo Domingo
no ha dejado ni rastros.

Sin embargo persisten
a pesar de la lluvia de ignorancia,
de saña destructora y reformista
que sobre ellas ha caído:
La Catedral, Santa Rosa, San Francisco,
la Sala del Cabildo
frente a la Plaza de Armas,
símbolos de una época extinguida.

San Francisco fue convento
convertido en asiento del gobierno.
Sobre sus corredores de ladrillo
aún parecen trajinar sandalias
de monjes que pasean en la tarde
desgranando rosarios
frente a los lirios y las margaritas
que fenecen en sombra de los patios.

La escuela y el colegio
funcionaron entre sus viejos muros,
con hombres sabios como preceptores
cuando fue Margarita
semillero de lumbres y cultura
para todo el Oriente de la Patria.

También estuvo allí
la imprenta del Estado
donde se publicaron: "La Gaceta",
"Ecos de Margarita"
y "El Neo Espartano";
se imprimieron mensajes
de Manuel Díaz Rodríguez,
de presidentes y gobernadores
que no sabían de nada.

Otras vicisitudes del convento
no estuvieron tan cerca de las letras:
fue cuartel, hospital, policía,
convertidas en insanas mazmorras
los viejos dormitorios de los frailes
y el oscuro agujero
situado debajo de las escaleras,
usado como calabozo
que denominaban El Tigrito.

Su fachada ha cambiado varias veces.
La torre derrumbada
dejó muda entre sombras la campana,
ni viento ni sonido
sobre la piedra seca
corrieron en la tarde y en la aurora;
de la corola de la rosa fragante
un pétalo cayó mancillado y sin brillo
y fue su soledad
más solitaria
en medio del recuerdo de la gloria
del tiempo derretido
que acumuló en horas cabalgadas
el reloj sideral que estuvo siempre
vigilando el afán de la Ciudad.

En el tiempo de ahora, la amplia nave
de los oficios religiosos del convento,
que fue asilo de escuela
de colegio, de imprenta,
ha sido transformada
en Sala de Asamblea Legislativa,
donde se dictan leyes
acaso no cumplidas
y se dicen discursos y mensajes,
pero uno solo falta
para hacer perdurar con mano firme
el legado del tiempo,
historia viva, ámbito sonoro
donde crece el anhelo
sembrado con esfuerzo
de la sencilla gente
que mora en este valle
bañado en el azul de sus montañas
en la tranquila paz de sus conciencias.

San Francisco es sin duda,
en sus adaptaciones y vaivenes,
expresión de las épocas que pasan
marcando con su huella cada cosa,
pero pervive contra el tiempo nuevo
el espíritu alerta que vigila
para que el hombre sea
sustancia humana
que crece y crece siempre
buscando su medida
hacia la infinitud de las distancias.

MI PADRE

A Antonio J. Espinoza Prieto

Padre, mi mente retrocede
a la edad sin linderos
del juego cristalino.
Te miro en tu taller de joyería,
adelgazando el oro,
haciendo pasar por los hileros
de ojos multiplicados
el brillante metal
que lentamente con el esfuerzo duro
era hilo delgado entre tus manos tensas
de orfebre cuidadoso.
Tu figura gigante se proyecta,
el soplete en la boca
para lanzar la llama
sobre el carbón en ascuas
sostenido en el pulso.
Sobre tu frente, sobre la cara toda
se reflejaba ardiente
la fulgurante lumbre:
eras el dios del fuego,
un mago transformista
dirigiendo la flama
allí donde en el frío
átomos y moléculas cuajaron,
deshaciendo durezas
en siglos conformadas
para darles tu forma.

Acudías diligente a los crisoles,
donde oro, plata, cobre
eran líquida aurora
que vaciada sobre la arena fina
tomará los contornos
fijados por el molde.

La lima, el buril o la segueta
desbastaban la dura resistencia,
pulían las aristas,
y en el tiempo medido,
recreado en tu propia maestría,
de tus dedos delicados
salía la joya reluciente.

Aun cuando tomaste otros rumbos,
inmerso en el quehacer de la oficina,
interpretando leyes,
aplicando justicia,
defendiendo a los pobres
del torcido derecho,
yo siempre te miraba
artífice en la obra
de hacer y rehacer en el duro metal,
buril en mano,
soplete entre los labios,
una joya que fuese
pura ofrenda del hombre
para el uso del hombre.

Te interpreto lejano
ensayando en tus hijos
el acabado molde
donde el metal fundido de tu espíritu
iba a tomar la forma
cabal de ciudadanos
hechos para el servicio
en el esfuerzo noble concentrados.
Por eso fuiste duro algunas veces,
el metal que era tuyo resistía
lima, buril, segueta,
crisol a fuego lento,
hilo de filigrana,
derretida materia
para tomar la forma
en tu ambición soñada
de orfebre de la vida.

Querías imponer
tu concepción más pura
a la materia humana
salida de la entraña
de tu escondida mina.

Ahora reflexiono,
en la experiencia hecho:
el hombre no se forja a golpe de martillo,
sus aristas se pulen como las del diamante
en el polvo que dejan sus facetas,
por eso esplende solo.

El artífice talla cortando las raíces
para que brille pura
en aire suspendida
la joya cristalina.

La raíz en el hombre
que lo hunde en la tierra
le da frondosa copa
con flores y con frutos.

Padre, tus hijos y tus nietos
somos raíz y tronco
de tu misma arboleda.
Tu obra de joyero
descuajó la maleza,
que no es cortar raíces
sino afirmar la planta
en su propio terreno,
ponerle abono verde,
que es polvo de su polvo.

Nos enseñaste más
en tu paciente obra de labriego,
de la semilla pura
enterrada en el suelo,
vigilando el nacer,
aupando el crecimiento
hasta ver orgulloso
la espiga, la mazorca,
mil granos por un grano,
premio del sembrador.

Padre, cuando moriste
en la tarde de mayo
con gesto de labranza
en el oscuro surco pusimos tu semilla.

Tú querías morir para que fuera
la siembra más temprana.
Fue a tu hora de la tarde gloriosa
con el desbordamiento de floración celeste.
Tu pueblo estaba allí para verte crecer,
sabía que estarías junto a él en la espiga,
en el polen que vuela
cada vez que florecen las acacias.

Tu cosecha dorada va en el viento
fecundando raíces,
desparramando sueños
como la joya clara
concebida en tu mente
de artífice y joyero.

MI MADRE

*A mi hermana
María S. Prieto de Espinoza*

Estaba en el Senado
cumpliendo mi labor parlamentaria
cuando seco y escueto telegrama
me hablaba de tu muerte.

Me quedé en la noticia.
No podía ni llorar.
El llanto se secó como si hubieran
talado las laderas donde crecen las lágrimas.

Estaba solo en medio de la gente,
no entendía las palabras de cumplido
porque me fui señoero por rutas de tu vida.
Ensimismado, recorriendo el camino,
me vino tu caricia sobre la ardida frente,
tu voz suave de ternura empapada,
tu servicial manera,
tu cálida sonrisa,
abierto ventanal de la alegría,
pozo fresco de azul con una estrella
para calmar la sed con claridad celeste.

En tu diaria labor de panadera
hacías el amasijo de tu risa
ligada con la harina,
por eso tu pan era más blando,
la miga más sabrosa.

Cada golpe de mano derramado en la masa
era la suavidad que se mezclaba
con la dura faena en que convoca el trigo
brisa y nubes que imprimen a la espiga
el ritmo cadencioso
con el sol desgajado en la mañana.

Tus milagrosas manos de enfermera
acorrían solícitas para buscar remedio
al hueso dislocado, a la fractura,
con tarea de tablillas y resinas,
ingeniería humana que ponía
camino en los tullidos,

brazos, manos, clavículas, tobillos
en la repuesta forma del ágil movimiento
retornado a la parte resentida.

Un llanto con el otro se juntaron
para llorar tu muerte inconsolable,
madre de abandonados,
protección de los tristes.
Donde estuviste, siempre estuvo presta
tu mano generosa y desbordada
porque darte era entrega de tu alma
a quien buscó tu alero y tu cariño.

Te prodigaste en todos los senderos
repartiendo tu pan y tu sonrisa,
acercándote al pobre y al caído
alentabas en tu voz los corazones,
el río de tus lágrimas se hizo
de pena abrevadero silencioso,
creció en tu amor el generoso impulso
y ya nadie sintió su soledad
si cerca de su angustia vigilabas.

Las múltiples tareas de tu vida
te hicieron desbordada maternidad de todos:
hilo y aguja eran remiendo o tejedura,
agua y jabón la ropa limpia y olorosa,
el repasar de cuentas del rosario,
la devota plegaria
que volaba junto al claro tañido de campanas,
visitar los enfermos, despedir a los muertos,
llorar, llorar la pena en otros derramada.

La Ciudad te veía como guardián celoso
de todas sus angustias,
de sus dolores, de sus alegrías.

De norte a sur, del este hacia el oeste
diligente corrías
sin importar la hora;
el servicio colmaba la medida
de tu sereno corazón fraterno.

Entregaste a los hijos esa herencia
que guardamos celosos
sin repartirla nunca
porque a todos nos toca íntegramente.

Madre, tu ausencia inacabable
y tu clara palabra de amasijo
no se colma en los años,
y se acrecienta más cada mañana,
cuando no estás para decirnos “¡Buenos días!”,
tremolando tu mano que bendice
en unas voces tiernas
repetidas por siempre
pero nunca agotadas
porque siempre eran nuevas:
“¡Que el cielo los proteja!”.

LOS COMPAÑEROS

Perdidos en la sombra, hundidos en la noche,
fugados de esta clara, celeste claridad,
que nos hizo en la cumbre o en el llano fraternos compañeros,
disparo de saeta de los días de no pensar en nada
porque el sueño copaba la total vida nuestra,
clarinada feliz de una hora de subir y subir hasta la nube,
claros, puros, de cristales sonoros y limpios,
buscando en la fuente, en la luz, en el pájaro,
en la fruta madura, en el agua del pozo
la exultante alegría cristalina en el goce fugaz de la tarde.

En el sobrevivir con que vivimos
alumbra siempre claro, cocuyo de la noche inacabable
el recuerdo feliz de aquellas horas francas,
en los días jubilosos, sin ribera,
con Ramón Aguilera y Rafael Hernández,
con Santiago García y Julián el de Aleja
y Francisco el de Esther, mi primo hermano,
gran jugador de trompos, gran hacedor de trampas,
compañero del viaje de pescar paludismo
entre los pastos verdes de azufrales de oro
en el pueblo pajizo de las Aguas Calientes.

Allí junto a nosotros en la tarde de alegre algarabía
o en la diáfana noche desbordada de luna
estuvieron alegres, presos de la aventura:
Pedro María Alcántara, Eduardo Fermín, Guillermo Irala,
Gregorio Caraballo, el hábil hacedor de voladores,
Víctor el de Dominga Figueroa que me hizo el primer trompo,
y Nofucho Marcano, el capitán de la pelota,
junto a Pedro Sanabria, del rojo y el azul de las novenas
del Arismendi Béisbol Club, el invencible
y Ramón Espinoza, fraterno hasta la muerte,
Jesús Ramón Fermín, Negro del Diablo,
generoso y tenaz como un destino
de fiel fidelidad no desmentida nunca.

En el alborozado discurrir de las ingenuas vidas
o en las horas de planear fórmulas de futuro,
travesuras ingenuas de la molesta broma,
eran aliados francos y cordiales:
Víctor Julio López a quien mordió la lepra,
infeliz ostracismo de aislamiento severo,
Jesús Rafael Leandro Moreno, periodista afanoso,

del cobarde valor del ciudadano íntegro y libre
que imponiéndose al miedo enfrentaba la malechuría
para cumplir con el deber fijado en su tarea;
Cayetano García, Andrés Ortega, Beltrán el de María Brito,
y tantos otros que dejaron silencios
y palabras transidas de amor a nuestra tierra.

Y los que sobreviven en la diáspora aisladora
o quedaron sembrados en el terrón de amor isleño
en la raíz de angustia y sequía sempiterna,
peleadores del sueño y de la vida inhóspita:
Plácido Fermín, quien me enseñó en la niñez temprana
que el odio no pervive sobre el claro destino de las horas
en que el juego se trueca en alegría desbordante.
Manolo Montaner Salazar, el de Antonia Leocadia,
de la mística sombra en el sayal del cura
y la sana hermandad que nos hacía gozosos
zarandear nuestros trompos tañidores en la arena
como dos corazones que latían acompasadamente
sin la cuerda que ata, pero da el movimiento.
Y Toño González Ávila, pitcher de la novela azul,
Pedro Ramón Marcano, el Kaiser de jugar a la pelea
cuando contienda aterradora se desgajó en el mundo,
Vitico García Salazar y Ramón Nóbrega
del derrumbado túmulo y huida sin respiro
con susto de los muertos siguiéndonos los pasos;
Antonio Subero, Beltrán Brito el de Chepa, con Enrique el de Sara,
Ramón y el Chingo de Jovita, con Franzo Aguilera
y Pedrito Salazar Gamboa, silente pensamiento introvertido,
Ramón Dionisio Rivas y Alejandro Rodríguez,
con su ojo apagado y su mansa bondad de franciscano,
Vidal Narváez, la Bejuca, y su hermano Chucho Mantequilla,
Ballito Salazar, Félix Ramón Silva Torcat,
Jesús Berbín, Cleotilde y Luis José Navarro,
perdido en la maraña de su mente extraviada.

Todos en el tenaz esfuerzo envejecidos
pero haciendo del sueño un compromiso con la vida,
sin importar la humilde condición o alto destino,
para servir importa poco el puesto que nos toque
si sabemos cumplir el objetivo que convoca al trabajo
y nos fija un destino medido en la medida
de nuestra magnitud de hombres cabales.

DE ISLA EN ISLA

A José Salazar Meneses

¿Por qué luz indecible nos unimos?

La luz de Coche
con la voz del mar
en apretado lazo nos amarran.

Sobre el estrecho rumoroso
que separa las islas
el viento silba y canta,
atropella las voces,
las palabras se pierden
y regresan
sin tocar los oídos.

La salina espejea distante
y hace salobre el viento.
La mar de verde y verde
pone a correr los peces
entre los limos ocres
que se enredan salvajes.

De mar a mar
la espuma de la sal
que al cielo sube
es cálido respiro,
suspiro marinero de la ola.

Con el viento se va
la nube errante,
en la playa amarilla
el remolino crece,
en el polvo sutil
que se derrama
va el recuerdo
que diluye su órbita
redonda
entre azules de sueños
sin distancia.

Provincia de las tierras separadas,
islas de la vigilia
entre la mar crecidas,
rípidas tierras

de piedra y greda,
rocas desnudas,
calcáreas formaciones calcinadas
de cardos y violetas en la aurora.

En la triple hermandad reverberante
empolladas del huevo de una ola,
una para el amor
creció en amores,
otra para la sal
creció salada,
de soledad Cubagua
es solitaria.

Separadas del mar
el mar las une,
entre azules y verdes tornasoles
la brisa las saluda y las despeina,
las enjuga en su aliento marinero,
frescas de noche,
abanico de fuego, al medio día,
brisa brisando sobre el mar respira
prendida entre una nube de amaranto.

La cruz de sus caminos
se hace red
que se mete en el mar,
convoca la marina pajarera,
pesca a los pescadores,
dorados en el sol,
brillantes de la luna,
salados de su sal,
polvo de playa azul,
encajes de la espuma.

Hila el día su copo de diamantes
extendido en el azul deshabitado
con un soplo de brisa,
polluelo que en el nido ensaya el vuelo
para cubrir de alas
el incendiado bosque de las nubes.

La mar debajo crece
en alas y murmullos,
el viento nos navega
y nos empuja,

hacia la orilla vamos
donde duermen las redes
de labores de aguja remendadas
por manos diligentes regresadas
desde el salto de peces en las cuerdas
del cardumen de plata
traído hasta la playa.

Semilla de la noche
junto al día
la nube se detuvo
entre dos cumbres:
Guayamurí sonoro, Matasiete
derramó su caudal
gota por gota.

Creció la yerba,
flores escarlata,
amarillas y lila,
pedrería derramada,
brotaron de mil copas
bajo un cielo de añil resplandeciente
con sus voces de selva remojada
en un temblor de lluvia amanecida.

Sobre cardos de espadas
vigilantes,
se echaron a dormir,
la tarde a cuestras,
en un salto de cumbres luminosas
los sueños de crepúsculos.

Capitán de un destino abarcador,
indefinible,
de isla en isla
y de amor en la brisa remecido,
pasa tu nombre
entre sombras y nubes y distancias,
recuerdo del recuerdo en la querencia
del que se va sin irse
y nunca llega,
Islas ancladas
entre la mar y el viento.

GALITO

A María Julia Espinoza Marcano

Menudo entre la gente
apretujaba el sueño
buscando una quimera.

Andaba solo y lento,
su mirada profunda
vagaba en una nube
deshilachada y tenue
que corría en el viento.

Discurría entre las piedras,
su palabra era apenas
diálogo con las sombras
jamás interrumpido.

La Ciudad lo miraba
pasajero distante
de un tiempo derrumbado
de soldado sin plaza y sin ración,
contaba sus hazañas
que nadie le creía
y se reía de todos
en su loca locura sin sentido.

Se burlaba de los legisladores
pandilla seguidora de una orden,
“todos de negro hasta los pies vestidos”
y si le preguntaban
por quién llevaban luto,
certero respondía:
“por su vergüenza que quedó enterrada”,
clavando así su península de sombras
en la hora de hacer genuflexiones.

Cuando le interrogaban
los niños majaderos
por la incógnita sombra
con quien iba de viaje
y siempre y siempre hablando,
blandía su bastón de caminante
y encogiendo los hombros respondía:
“Con tu madre converso
para no estar tan solo”.

Galito el pasajero
detenido en el tiempo detenido
era el olvidadizo señor de los recuerdos,
no pedía nunca nada
ni lo necesitaba,
tenía la dignidad
alerta de su insania.

Era amable, cordial, caballeroso,
a todos les servía
sin pedir nada en cambio,
pero todos pagaban cabalmente
con sonrisa en los labios
y la mano tendida
de pan, de amor, cordialidad y brisa.

LOS FANTASMAS

La leyenda creció de boca en boca
entre la obscuridad de los caminos.
Para espantar las sombras de la noche
cada rincón tenía
su fantasma preferido:
la vieja sacristía
con su Descabezado
de cabeza en la mano,
El Portachuelo, la Laguna
con sus muertos burlones
que pedían candela al transeúnte
para alumbrar los huesos
de la desencajada calavera
y la Mula Maniada,
bestia del resoplido solitario
en el paso enredado de sus cascos,
La Chinigua de blanca vestidura
en el reflejo quieto de la luna,
La Llorona del estridente grito
que se perdía en la sombra
y el espanto de El Tirano Aguirre
que se paseaba solitario,
al paso del caballo
resonando en las piedras de las calles
con un ruido impaciente de cadenas
cuando iba de El Puente a La Portada,
de El Mamey hasta el río,
golpeando peñas en Remanganagua,
para ir a perderse entre las sombras.

La Ciudad se acostaba tempranera.
Las viejas repetían las consejas
para retener entre las sayas
a los inquietos muchachos que pugnaban
por zafarse del yugo del hogar,
pero todos volvían
al desgranarse, lentas, en el aire
las nueve campanadas de las nueve
pues luego del silencio
se iniciaba la ronda de fantasmas
para los retardados nocharniegos.

Los fantasmas de sombra se marcharon.
El tiempo abandonado y sin premura

disipó las tinieblas
bajo el bombillo eléctrico
que reparte su luz en el silencio
compartiendo claridad con las estrellas,
mientras se oye el aullido de los perros
en la quieta quietud de media noche.

EL CARDÓN

A Rubén Osorio Canales

Cardón espinecido,
enhiesto frente al viento,
verde entre la maleza
de inhóspita y reseca terronera,
símbolo de irresistible fortaleza.

El tiempo no lo agosta,
la sequía lo mantiene,
rugosa costra fuera,
pulpa blanda por dentro,
que mordisquean las cabras
para su sed sin pausa
de sol y lunas sin poniente de agua.

La vida pareciera detenida
en sus alrededores,
bajo la magra sombra, sin embargo,
se agita alucinante
una tropa de hormigas,
inquietas lagartijas,
relucientes cocuyos,
serpientes escamadas,
escarabajos, grillos
de día adormecidos,
despiertos con las sombras de la noche
trajinada de luz de las estrellas.

La vera del cardón sirve de abrigo,
el guayamate ensaya
sus vuelos planeadores,
la paraulata trina,
cavan sus madrigueras los conejos
y la agresiva fronda
desgrana sobre el viento su silbido.

Sobre la palmatoria de sus cirios
las flores desdibujan
la hirsutez apolínea,
como si le nacieran del costado
ramas para el gorjeo de los pájaros.

La maraña se inunda de perfumes
y por unos instantes
en los años de espera
hay una primavera de colores
y un revuelo de abejas rumorosas
cuando el cardón florece.

Del espinal tostado
brotan perfume y miel,
dádiva de la espina
que en la aguzada punta centinela
roja pulpa madura.

De mis días de niño,
de mis adolescentes correrías
recuerdo las punzadas en las manos
y guardo la dulzura
que le arranqué al cardón,
pulpa de agua sellada,
fruto desespinado
que ponía su púrpura en mi boca.

De la estampa agresiva
era la espina apenas
como el ceño fruncido del abuelo
a quien conquista el nieto
tirándole los pelos del bigote.

¡Solitario cardón de la hondonada!
Con el silbo del viento en tus espinas
vuelvo a las hora plácidas
de saltar entre vallas
esquivando tus dardos
y torno a la lección de tus espadas,
enseñanza distante
de que el fruto en el labio codicioso
sabe a conquista propia
si nos deja en la mano
la marca de un pinchazo.

EL COLIBRÍ

Si digo colibrí
no digo ave
de canoro acento
y largo vuelo.

Digo una vibración,
movimiento del aire,
emoción y aliento
proyectados
sobre la flor abierta,
suspendida inquietud
que no se agota.

Si digo colibrí
la palabra no alcanza
a definir la sombra
del ala sobre un pétalo.

EL PAPAGAYO

*A la memoria de Gregorio Caraballo,
“el hábil hacedor de voladores”.*

I

Librado el papagayo azul y blanco
se elevó con el viento,
se perdió entre las nubes cabeceando
en el alegre juego de trepar por el hilo.

La cuerda de tenerlo estaba tensa,
segura entre las manos
que le desovillaban las distancias
y animaban la hazaña de la altura
en la angustia del vuelo sostenido.

Y la mano, y el hilo, el papagayo
eran un solo anhelo
de pureza en el aire
compartida con paz sobre la hierba,
donde el ala hace sombra,
cobijo del regreso.

II

Remojado de azul,
puro de nubes,
tirado por el hilo
regresó de la altura
el volador alegre.

Sin alardes de vuelo
se posó entre las manos
que lo tuvieron tenso:
el lento descender
fue el reposo del ave
en el regazo tibio
del cuenco de su nido.

EL TROMPO

*Para bailar me pongo la capa
porque sin la capa no puedo bailar,
para bailar me quito la capa
porque con la capa no puedo bailar.*

ANÓNIMO

Madera de los bosques
reseca y olorosa
cortada en un trocito
que cabe entre las manos:
forma de corazón
el trompo baila y canta.

Girándula girando
en su delgado pie,
bailarán en la danza
que le imprime el zumbel
que en espiral le cubre
como capa tejida
de punta a la cabeza.

Un hábil movimiento de la mano
lo proyecta en el aire
y cuando cae al suelo
sereno cabecea
como si se durmiera
al son de su tañido.

No se sabe si es brisa,
no se sabe si es pájaro,
como la brisa tiene aromas,
como el pájaro, cantos:
la brisa de los bosques donde nace,
arrullo de los nidos en la rama.
Su hilo contra el viento
convoca al viento que al girar se mueve,
su cauda de arco iris
se desenlaza en la cabeza móvil,
constelación del gris,
brillo de estrella con la luz difusa
confunde sus colores
en un color tan solo.

Puesto dentro del cuenco de la mano
en su rítmico baile
es colibrí que vibra
en el linde sutil de una rosa.

Del juego en la destreza
los muchachos ensayan
trenzando y destrenzando
los lances y los trucos:
unos sobre la cuerda lo mantienen,
otros sobre la mano
lo toman en el aire,
al vuelo pica y salta
de arena a suelo duro
o en la uña se mece.

La agilidad los mide y los confunde
en la danza del tiempo
que el trompo baila y canta
espolvoreando sueños
bajo el alero tibio
de un día sin penumbras.

RECUERDO

En la noche sin lumbre
la sombra pasa,
se agiganta,
deslustra los cristales,
hiende la soledad
y todo
camina junto a ella.

Serpiente de arrayán
se escurre sigilosa,
junto al tiempo
se hace intemporal
de niebla y humo.

No la miran los ojos,
la presiente el oído
en la palabra muda,
en la voz sin respuesta
y llega junto al sueño,
los dedos en los labios
del silencio.

Y todo calla, sueña,
todo crece,
se anima,
flor y polen caminan
sobre la noche-viento,
trasegando distancias,
polvo sobre los ojos
eternamente abiertos.

LA BRISA

La brisa entre las ramas
silbido agreste rima,
caricia de las hojas
y pétalos caídos:
¡Qué placidez de aromas
nos viene con la brisa!

MANDATO INELUDIBLE

No hay un palo de cruces en el bosque
que no lleve su Cristo entre las ramas,
el pueblo crucifica su alegría
entre un palpito de hojas y de espinas,
agoniza en la sombra medianera
del día, en la hora más brillante
la ilusión del amor que se desangra
y cada amanecer lleva en sus flancos
el signo de la muerte en el crepúsculo;
pero hay un mandato ineludible
que invita a la sonrisa y la esperanza
mientras haya una rosa que suspira
y un arrullo de pájaro en el nido.

DEL HOMBRE AL HOMBRE
(1977)

*A Cecilia, mi compañera en noches sin espera
y en días radiantes de esperanza.
A mis hijos, en la despierta luz
que alumbra en el camino*

CANTE EL POETA AL HOMBRE

Cante el poeta al hombre
su paz, su amor,
su desvelada sombra,
su palpar de angustia,
su dolor, su quejido.

Exalte el hombre al hombre
tan deprimido siempre,
arrinconado en su desván de dudas;
cante su sencillez,
la humildad de la vida,
sumisión, rebeldías;
haga fluir su estirpe cavilosa,
entone un himno a la esperanza
ante el grito de horror frente a la muerte,
que aliente su ilusión de trascendencia
refugio de la quieta eternidad.

Baje hasta el fondo de su secreta fragua
donde arden metales de creación celeste,
ponga a vibrar el verbo encendido en su flama
y la palabra cobre moldeable forma
para expresar el grito de protesta,
la imprecación airada
o el acento de reclamo amoroso.

Cante el trabajo duro para ganar el pan,
la explotación inicua y su vileza;
sienta sudor y lágrimas
como desbordamiento de las aguas
por laderas desnudas.

Cante con la soberbia de protesta
persecución, asedios destructores,
la miseria del odio y la perfidia.

Cante la acongojada retirada sin sentido,
la altivez, antifaz que esconde
la entraña dolorida.

No escatime el elogio merecido,
o deje testimonio de reproches,
la fría reprimenda a sus desvíos;
pero apiádesese de él, incomprendido,

que quiso ser castillo inexpugnable
dejando desprevenidas las garitas
por donde aborda el sueño
sus defensas de nube.

Cante la sequedad de su lamento
o el aliento insondable que lo oprime
presa de los remordimientos;
elévase con él hasta la cima de sus grandes anhelos
o descienda con él hasta la hondura del fracaso
donde termina toda humana condolencia.

Del hombre al hombre
comunica mi verso su latido.
Me cala lo que siente y lo que piensa;
hombre también, me acosan sus gemidos,
me exalta su entusiasmo
me deprime su pena
y en sus obras pequeñas o sublimes
me siento realizado.

Aquí mi testimonio
irrefutable de asombro o ensimismamiento,
en una búsqueda sin tregua
de la humana presencia.

PERFIL DEL HOMBRE

Venía de las tinieblas,
su paso añorado era impreciso,
lo deslumbró la aurora,
pero así amanecido se proyectó en su sombra.

La tierra lo miró dominador,
y se puso a servirlo;
él descujó milenios
que le fueron creciendo entre los dedos
para hacerse señor de su destino,
pitecantropo erecto.

Cabalga sobre el tiempo,
invade los planetas,
penetra en el misterio,
órbita de sí mismo.

Plantado frente al muro
de fría soledad
interpreta los signos de su angustia.

En las cuevas de años millonarias
las rupestres figuras ancestrales
le señalan origen,
pero poco le importa
porque sabe que el mundo
lo parió sin dolor.

Dueño de su pasado
pone a andar el futuro,
gigante de la noche
se duerme junto al día,
tan solo una burbuja,
borona de la nada
que gira, gira, gira
poseso de su instinto.

Fulgura en las ideas,
resalta si imagina,
sueña y el sueño crea
teoría de símbolos distantes.

Crece en el huracán de sus pasiones,
brizna en su propio soplo,

se infla o se desinfla,
maravillosa sombra en mediodía.

Inventa la opulencia
o se hunde en la miseria,
con hambre alienta sueños succulentos
y en la cumbre del éxito
la náusea y el hastío
lo colocan al borde del delirio.

Domador o domado el mundo es suyo,
si levanta los ojos habita las estrellas,
si baja la mirada es polvo de sí mismo.

Por él las cosas valen
y en su quehacer alcanzan un destino,
soplo de soledad se hace multitud,
poderoso en los otros
se abisma en su impotencia.

Volcán o tempestad,
aliento en brisa tenue,
en un átomo cabe la fuerza de su genio
y en la mano del trueno
destruye en Hiroshima
o baja a las tinieblas
a buscar sus secretos.

Roba, estupra, asesina,
implacable en la guerra
en la paz se humaniza
y gime por los muertos,
va por los cementerios
para oír los lamentos de las madres
y llorar junto a ellas
por la sangre y los huesos.

Rockefeller potentado
da al pobre diez centavos,
Walt Whitman ensimismado
mira crecer la hierba
y le entrega su canto a los humildes;
en el mundo sin nombre
los dos son poca cosa:
el uno explotación,
el otro la bondad.

Si el dolor lo taladra inventa la sonrisa
y en la plena alegría le sorprende una lágrima,
bajel desarbolado
se acoge a la enseada
que le brinda el amor.

Misterio, nada, arcano
son flechas disparadas hacia su eternidad
y en medio de sus ondas se consume;
sus inventos lo exaltan
y una vez alcanzados
comenzará de nuevo,
por siempre insatisfecho, nada está concluido,
Sísifo, Prometeo, se realiza creando
en cárceles de angustia y agonía.

Lanzado sobre el Cosmos,
refrena miedo y susto,
cuando siembra su anhelo
en la asombrada estela de los astros.

En el éter sonoro
como débil cometa
un hilo de palabra lo sostiene
entre la soledad y el destino.

Su planta alunizada
marca indeleble huella
que señala la ruta de una era,
un universo nuevo,
donde tiene la idea
proyección de infinito.

Y si habita la luna
ha de habitarse entero,
cerebro y corazón
iluminado alcázar
del hombre amanecido
en su lumbrer interior resplandeciente,
que de vuelta del viaje
se conquista a sí mismo.

Cara y envés del hombre:
sublime criatura,
miserable alimaña,
todo lo justifica, pero nada lo exime,

su fuerza es la palabra,
tribuna donde canta
se lamenta o maldice.

Medida de las cosas
según dice Protágoras,
el hombre mide al hombre
y mide el infinito.

HISTORIA DEL RÍO

El agua era primero
sobre la cumbre fría
hilillo de alborada;
se echó en el cangilón,
rodó por el camino
que conduce a la mar:
sin historia en la cumbre
ahora, ya es el río.

La montaña despeña
su cabellera de agua
en vertical descenso
sobre la tierra llana
que le acoge en su seno
para correr sin bridas.

El río se arremansa
transcurriendo anchuroso
sobre el abierto cauce.
Recodo tras recodo
su paso es modelado
por el relieve abrupto
que le hizo torrente,
en sabanera greda
construye extensas playas
donde el hondo se mide
con sonda de los dedos.

De la cumbre hasta el mar,
el río baja o crece,
se arremansa o desborda,
fertiliza o destruye,
se encoge bajo el puente,
lame y bruñe las piedras
que sus aguas calientan.

Puente, piedras y árboles,
son testigos del río,
lo ven pasar discretos,
se retratan en él
escuchando su canto,
o saben cuando pasa
que el canto no es del agua,
sino chispa que salta

como cuando la piedra
tropieza el eslabón.

¿Es acaso la mano
sobre la cuerda tensa
la dueña del sonido?
La campana en el viento
no es la voz del badajo
que la hiere en su cuenco.
La que canta es la piedra,
el río es el badajo
o el arco en el violín.

La piedra, el puente, el árbol
miran pasar el río;
el agua no es la misma,
los testigos lo dicen
en el lenguaje mudo
de su perennidad.

Y pasa y pasa el agua,
no se lleva el lucero
que en sus aguas se baña
ni la sombra del árbol
que le brinda cobijo:
distante está el lucero
y el árbol en la orilla
como clavos eternos
clavados en el río.

El agua bajo el puente
no se detiene nunca,
turbia furia disuelta
transporta los inviernos
de oscura fuerza loca.

El verano le merma
la furia destructora,
lo torna espejo claro,
pero el sol, el lucero
que le alumbra de día
o en la noche titila
nunca su luz difunde
sobre espejo invariable,
el cristal es cambiante
y es recuerdo en la gota
su bautismo de luz.

El río que discurre
no lleva un agua misma,
el lucero y el puente,
el árbol de la orilla,
la piedra repulida
por su mano de siglos
lo saben y lo dicen.

Pasa veloz el agua
y no regresa;
su caricia mojada
pone el canto en la piedra
y solo en el remanso
se adormece un instante;
su pasaje fugaz
es vida en movimiento.

La huella de su paso
es redondez de piedras
y del monte hasta el mar,
corre, corre incansable
el agua atribulada,
pura y dulce en la fuente,
en la mar es salada.

El agua no es la misma
de la fuente al bautismo.
Regresará mañana
de la mar a la nube,
de la nube a la fuente:
el río es el cordel
para amarrar el tiempo.

EL ARTE DE SER HOMBRE

Al Dr. Federico Moleiro Camero, poeta

Ignorar es la clave de las cosas,
ignorar es el signo del misterio.
¿Por qué te empeñas en saber?
¿Por qué te afanas
buscando en los arcanos insondables
respuestas a tu sed?
Ser hombre es un oficio de minero
que cava hasta la veta cristalina,
y descubre el metal, su brillo puro,
para labrar espejos de infinito
quedando suspendido en el hallazgo
pero sigue buscando, más hondo,
la raíz o la sombra
de lo que somos hoy
o seremos mañana.

La sed no se disipa
bebiendo el agua clara
que sube desde el pozo,
porque queda en el fondo
titilante el lucero,
luz cuajada en la hondura,
que no la arrastra el agua
y nos hace marchar
por sendero invisible
hasta el alto sitial
donde se quema el brillo
rutilante del astro.

Ser hombre es acercarse
sin miedo ante el misterio
pidiéndole respuestas
revolviendo en su fondo;
es no sentir el límite
de la fuerza creadora
para inventar los mundos
y vivir entre ellos
soñando en otro y otros
desbordados planetas
que giran al conjuro
del brazo y de la idea.

Aprender este arte
complicado y difícil,
sentir sustancia y forma
presos en la aventura creativa
del modelar trabajo de los días,
es tarea escolar
sin horarios ni pautas,
donde es maestro el ansia
de crecer sin fronteras,
que dicta la lección
haciendo y rehaciendo
el sueño entre las sombras
para inventar la luz.

Es tarea insondable
donde crece la angustia
en un abecedario de preguntas,
largo e interminable.

Ser hombre es responder,
respondiéndose siempre.

LAS PIEDRAS

*Lo que cuenta el poeta a las piedras
está lleno de eternidad.*

LEÓN FELIPE

Estas piedras que ruedan a lo largo del río,
las que van tumultuosas, guijarros volanderos,
las canteras que apuñan sus metales,
las fulgurantes gemas de miríficas formas y colores
son de la misma esencia de la sangre y los huesos,
parte de ellas forma la materia de células,
de tejidos, de órganos: corazón y cerebro,
pulmones, vientre, carne y todo cuanto vive en el ser que llevamos.

Somos piedra también que pulula y se gasta,
se calienta en el día y se enfría con la noche
y no se desintegra sino cuando concentra
el fuego llama viva sobre la lisa costra.

La piedra es insensible si es puro mineral en la cantera:
la cal de la caliza, el hierro de la mina,
la sal en gema pura sumergida,
el azufre, el yodo, fósforo del incendio,
la minería toda que corre por las venas,
pero ella se trasmuta en carne viva
y vive con nosotros y con nosotros rueda
en la sensible forma de esta vida que duele.

La piedra se disuelve en polvo o lava
si el fuego la calcina,
sus átomos se hinchan y revientan,
el calor en la piedra es muerte que rechina
si el soplete le lanza su chorro destructor de llama ardiente,
si en el horno se cuece la cristalina forma
o si el ácido pone su tornillo encendido
sobre la dura piel que cede y se deshace.

El hombre no precisa el fuego concentrado,
es más bien el calor desvanecido,
el frío que penetra en la fibra más honda,
que llega hasta los huesos
lo que transfigura en polvo su erguida humanidad
y sangre y carne y huesos
devuelven a la piedra sus minerales dones,
el polvo vuelve al polvo y la piedra insensible

sigue rodando inerte;
el hombre sigue erguido en su mundo de piedra,
mineral solamente.

Todo cuanto sus sueños aprisionan
es polvo con la lima del tiempo arrancado a la piedra,
polvo que gira en el viento eternamente.

Pero si somos piedra, ¿quién alienta el suspiro,
hace crecer las lágrimas, inflama la emoción ante las cosas?
¿De dónde nace el beso y crecen las raíces del amor?
¿Este afán insondable de surgir con la vida,
de penetrarlo todo: de la hierba a la rosa,
del viento y su bramido, del arrullo del pájaro,
del susurro del río, del rocío en la hoja,
de la espiga y del grano, del polen en la brisa,
del trueno y el relámpago, de qué fuente se nutre?
¿Por qué secreta alquimia agua y piedra se juntan
en sangre convertidas y son hueso y latido,
corazón amoroso o cerebro que piensa?

Es la vida que crece de lo inerte.
Dentro de sus retortas calientes que el mundo no detiene
es reverberación el humano destino.
En su cruce prodigioso de metales dormidos
el carbón se transforma en diamante a fuego lento,
hidrógeno y oxígeno calman tu sed en agua convertidos,
el mar es agua en donde bebe el Sol y hace las nubes
y agua y sal y piedra es el cuerpo y sus huesos.

No desprecies las piedras que te cierran el paso,
hay piedras desvalidas pero no sin valor.
En ellas va la vida, arroyo murmurante sobre lecho dispar,
cristal en que la luz y la sombra se quiebran,
reflejos de los astros que giran infinitos,
pupila torturada, abierta herida
por donde corre la nocturna sangre
en el claro latido que termina en la aurora.

Las piedras son la sustancia del hombre
que aprecia lo que valen en su mundo dos cosas.

FIEBRE

Al Dr. José Lucio González Rivero

El cuerpo vibra en un temblor incontenible,
oscilan las mandíbulas, tocan dientes con dientes,
parecen desprenderse en un crujido
que alarga su dolor a la raíz.

Cobija tras cobija van cayendo
y sin embargo crece y crece el frío
con el tumulto ciego de la fiebre
y nada lo detiene ni lo calma,
nacido de la carne lacerada
semeja espigas que atraviesan la piel
como si fuéramos de cardón espinados.

Después, un nuevo ritmo
en el baile fatal de los termómetros.
Es el calor que asciende
en intermitentes oleadas
que brotan desde las puntas de los pies:
¡el paso de las nieves al volcán!
Un crepitar de brasas nos recorre;
la llama que nos cubre
se detiene en la nuca,
penetra en la cabeza
y lentamente la sentimos dilatarse
hasta el tamaño inmenso
que cabe entre los brazos extendidos.

En el linde del volcán el rubí se diluye en nube y humo,
una lluvia sutil cala el cedazo del cielo
pero no moja ni calma la sed;
soledad y silencio se detienen arriba,
silencio y soledad caen en la sima
y vamos, peso inerte, desde arriba hasta abajo,
el crujido del vértigo en sienes y ombligo.

Está pronta a estallar nuestra cabeza
sentimos un peso de martillo que golpea,
con ruido sordo, acelerado,
sobre metal caliente.
El sudor es como agua arrojada en las brasas
que nos envuelve en sus vapores;
la saliva pastosa

no humedece los labios
resecos y agrietados.
La sed, la sed, nos consume la vida.

Atravesamos un desierto con sus cálidos vientos,
oímos sus bramidos,
sentimos sus arenas cubriéndonos el cuerpo,
y a lo lejos, distante,
sonidos de cencerros trashumantes,
un grito largo de sirena,
imágenes confusas entre sombras:
murciélagos de luto, escarabajos verdes
con garfios enarcados que amenazan;
huellas diversas señalan mil caminos:
los cansinos camellos de las caravanas,
lagartos, serpientes y leopardos hambrientos,
cuyas zarpas se hincan en el polvo,
todas las leyendas visionarias
de *Las mil y una noches* ocurren en tropel
para la interminable noche de los suplicios
mientras crece el calor que nos consume.

Entre la danza de zamuros agoreros,
en medio de visiones indescifrables,
un pozo refrescante en el oasis
con su samaritana que nos tiende la mano.

Regresamos del sueño terrífico
del volcán y la nieve,
del viento en el desierto:
el oasis nos brinda
sobre la frente derretida
manos tiernas que enjugan el sudor.

El cuerpo laxo y débil,
cualquier viento lo mueve como una brizna tenue.

La malaria es serpiente
que se enrosca a la presa,
le tritura los huesos
y afloja solamente
para engullir la muerte.

VIAJE ESTELAR

Sobre el anca sonora
la palmada resuena,
Pegaso entre las nubes
deletrea alfabetos
de ignorados planetas.

Resurrecto del mito
le crecieron mil alas
que en metálico vuelo
ensordecen los aires.

Puesto sobre el ijar
el talón agiliza
la marcha al infinito:
exhalación, cohete,
raudo se moviliza,
sus distancias se miden
por salto intemporal
de una a otra estrella.

Pegaso va en el viaje
cortando con su boca
de morder infinito
un pasto de luceros
esparcido en el éter.

Del fondo o desde arriba,
es acaso lo mismo,
mira los movedizos
planetas en sus giros.

La sed de lejanías
pone rumbo hacia un astro,
distancia que en el sueño
se quema entre las manos.

Arribamos a un mundo
por siempre amanecido,
pues cuando un sol se apaga
otros soles se encienden.

Y la angustia jadeante
puso su pie en la fuente
que en tormentas se nutre

de enredadas vertientes,
sed de un sorbo en la boca
calcinada en destellos.

Sobre el anca sonora
la mano corre sola
y en el goce del viaje
Pegaso se reclina
al borde de un lucero.

VUELO DE REGRESO

Sobre el mar,
entre las nubes,
el avión es una pluma
que baila al compás del viento.

Azul, azul hacia arriba,
verde la mar hasta el fondo,
entre los blancos del aire
la mañana brilla clara.

Ruta de los bucaneros,
Panamá, Caribe y ola,
caimanes de Barranquilla,
Magdalena que bautiza
sus aguas entrando al mar,
son hitos en el camino
que hacia la patria nos lleva.

Santa Marta del recuerdo
de morir sobre la angustia
de ver la patria angustiada
y al borde del cataclismo.

Se presiente desde lejos
el frío de las montañas,
cuyos caminos de gloria
fueron la gloria de América,
cuando iba entre los montes
montando briosos corceles
la Libertad con Bolívar.

Desandando desde arriba
los caminos del recuerdo
América es más pequeña,
la patria cabe en un puño
de minutos para el vuelo,
pero en la historia no cabe
el tiempo de hacerla libre
ni la gloria de quererla.

Voy por la ruta del aire,
sobre la ruta del pueblo
que hizo libre a un continente.
Se cubre fácil en vuelo,

se dice breve en la frase,
¡pero qué camino largo
la historia de ese camino!

El reto de la montaña
lo vence el avión de un salto,
el lago, llano con olas,
nos saluda con la brisa.

Goajira, patria doliente,
sobre la tierra pelada
el indio cruza desnudo.

Por la ruta de los cielos,
entramos a Venezuela,
Patria del cálido anhelo,
gloria de Patria en el sueño
de hacerla al cordel que mide
la justicia de los pueblos.

*(En la ruta aérea de Panamá a Venezuela,
8 de septiembre de 1961).*

RADA DE MONTEVIDEO

A Zaira Gamundi de Castro, en Montevideo

Estoy frente a la rada,
de sucio azul, con humos en el fondo.
Semeja un amplio mar
y es apenas la orilla de un gran río,
con aguas dulces
bautizadas de sal.

Barcos que parten,
barcos que llegan
y en la inmóvil algarada
alguien espera,
alguien sueña,
mientras va y viene la marea,
con su lamer de costas
con su blancura de espumas
que se deshacen en la arena.

Rada de tres tiempos:
la del que parte,
la del que llega,
la del que se queda,
y siempre el mismo fondo,
inmutable:
arena y piedra y lodo,
algas y peces meciéndose en las olas
a caza de luceros
que bajan a bañarse
de la tarde a la aurora,
sumergidos hasta tocar el fondo.

Peces cazadores de luceros somos los hombres.
Corremos tras la luz
como buzos que buscan perlas en los ostrales,
en sortijas de agua
que disuelven su brillo entre las manos,
en pregón desalado agitamos estrellas
que no están en los dedos,
pero que las sentimos
quemándonos,
alumbrándonos,
guiándonos,
como linterna inapagada,

faro de los viajeros,
señal inmóvil para los que se quedan,
lumbre para la noche,
fuego para el frío,
encendida esperanza de los caminantes,
humeante quinqué de los marineros viejos,
eternos oteadores de distancias,
detenidos en la ribera,
barcos que no parten nunca,
anclas hundidas en el fondo,
herrumbre y lodo y piedras,
donde se apaga todo,
hasta el ruido del mar,
el ansia de viajar
y el brillo de la estrella.

(Rada de Montevideo, 21 de diciembre de 1964).

EL APAMATE CIUDADANO

Morado, blanco, morado,
solemne crespón de lila,
de espumas un airón blanco
se visten los apamates.

Sobre el viento va el aroma,
va volando sobre el viento,
la flor, mariposa en giro
el ala blonda girando.

Frente al cemento del muro
en el mayo florecido,
la flor se anuncia en lo alto
y cuando todo se asfixia
entre el calor del asfalto
y el humo de gasolina
desde la rama evadida
el apamate respira.

El apamate se hizo
el árbol de la ciudad;
en el tráfago del día
da su sombra al caminante
y el carnaval de sus flores.

El apamate de seda,
suave seda de colores
para la vista cansada
de mirar el gris de plomo
de los muros de la urbe
y el negro de las calzadas.

Buscando el aire en la altura
hacia arriba va creciendo
la floración de apamate;
se reparte para todos,
mientras crece el alarido
de los autos como un bosque
y es un bosque la miseria
que abajo consume al hombre.

Morado, blanco, morado,
árbol del rico y del pobre
más para el pobre de a pie
que busca sombra en la calle.

Árbol florido de mayo,
de sombra amable en agosto,
la ciudad: cemento gris
mientras esparce el ramaje
de azul descalzada sombra,
aire entero del paisaje,
nidial de amor de los pájaros.

EL NIÑO SOBRE EL HOMBRO

Bajo la sombra mansa
de la cabeza inquieta
reposaba su niño
las lágrimas y el sueño.

Las cataratas negras
del pelo despeinado
cayendo sobre el hombro
confundían sus torrentes.

La madre en el portal
tiende la frágil mano
de carga liberada
mientras dormita el hambre
de su niño en el hombro
y pasa como bruma
la esperanza que sueña
bajo la sombra mansa
de la cabeza inquieta.

LA SOMBRA

Descuaja el hacha despiadada
el árbol centenario
y retumba en un trueno la montaña.

El gigante rendido
arrastra en su caída
la cohorte pequeña
que cobijó en su sombra.

El sonido del hacha sobre el tronco
se repite en el eco,
es campana que vibra
desde el abierto cuenco sobre el bosque
donde cayó el gigante,
para que el tronco débil se levante,
y encuentre su medida bajo el sol.

EN EL HONDÓN DE LA HERIDA

El arrojado indomable pone el arma en las manos:
se cruzan los puñales,
los filos hacen ruido de fósforo rasgado
y las hojas retratan en su metal de espejo
el brillo del espacio en el lucero.

Ojos, manos vigilan, giran los pies veloces.
Fundidos en sus sombras ni el arrebatado miden:
un traspie solamente
y el ruido enemigo le abre en el costado
un sendero perdido en las entrañas.

El hondón de la herida
recibe los destellos del acero,
claridad en la sangre derramada,
amanecer crecido en fulgores de luz
por la ventana abierta de la muerte.

GLORIA Y AGONÍA DEL POETA

Para una niña que escribe versos

Tan joven, torturada
de esa agónica sed de los poetas
que ven pasar el río
y no mojan sus labios
sino que van al fondo
a rescatar luceros.

Ser poeta es vivir
la gloria y la agonía
de la estrofa que nace;
es ser a un tiempo mismo
creador y destructor
de ideales que crecen
o de aquellos que mueren
prisioneros del verso.

La gloria del poeta
no se da en las palabras
en que encarnan sus versos;
su gloria es una llama
que calienta y no quema,
la emoción y la angustia
que se viven y crecen
en la interior clausura,
flor que el viento marchita,
celaje, brisa, trino,
y el sueño desvelado
que no encuentra palabra
para la forma indúctil
que en el alma palpita.

Niña del balbuceo,
inventas tu mensaje
poniendo sentimientos;
la verdad no es de todos,
porque todos no sienten,
pero dila en el viento,
ponla sobre la ola,
deshójala en la aurora;
se irá con la corriente,
nido, pétalo, espuma,
será trino o perfume

o remojada huella
de sombra trashumante.

Acércate al que sufre,
ríe con el que ríe,
desdobra tus pañuelos,
tus sonrisas despliega.
Vive siempre tu hora
haciendo y rehaciendo
la hora cada día;
artífice, el poeta
de cristal es por dentro,
en el verso que crece
pulido y repulido,
contenido y esencia,
donación y reclamo
donde está todo entero
el anhelo y el sueño
soñado y no vivido.

Poeta, sé tú misma,
tu obra es solo tuya,
sus frutos son de todos
los que quieren tomarlos
sin descuajar el árbol.

El pájaro da el trino,
que es su aliento y su vida,
pero alegra en la fronda
sin saber que es oído.

TÚ MISMO

No lograrás exactamente
lo que quieres ser,
pero eres tú mismo
el que labra el espejo
donde tu imagen
habrá de reflejarse.

Tu combate y tu gloria
serán fulguraciones de tu genio,
pero tú solamente
podrás ganarlos o perderlos.

Nadie te ayudará
si tú no pones
entera voluntad,
día tras día,
hasta que te sorprenda lo imprevisto
puliendo cada arista
y afirmando incesante
la huella en el camino.

EL TRINO EN LIBERTAD

Gime el hombre bajo dictados imperiosos,
el odio se encarama en los tejados,
el temor y el miedo traspasan las rendijas,
tiene amargos acentos la palabra
escurrida en la sombra solitaria,
el amor escondido disimula miradas,
hasta la clara sonrisa de los niños
es enredada escritura ilegible.

¡Sin embargo!, en un recodo solitario
donde el río arremansa su corriente
que tú y yo deletreamos de memoria
tu sonrisa y la brisa riman juntas,
el sol cuele entre las hojas sus destellos,
pero no brilla más que tus ojos inmensos.

Miramos hacia arriba:
hay desprevenidos parpadeos
en medio de las nubes,
alba y rocío se inundan de perfumes;
de entre las ramas mecidas por el viento,
brota discurso de trinos
que un pájaro silvestre ofrece en libertad.

LAS IDEAS EN EL VIENTO

*Porque el Viento es un exigente cosechero;
él elige el trigo, la uva y el verso;
el buen vino,
el que sella el buen pan
Y el poema eterno...
el que sella el buen pan
Y al fin de cuentas, mi último
antólogo fidedigno será Él: El Viento,
El Viento es quien lleva a la aventura el discurso
y la canción... ¡El Viento!
¡Antólogos, historiadores, arqueólogos, coleccionistas, el que decide es el Viento!*

LEÓN FELIPE

Si tienes una idea ponla en el viento.
El viento la aventará muy lejos,
hasta encontrar la tierra
para hacerla raíz y tronco y ramas,
se cubrirá de flores,
dará frutos y pájaros,
será pan y gorjeos.

Las ideas en el viento
caminan, crecen, vuelan;
livianas mensajeras
cantarán libertad, paz y amor,
dirán su credo nuevo
o la vieja sentencia del camino
que es largo en el principio
y al final no es camino
sino retorno de vencidos
que desandan sus pasos.

Si tienes una idea ponla en el viento,
siguiéndola en su giro irás muy lejos;
si la idea es luminosa
con ella brillarás;
las ideas oscuras
serán tumba de olvido,
las de odio tenebroso, solapado rencor,
sangre, dolor y muerte.

El viento generoso,
sopla hacia todas partes:
el rico, el pobre, el necio,

el sabio, el ignorante,
el justo y el malvado
en su aliento palpitan,
los viste y los desviste,
de cada cual se lleva
la semilla que engendra
por eso hay tanta planta
que mata o alimenta,
para vestir desnudos,
para sembrar espinas
en todos los senderos,
dar sombra al caminante
o rama de la muerte.

El viento, perennemente bate
para barrer miseria,
para sembrar angustias,
sopla desapacible con la lluvia
o se hace suspiro con la brisa,
salud en el respiro transparente.

El viento arrastra la semilla
y la siembra en la tierra,
azada de trasplante, cava el surco,
guadaña de segar, corta la espiga.

El viento silba y canta
o cruje entre las ramas,
mece la flor, fecunda los pistilos,
derriba el fruto:
su palanca afinada sobre el suelo
descuaja las raíces
cerrando el ciclo del polen, la semilla,
los árboles, las uvas.

El viento es el artífice
del camino en la vela,
del rugido en la ola,
es espuma deshecha en la playa;
ulula encerrado en la cueva,
se precipita destructor
del huracán en la fogosa cauda
que derriba ciudades
sembrando llanto y luto.

El viento en el molino

pone a correr el agua
desde el fondo del pozo hasta la sed,
es amigo o enemigo del marino,
del labriego y de las lavanderas.
El pájaro va en él o es empujado,
si lo detienen abre caminos nuevos.

¡Qué terrible es el viento!
Lima las piedras,
erosiona cerros y cordilleras
que en polvo convertidos forman los desiertos,
(simún aterrador, alisios de la lluvia),
de arena, nube y humo
fabrica noche en la mitad del día;
como ola de fuego que barre la llanura
es "Barinés" rizando el Orinoco,
desde el mar sopla mojado
para empujar las dunas invasoras de Coro.

Yo he puesto mis ideas en el viento
de la pequeña patria luminosa,
en la sabana sin fronteras,
junto a la hostil montaña
cercana de las nubes.
Han quedado sembradas en todos los caminos,
reconozco la voz de sus saludos cuando paso,
el tiempo no ha borrado sus latidos,
me identifico en ellas:
sembrador, cosechero, peregrino.

¡Y tú, que estás dormido!
despierta con el viento y ponte diligente
a cultivar tu predio,
desyérbalo de ortigas y cizañas,
abónalo de amor, de sangre generosa,
el surco es útero fecundo
donde el viento trabaja la cosecha.

Escucha el viento siempre
para saber su rumbo,
cuando quieras viajar viaja con él,
fija tú mismo el puerto de llegada,
timonel, con el viento en la vela
señala el derrotero.

Si tienes una idea ponla en el viento.

LA ENREDADERA

Sobre el tronco de añosa ramazón
que ya no alienta flores
ni crecen en los nidos
tejidos en su fronda
los trinos mañaneros,
trepó la enredadera,
cubrió en verde follaje
el viejo maderamen.

El flexible bejuco
encontró fuerte escala
puesta para su anhelo
de subir a las nubes.

Ahora entre las ramas
luce su floración la enredadera,
se empenachan gorjeos
que viajan en la brisa:
sonriente primavera
que disipa el invierno.

NADIE SABE

A Fernando Paz Castillo que dijo:

Nadie sabe si el blanco es blanco,

ni si el rojo es rojo.

*Nadie sabe en su íntima conciencia dolorosa
asustada en su propia inhumana trascendencia
qué es verdad, en lo que es, de la verdad.*

Nadie sabe cuánto saben los que saben,
ni de aquel que sabe menos y algo sabe.
El saber es una gota que se hace manantial,
encauzado fluye, riega,
si lo cortan se desborda,
si lo encogen se derrama.

Nadie sabe cómo crece,
todos saben que fecunda,
en la rosa es el perfume,
en el pájaro es el trino,
trigo y viento saben tanto
que maduran en el pan.

Nube y humo se confunden cuando vuelan,
una baja, el otro sube
hasta perderse esfumándose en el cielo;
de la nube brota el agua de la lluvia
y del humo nacen lágrimas.

Nadie sabe cuánto sabe la semilla cuando nace,
se hace árbol y da frutos,
alza sombra de follaje,
alimenta colmenares, mece nidos,
es carbón, dueño del humo,
bajel de vela empenachada,
tabla lisa de la urna
que es raíz muda del hombre
horadando socavones de la tumba.

Nadie sabe cuánto sabe
del silencio la cigarra,
lo deshace con su grito,
corta el aire donde vive
y cuando muere, regresa
entumecido, el silencio.

Nadie sabe cuánto sabe el bruto libre

dueño y señor de su instinto,
ordena vida y sustento,
crece y muere en la simpleza
que no inventa ni imagina.

Pájaro libre del aire,
fieras temibles del bosque,
leones melencólicos, tigres de piel tornasolada,
sigilosas serpientes enroscadas,
mosca, zancudo, abeja, mariposa,
animales de zarpa o aguijón, de alas defendidos,
sabios hijos de la naturaleza,
el hombre es una fiera sin medida,
sin tener garras vigila,
sin aguijón agrede y pone a su servicio
cuanto se mueve y crece.
Acaso sabe más, pero no sabe
poner fin a la tristeza,
domeñar a su destino,
desatar nudo de penas
ni cortar cauce de lágrimas.

Nadie sabe cuánto sabe
quien no sabe casi nada.
Si comparas lo que sabes
con la sonda no da fondo,
en el aire es impalpable.

El saber como instrumento,
el saber como pantalla protectora
hace al hombre poderoso e invencible,
pero no le da la clave de su propia pequeñez
que lo abisma y lo confunde
y le fija su destino más abajo, más arriba,
donde el sueño inventa mundos
que se hacen, se deshacen, humo loco
que subiendo se consume,
nube tenue que bajando se disuelve.

El saber es solo un modo
de subir a las estrellas para aprisionar la luz,
de bajar hasta la hondura de sí mismo
para encontrar la semilla de una idea
poniéndola a crecer junto a la aurora,
viéndola florecer en el ocaso,
brilladora en la penumbra,

luna de luz mortecina,
pero arriba, más arriba, ilumina entre las sombras.

El saber es solo un modo
de subir a las estrellas para aprisionar la luz.

EL PUENTE DERRUMBADO

*En recuerdo de los maestros caídos
en el Salto de la Llovizna.*

Horadando las nubes el sol se desparrama,
insectos, hojas, pájaros
trepan por las laderas.

La celeste girándula marca redondo tiempo,
sangre de vida con la vida henchida
en trajín de metales crepitantes,
sangre de muerte derramada implacable
sobre el exhausto grito del parto de la tierra,
la canícula ardiente tuesta la piel que suda,
recostados los árboles proyectan
sombra en la sombra sobre la corriente.

El vocerío se eleva sobre el tumulto de las aguas.
Los hombres y las cosas en vibración unísona.

Altas, negras las piedras, heridas de tatuajes,
en su muda mudez impenetrable
cuentan y cantan el tránsito del río,
pasajero veloz; dan fe de la presencia
de tenaz duración que dura siempre.

Bajo el arco del puente
la corriente transcurre,
arriba luz desnuda, las voces en el aire
y los trémulos pasos cabalgando
hasta perderse entre las islas verdes
donde la selva teje sus leyendas.

La cascada es un trueno y de la cumbre al fondo
el río perpendicular su torso curva,
en un arco de espumas
que una flecha de viento
hacia la mar dispara.

La llovizna sutil se sube al cielo
en una teoría de cristales deshechos,
en ambiente poblado de feéricas banderas
Canaima sopla su implacable viento,
cruje y se triza el puente,
las voces se desgranán

y surge en el aguaje trepidante
una estela de nombres,
navegación de muerte:
la tejedura de los sueños
nadando en las tinieblas de la noche sin límites.

El terror se anuda en las gargantas,
la angustia rompe el cristal de los gritos:
la impasible cascada ensordece los aires,
las piedras milenarias atestiguan cadáveres.

Caroní sin reposo, apresurado,
hirviente correría,
el alba cauda sobre el cauce oscuro,
tumba de la esperanza,
sombras, penachos de la muerte.

Los niños están solos,
la escuela sin palabras.

Duele el dolor del mundo
en la lágrima viva.

PERSISTENCIA

Venimos de la noche y hacia la noche vamos

VICENTE GERBASI

De niños nos sobrecoge el miedo
que proyecta la sombra.

En el día radiante,
en medio de la noche,
vigila nuestros pasos,
con nosotros se acuesta
y se levanta erguida
cuando nos despertamos.

¿Por qué temer su presencia,
su profundo silencio?
Al final somos sombra
en la sombra disueltos
y siempre tornaremos
de la noche callada
para un día y otro día
escuchando el latido de los días
repitiéndose siempre,
persistencia del hombre:
un crispado puño
de aspiraciones tensas,
un insomne lebrel ladrando luna,
una flor de palabra
con rocío y perfume
sobre el viento.

VERBA MÍNIMA
(1978)

*A mis hijos Nyrma y Gonzalo, los artistas
de la familia, para que recuerden mi lección:
la única vida digna de ser vivida es la que se
reparte en trabajo premioso a favor de los demás.*

LUIS B. PRIETO F.

FLUIDEZ

Aprende del agua
la fluida forma
de decir las cosas.
La palabra solo
te dará sentido
de fiel realidad
si se transparenta
puro el pensamiento.

EXISTENCIA

Las cosas son bellas
si el hombre las mira
pues nombra y renombra
y pone excelencias
cuando se recrea.
Suprimid al hombre
y no habrá belleza
ni mundo ni cosas.

EL SUEÑO CREADOR

Sueño, sueño y el sueño
es realidad.

Para vivir las cosas
primero hay que soñarlas.

ÓRBITA DEL SILENCIO

En el silencio
crece mi alegría,
bajo el silencio
duerme mi esperanza,
se mustia la ilusión
junto al silencio.
Es tan largo el silencio
que eterniza la pena.

CORDILLERAS ANDANTES

Las gibas del camello
son erectas y firmes
cordilleras que andan.

UNA MUJER INCOMPARABLE

Para Alix de Sánchez Vega

Como las heroínas de la *Biblia*,
temple de acero,
suavidad de seda;
erguida ante el destino
dando de su dulzura
modera la inquietud de los que ama
y se guarda la fe que la sostiene:
lirio sobre la foca su esperanza.

NACIMIENTO DEL ALA

En un revuelto mundo de hojas
nace el ala,
camina sobre el viento
con volubles giros,
tornadizo fulgor junto a la luz
de una hoja que vuela.

EL TRINO

El trino crece en el aire,
pájaro en la rama.

HOJAS Y PLUMAS

Como las hojas caen en otoño
las viejas plumas caen
cuando las nuevas crecen.

Tenue vuelo de plumas,
desamparo en el aire.

AVENTURA

Vuelo,
aventura
en el aire.

SACRIFICIO

El gato
la garra afila
en la vigilia:
solo un salto,
sacrificio de pájaro!

FUGACIDAD

Gota de luz sobre la flor
deja el rocío
que en cada amanecer
se va en el viento.

DECRETO DE CIGARRAS

Se partió la tarde
con el largo cuchillo
de un grito de cigarra.

Por la cortada luz
pasa una gota de silencio
que escapó de la estridencia
con pálpito de susto,
tapados los oídos
fue en busca de un refugio.

Las cigarras
en la mitad del día
derogaron el silencio
habían decretado el verano.

HILADURA ES LA VIDA

Hiladura es la vida,
torcida y retorcida
en la rueca del tiempo,
se alarga y se adelgaza
hasta trizarse en dos,
volador en el viento,
un cabo entre las nubes
y el otro en el suelo.

VUELO INTERRUMPIDO

La inerte mariposa
fijada en la pared
es el final del ansia de subir
para brillar al sol
junto a la nube.

El destino del vuelo:
un muro liso y firme
y un alfiler clavado
entre las alas y el muro.

LLUEVE SOBRE EL MONTE

Sobre la cumbre se alzan
las nubes silenciosas;
agujoneadas del viento
sus alas rizan el monte.

Cernidos de la aurora
sus hilos van al río:
su crin desapacible brilla
en la cascada ardiente.

Viajando del suelo hasta la espiga
la dádiva raigal
es promesa de pan.

CICATRIZ

A la herida vacía
yo le pongo un centímetro de amor
y cicatriza.

DESTRUCCIÓN

En tus manos fenecen los recuerdos
como flor deshojada
implacablemente.

EMBRIAGUEZ

De rotunda rosa
colibrí sonoro
de azul transparencia
temblando en el aire
libó en su corola
la miel con rocío.

Volátil de fuego,
ebrio de delicia,
entre el polen sutil,
las alas tendidas,
hundió la cabeza
quedando dormido.

EL POZO

Así, de pronto,
exploradores en la propia angustia
descubrimos escondido
un pozo de ternura
y fuimos a secarlo
sorbo a sorbo,
gota a gota,
pero iba manando
caudales infinitos,
con nuestra sed crecía
y se fue desbordando
hasta dejamos inundados.

GRACIAS

Gracias por tu presencia iluminada,
por tu voz en la sombra diluida,
por tu silencio pleno;
gracias porque me diste tu palabra
empapada en sonrisas y suspiros,
por tu mirada tierna llena de evocaciones;
gracias porque en un tiempo estremecido
me diste una rosa de cien pétalos
cuyo aroma sutil crece en el aire
donde vivo y respiro clamoroso
de tu lejana ausencia y tus latidos.

DESDE LA LEJANÍA

Qué delirio de sombras
ha inundado mi vida,
cuando ya tan distante
no la puedo mirar
deshabitada de sueños y caricias.

MOLDEADURA

El tajo de la orden
bajó desde la altura
de la voz imperiosa,
se diluyó en palabras
para tomar la forma
conformista del agua
así como se amolda
el servil a la sombra
que proyecta su amo.

PERDER EL TIEMPO

I

No es de momento
hacer las cosas
dos veces
para hacerlas bien.

II

Hacer las cosas bien
desde el principio
es un imperativo
de la época,
donde el oro del tiempo
es tiempo para el oro
de las avaras gentes
del dinero.

III

El hombre aprende
caminos de eficacia
ensayando y errando.
Perder el tiempo,
puede ser ganar la vida,
si la vida se pone
enteramente
en la tela de araña
donde se teje el sueño
y despierta sonriente
la obra que soñamos.

SOMBRA Y GRANDEZA

Si el hombre es grande
su sombra es aún mayor,
porque la sombra crece con el hombre
que se proyecta en ella engrandeciéndola.

TIEMPO Y SOMBRA

Tiempo y sombra marchan juntos.
Si crece el día la sombra crece.
Cuando el día se parte
la sombra se esconde bajo el hombre.

SOMBRA Y CONCIENCIA

Sombra y conciencia no pesan,
pero abruman,
por eso el hombre bajo ellas sucumbe.

SOMBRA EN EL RÍO

Si el agua camina
la sombra no camina con ella.
El río solo arrastra
lo que no pesa, lo que sobrenada.
La sombra de lo que arrastra el río
se va con él.

CORAZONADA

El corazón siente,
la corazonada presiente.
El corazón va con nosotros,
la corazonada nos lleva.

EL CAMINO

A Ludovico Silva

El camino no es más corto
porque tú corras en él.
Caminar tiene su ciencia,
caminar tiene su magia:
un paso detrás de un paso,
uno más y otro paso.
Caminando va el camino,
pero no pasa, pasamos:
paso a paso, paso a paso
sobre él pasan los pasos.
Cuando se acaba el camino
se termina el caminar.

IMAGEN

A Hugo Baptista

Entre el cielo y el pozo
la distancia de un lucero.
Pero el lucero baja
Para mirarse limpia
la cara en el espejo.

Cierto olor a jazmín

Cierto olor a jazmín no presentido,
una nube de sombra que no pasa,
tu distancia que llena los recuerdos,
tu presencia que alienta los latidos.
Todo es tiempo sin ti.

EL PASADO

El tiempo se queda suspendido
en la rama que se quiebra
con el peso del pasado.

LATIDO

Incansable la sangre
repite su latido,
circula el tiempo
en un mundo de sombras.

SER CON LOS DEMÁS

El hombre es hombre
si ama la presencia
de los seres humanos.

El hombre es
con los demás.

CONTRASTE

El aire no es tan aire,
ni la rosa tan rosa,
ni el suspiro tan leve,
la luz, hambre del ciego,
no hace clara su noche.

Aire, rosa, suspiro
animan en la llama
donde alienta fugaz,
duración en un instante,
su presurosa vida.

TUS MANOS

Tus manos, rosas de pétalos abiertos
que apuntan sonoras las estrellas,
se juntan para el ruego
y blandas desdóblanse en caricias.

Pero las rosas tienen aguzadas espinas
que hasta la sangre rasgan
heridas que no sanan.

SI EL AGUA SE VOLVIESE

A Alberto Arvelo Ramos

Desdoblado la sombra
se quedó sobre el puente
viendo pasar el río;
de la delgada orilla
soplaban los susurros,
mientras indiferente
el agua hilaba sueños.

Si el agua se volviese
desenredando el tiempo,
desandando el camino,
los sueños treparían
los peldaños desnudos
de soledad punzante
en un lecho de piedras.

INTERMEDIO

Apaga el fuego
de tu calor sin llama.
Es hora de dormir.
¡Hasta mañana!

MÁS ALLÁ DE LA DISTANCIA

La montaña es presencia
que oculta los caminos
por donde va mi voz
al lugar de tu ausencia.

RESPUESTA

¿Qué nostalgia tan honda
te perturba el aliento
y te vela los ojos?
— ¡Es la voz del recuerdo
que me llega en el viento!

HASTA EL FONDO

Tus ojos en la noche
asesinos alertas
disparando sus flechas
al fondo de mi sangre.

COMPAÑEROS

Dormir es lejanía
poblada de fantasmas.

REMANSO

El remanso dormía
bajo las luces de la tarde,
el bosque era sonoro
de brisa, hojas, pájaros;
en el umbrío solitario
la canción era espina
de rosa torturada.

PALABRA FINAL

Cuanto estoy siendo
resume lo vivido,
una palabra sola
anuncia qué seré
cuando deje de ser.

DESGASTE

Lo que viviendo se desgasta
crece en la sombra
de lo que vamos siendo:
presencia del pretérito,
visión de lo vivido
que ha dejado de ser.

PERDURABILIDAD

Hijo del tiempo,
el hombre es
pasajera existencia.
Por sus obras perdura.
Espina dolorosa,
proyección de infinito,
erguido memorial.

VOZ EN EL TIEMPO

Preso del tiempo vive el hombre
sus recuerdos;
su voluntad
hablará en el futuro.

EL PEZ EN LA RED

El pescador en la roca
lanza su red a las olas
y un pez de plata, la luna,
salta preso en la tarraya.

COPLAS

I

Está durmiendo el rocío
sobre el lecho de las hojas,
se despierta con el día
y se hace azul en las rosas.

II

Flor de rocío en la hoja
se deshoja con el sol
y es un cáliz de frescura
que nos regala su olor.

III

De la garganta a la rama
y de la rama a la flor
en la aurora crece el trino
y el pájaro lo ignora.

IV

Sombra de nube que pasa
no es sombra para el cobijo,
sombra que perdura y crece
la da el amor compartido.

CENIZA

El recuerdo es ceniza
de un incendio con llama.

El olvido es carbón
apagado en el alma.

MEDIODÍA

En la quietud del pozo
ni un lucero fulgura:
es mediodía
y tras del sol
los luceros se ocultan.

INMOVILIDAD

En la inmovilidad de la semilla
la vida crece innumerable.

LA PALABRA

Una espada de luz
hendió el silencio
y surgió la palabra
golpeando los oídos
sordos de oscuridad
¡Los ojos escucharon
la claridad abierta!

PLENITUD

¡Alegría!...
Solamente
una forma de vivir,
interno regocijo,
obra plena,
gozo de darla
como la flor aroma.

EL AFÁN INCESANTE

Comienza donde comienza el día:
la aurora deshaciendo la bruma
con aromas y trinos,
ruido tenue de hojas,
el afán de las alas,
los proyectos abriéndose camino
sobre el pasto mojado de rocío.

Termina donde termina el día:
la noche agujereada de luceros,
silencio con ladridos,
anhelos desvelados
y el amor que vigila
calentando solícito el costado
hasta la claridad de amanecer.

Comienza donde comienza el día.

ADELANTE

Con la noche en la espalda
arriba a la mañana
para soñar despierto,
que así el sueño es camino:
voy con sol en la cara,
nubes, sombras, destino
los deshace mi mente
y de frente a la vida
pongo un hito en el viento.

ISLA DE AZUL Y VIENTO
(1986)

A Cecilia, mis hijos y mis nietos, con quienes estaré siempre en deuda.

*A la memoria de mis padres,
de quienes aprendí que por encima de toda virtud predomina la bondad*

*A mis hermanas, vivas y muertas,
islas de amor sobre la mar nacidas.*

*A mi abuela materna, Mama Lita,
que en los pliegues de sus amplias sayas arrulló mi infancia.*

*A la tía Juanita,
que me hizo beber desde muy niño la droga maravillosa de la lectura.*

NOTA EXPLICATIVA

Lo que tienes en las manos, amigo lector, no es un libro. Es un muro largo a la orilla del mar, pintado con una brocha de pintar barcos que encontré abandonada en la playa. Muestra muchos colores: azul de mar y cielo, verde de las montañas, rojo de la tierra pelada que castiga el sol, amarillo de cielo atardecido; el color de las flores, alas, trinos y pájaros. Es un muro vivo donde se quiebra el viento y se oyen las voces de un pueblo amaneciéndose, que canta en los caminos, que llora y gime en las horas de íntima congoja, pero que ostenta la firme voluntad de seguir adelante. Las faenas del mar o de la tierra no le cansan, aunque sea escasa la paga, poca el agua. Sin doblegar la confianza dirá siempre: ¡Mañana será mejor!

Este muro está hecho de amor, la argamasa es sangre pura del pueblo. Sobre las almenas ondea la esperanza.

SOY TU VOZ EN EL VIENTO

Vengo de un pueblo
de cristalina estirpe
y voz rasgada.
Vengo de un pueblo azul
de mojada cintura
y mano dura;
nacé como se nace
entre la sangre,
crecí como se crece
entre objetos y hombres;
aprendí muchas cosas
y he olvidado otras tantas:
de palabras, de nombres
me viene el canto,
las lágrimas,
el sueño y el amor.

Soy hombre
multiplicado esfuerzo
idea y voluntad
que se realizan,
canto rodado
sobre la playa íngreme,
soplo del huracán
en la ola salvaje,
amarga espuma
sobre la cresta erguida,
apenas una gota
perdida en el aguaje,
retorno y viaje siempre
entre orilla y orilla,
un puntal de la sombra
de acento trémulo
que me busca y me llama,
soy palabra y latido
de pueblo amaneciéndose.

Soy tu voz en el viento.

ALUMBRAMIENTO DE PARAGUACHOA

*La isla de los lobos peregrinos,
de níspero el sabor, de perla el canto,
de sol, de sal, de piedra los marinos.*

ANDRÉS ELOY BLANCO

*Hiende los aires, Hiende el mar la proa.
Gira y se da multicolor el mundo.
Aro tu vivo azul, Paraguachoa.
Y el corazón abismo en lo profundo.*

PEDRO RIVERO

*Horas de La Restinga en el costado
de la isla más isla de las islas,
que corona la frente del Caribe.*

MANUEL FELIPE RUGELES

Rodaba el mundo enmudecido y solo,
hirviente masa informe,
calva la superficie de caliente textura,
ni una brizna de verde se mecía en el viento
ni trino ni rugido, risa o llanto,
solo existía el silencio de inexistentes voces.

La nebulosa misma, génesis constelado,
era luz en la altura de sol incandescente,
fluían estrellas: Orión, La Cruz del Sur,
Las Cabrillas, cometas, luceros incontables...
Nadie miraba el parpadeo del cielo.

Eran inéditos los años infinitos,
las tierras confundidas en rotonda de aire;
nadie puede contarlos sino el planeta mismo
en sus capas de greda, de piedra y lava fría.

La noche, el día, corrían dislocados
pisándose las huellas. La aurora y el crepúsculo
eran solo momentos en un mismo proceso.
El tiempo no tenía brida de relojes
ni nada que pudiera señalar calendarios.
No era tiempo de dioses de las cosmogonías,
metáfora del hombre, confuso, en desconcierto.

Las cosas y los seres carecían de nombre,
la palabra esperaba para el vuelo sutil
labios que la llevaran como sello del viento
sobre la faz del mundo
grabadura en la piedra.

En ígneas convulsiones las centrífugas fuerzas
trizaron en pedazos los bordes que rodaron
cual navíos desarbolados en el íngrimo mar
y quedaron ancladas frente a los continentes,
como una flota inmensa. Las islas emergidas
desde el alumbramiento estuvieron temblando muchos siglos.

En miríadas de años se cuenta el enfriamiento,
después fue el florecer, poblamiento de seres
surgidos de la mar. El hombre fue postrero.
De la amiba a la nube, del gusano a la flor;
la gota temblorosa sobre el pétalo abierto
era un mundo viviente desangrado en el iris.

De ese surgimiento de las islas nació Paraguachoa
de hirviente mar de peces y cantos de las aves
de alas multicolores, y plantas de sequía,
animales veloces sobre el quebrado suelo.

Tunas, cardones, agrios de espinas,
eran llamas de verde en el umbrío,
lucían los robles su florecida copa
mientras los acos daban su violeta encendida.
Los olores del campo volaban en la brisa,
de la aurora a la tarde el cielo brillantaba
los cerros, las lagunas.

Paraulatas, turpiales, concertaban sus trinos
con otros pájaros pobladores del bosque
en un concierto agreste perdido en el espacio,
las palomas zureaban al borde de sus nidos,
las cascabeles movían las maracas alegres,
regocijados retozaban venados y conejos
mordiéndolo retoños
entretrejidol con los cujisales
sobre la tierra virgen de pisadas humanas.

Corrían riachuelos rumorosos debajo de los puentes
de ramas enlazadas de taguas, ceibas y jabillos
crepitantes los frutos en el aire azulenco,
sombreado el paisaje el guayacán tendía su fronda desbordante.

La Isla era esmeralda encendida,
paraíso arrullado por la onda marina que ofrecía
su cosecha de lisas, jureles, carites y sardinas...

Desde el Norte vinieron los hombres y pobladores,
en un mar proceloso remaron noche y día.
Llegaron a la orilla de esa tierra apacible;
plantaron sus viviendas de ramas contra el viento.

Se sembraron allí, tribu de los arawacos
los fieles guaiqueríes,
herederos del arte de fabricar cacharros:
cántaros labrados impregnados de historias,
vasos para la sed y caliente comida,
cocida a fuego lento arrancado a las piedras.

Iban todos desnudos como recién nacidos
cuerpos de bronce ungidol de neblina.
En la nudez lucía la espigada estatura,

los hombros levantados en las amplias espaldas,
musculosos los brazos del remo al ejercicio,
clara la tez pintada con achote
que los negros cabellos recubrían,
las mujeres mostraban resistentes cinturas,
los senos rebosantes, los pezones erguidos,
manos propicias para los oficios
del barro, de las siembras y las recolecciones.

De silvestre algodón tejían sus redes.
El maíz de rumorosa espiga
le ofrecía sus mazorcas, sustento contra el hambre
y manantial de licores generosos
para las fiestas consagradas a la luna,
lámpara del cielo para alumbrar las noches
de las danzas rituales con genésicas orgías.

Paraguachoa es de olas recipiente sonoro,
unas junto a la playa se desmayan,
otras desafían el roquerío
pero todas de espumas florecidas
en apacible canto enarenado.

El bosque, el río, el mar, el alar en silencio
apaciguaron los trashumantes sueños
y se entregaron a labrar hachas, cuchillos de obsidiana,
a pulir en los huesos sus flautas armoniosas,
clarines de guaruras, collares de piedras y semillas
y a fabricar cayucos de la pesca
y las navegaciones a las playas distantes.

El sereno vivir lo interrumpían los caribes,
raza de agresivos luchadores
que vinieron de la selva intrincada de agua,
de los ríos tormentosos: Pilcomayo, Amazonas, Orinoco,
el río de la Obscurana en la maraña tensa,
caños de alimañas hirvientes:
los caimanes, la anaconda gigante, las pirañas,
el rugido del tigre en la espesura,
jaguares en los árboles,
aves que oscurecen el cielo con sus alas,
dantas, monos, chigüires,
el reino de las bestias sorprendidas,
Casiquiare entre rocas y lianas entrenzadas,
los saltos alevosos, los barrancos:
ciénagas y pantanos retardando los pasos.

Un ignorado mundo bajo sombras,
pero expresábase clara la voluntad de un pueblo
que abría los caminos resueltos al porvenir.
Nada los detenía en su búsqueda ansiosa.
Traían ardor de tribus guaraníes invencibles:
al vuelo de sus flechas, muerte y guerra,
plantaron su dominio en el ámbito trepidante de las islas.

Arrogantes luchadores, los caribes
someten hombres, persiguiéndolos por bosques y pantanos.
Sus armas aguzadas, de veneno en la punta,
disparaban al grito: *Ana Karina rote*.

Era un cielo de flechas,
de la playa hacia el bosque,
del bosque hacia la playa,
la lucha encarnizada,
el guaiquerí animoso
defendía embravecido su terruño,
las mujeres huían a las altas serranías,
hasta que terminaba la contienda
de enardecida saña en un campo de muerte,
se las aprisionaba espinados los cuerpos
para servir de vientres, botín alucinante
llevado como ofrenda al dios Amalivaca.

En el tiempo de ahora, ¿en dónde están los indios?
Reverberan en nuestra sangre confundidos:
poder de la conquista, misturación de estirpes:
el español, el negro, el indio taciturno,
tres razas diferentes en una raza nueva
que puebla los confines de la América nuestra.

EL DESCUBRIMIENTO

A Ramón J. Velásquez

En su cuarto creciente
rielaba la luna sobre la mar picada.
Venía rumbeando el Almirante
después de descubrir la Tierra Firme,
bautizada del río que según su creencia
nacía en El Paraíso.

Paseó los jardines de la Tierra de Gracia,
enfiló por el Golfo de Paria rumoroso
y amaneciendo el día 15 de agosto
penetró en el mar de los Caribes,
que al verse sorprendido
de las descubridoras naves
irritado creció de altas espumas,
sus corolas deshizo entre las olas
que iban a morir en los costados
de los navíos invasores.

El virginal estrecho fue violado
por agresivas quillas
para un descubrimiento de islas amorosas
arrulladas del viento en cuna móvil
entre todas, flor y mariposa,
a estribor de la nave capitana
extendía sus pétalos de aire
puso a volar sus alas en azul
para atraer la voz del Almirante
que la nombró con nombre: Margarita
princesa de la mar, flor de las islas.

A lo lejos la Isla se divisa
esmeralda esplendente sobre las altas cumbres
y en los serenos valles
fresca sombra en reposo,
contrastes con los riscos de la orilla,
pirámide de arcilla y piedra dura,
cemento mineral, crispada arista,
peñasco resistido hasta la muerte
puesto dentro del mar y junto al viento,
armonioso bajel desarbolado
que la ola ni lo balancea ni lo hunde
porque su ancla de sombras en el agua

lo inmovilizó para los rumbos
y lo dejó dormido
para que el mar batiera sus costados
eternamente,
pedestal en el tiempo detenido.

No posó su planta el Almirante
sobre las playas de la Margarita,
“Isla muy bella y graciosa por de fuera
y por dentro harto buena” como dice Las Casas.
Sin embargo a Cubagua,
la calva tierra inhóspita,
hizo bajar marinos...
Volvieron cargados de aljófares,
que le hicieron decir con voz quebrada:
“Dígoos que estáis en la más rica tierra,
démosle las gracias al Señor”
y enfiló por la costa
hasta el cabo que después se llamaría La Vela,
poniendo rumbo franco
que lleva a la Española.

Cuando llegaron los descubridores
los guaiqueríes, juzgándolos aliados
contra sus enemigos, de paz los recibieron
porque su diezmada tribu solo eran
“los que quisieron sobrar los caribes”.
Los navegantes de las blancas naves
de velamen flamante junto al viento
violaron la confianza de la indiada infeliz.
Pedro Alonso Niño, Cristóbal Guerra que fueron compañeros
tal como Ojeda, Américo Vespucio, Juan de La Cosa
eran aventureros, buscadores de perlas
que los indios les dieron generosos,
pero los apresaron en sus barcos
para venderlos luego como esclavos
que morirían distantes
secas ya sus telúricas raíces.

¿EN DÓNDE NACE EL MAR?

La mar que es el morir

JORGE MANRIQUE

*Antes que el sueño (o el terror) tejiera
mitologías y cosmogonías,
antes que el tiempo se acuñara en días,
el mar, el siempre mar, ya estaba y era.
¿Quién es el mar? ¿Quién es aquel violento
y antiguo ser que roe los pilares
de la tierra y es uno de muchos mares
y es abismo y resplandor y azar y viento?*

JORGE LUIS BORGES

*El mar, encerrado en un dado,
desencadena su furia o gota prisionera,
corazón cuyos bordes inundarán al mundo
y solo pueden contraerse con sus sonrisa o límite.*

(...)

*El mar o pluma enamorada,
o pluma libertada,
o descuido gracioso,
el mar o pie fugaz
que cancela el abismo huyendo con su cuerpo.*

VICENTE ALEIXANDRE

La mer, la mer, toujours recommencée.

PAUL VALÉRY

*A Orlando Araujo, que identifica
el llano con el amor.*

¿De dónde viene el mar? ¿En dónde nace esta furia disuelta?
¿Dónde tiene su nidal escondido para empollar las olas,
lanzar sus corsarios al ataque, sus alas presurosas,
sus implacables garras, su pico demoleedor de acantilados?
¿Dónde termina el mar? ¿Dónde descansa?
¿Le pone fin la tierra o es apenas su lugar inicial?

¿Dónde termina el mar? ¿Es acaso infinito?
¿Dónde comienza su afán desapacible, su acoso destructor?
Solo sabemos que la vida en él se renueva y multiplica:
Peces, crustáceos, moluscos; lo infinito pequeño que se aquieta
es isla de coral, calcárea forma que miríadas de cadáveres apeñusca,
la silente tarea tejedora del tiempo que no cesa
en el cirial es arbórea estructura deshojada
de alba espina en que enredan las algas.

La coloreada escama, los afilados dientes: tiburones, sardinas, delfines,
carne, aceite; las gemas del fondo en el ostral acendradas,
crin salvaje azotada por el huracán, desbordada catarata en la tromba,
arrullo solo en la arena de la playa, tobogán de la brisa,
subeibaja en la marea que llega y en la que se retira.
En la estela se borran los rumbos del hombre
que con la rosa de los vientos entre las manos navega
o afirma en el vuelo de las aves el camino que un lucero señala

La gaviota vigilante con alas de flecha enarcada,
el tardo alcatraz que se mece en la ola,
las aves pasajeras que navegan en el azul contra el azul en vuelo
con murmullos de plumas van y vienen
y solo de una tierra a otra se encaminan, golondrinas viajeras
mudando de estación, cambiando clima,
mientras en la deshecha sal se yergue brilladora flor de pétalos sonoros,
golfos, puertos, ensenadas, son sitios de llegada, lugares de partida,
pañuelos en el aire y lágrimas furtivas, como la mar amargas.
La plomada del sol funda su muro en la acre autonomía de la sal.

Mar de la historia acumulando asombros, desatando los sueños,
si te cruza la hazaña de la aventura ignota
sobre tu piel rasantes carabelas son mensajeras de los continentes,
Núñez de Balboa que inventa un mar que va y viene de Australia
con su carga de muertos, vigilias y naufragios,
Magallanes sembrado en un estrecho frío con aguja de tierra
y Simbad que anima la imaginería de los niños
en sus barcos fantasmas barridos por el agua y el viento,
arriba una esperanza que fulgura en las velas,
abajo sepultura sin urnas y sin losas tatuadas de recuerdos
en la fría soledad trepidante de noches y de días.

¡Mar celeste marino!, te visita la luna, te circunda
zozobrando en tu piélago cuando clava sus cuernos
con estridente grito de metal deslustrado,
te hostigan las estrellas con su canto resonando invencible,
el viento que no cesa va contigo a los litorales del mundo,
acunas en tu seno a mi Isla, Margarita sonora,
cascabel en la cresta de las olas que llegan cantando
rumor solo en el viento con aquellas que parten.

Cuanto tocas resuena con nota desatada y armoniosa:
bocina, caracol, acantilado, espumas,
las quillas crujidoras, las jarcias remecidas;
crepúsculos de sombras vacilantes gritan como doncellas sumergidas,
auroras de incendiadas trinitarias son risas cristalinas que disipan las
sombras
disueltas en tus aguas por el betún espeso de la noche.
Tus manos de milenios hacen vibrar cuerdas de las bolinas,
la marinería afanosa, de timones, de remos y de brújulas
cuando van a la playa llevan la sangre resonante de llamas.

Todos los seres que alientan en tu seno concentran su latido:
la ola marca un tiempo remecido que no cesa,
sobre ella va la vida sobrenadando espumas con rielar de metales,
su lamento desgarrado sobre la playa inhóspita resbala;
el vuelo es un celaje de plumas en acecho
desplegado sobre la cauda tensa de tus altas mareas,
pescadores untados de salmuera en red de sueños pescan
plata escamada con coplas y canciones tremolando en la brisa.

¡Viejo mar sempiterno! Tu vencedora cuadriga,
en la carrera loca que levanta su polvo de olas
descansa en estas playas sonoras de alba, rumorosas de trino:
mañana es otro día para tu largo viaje.

Descansa en estas playas doradas de mi Isla,
bebe aquí los crepúsculos, las auroras más claras.
Esta almendra de piedra tiene dulce la entraña y la cáscara azul,
acaso es hija tuya o es la hija del viento.

LA NADADORA

*A la memoria de Dámaso García,
que escribió la música para este poema.*

La herida que su cuerpo
abrió en la zambullida
la restañó la ola,
zurcidora sin hilo.

Se fue hacia el fondo azul,
entre el bosque marino
y los peces atónitos,
sirena deslumbrada
con los ojos cerrados.

Caracola del mar,
estrella sumergida,
entre las madreperlas
y el musgo de las rocas
se enredaron sus piernas,
sus manos, sus cabellos,
raíces submarinas,
semillas de la muerte
que entre algas florecen.

En el fondo recóndito
donde el ¡ay! no resuena
ni el grito tiene eco
todo el silencio cabe
en su boca entreabierta.

El cuerpo que era apenas
remolino en la ola,
grácil forma en el aire,
ahora es ancla fija
al bajel de los rumbos
hacia la eternidad.

Se izará para el viaje
al mundo de las sombras
de las aguas tranquilas
donde nada el olvido.

LAS DÁDIVAS DEL MAR

A Mariela Arvelo

Te dejó el mar en los ojos
viento salino en lágrimas cuajado
y un miraje de azules y esmeraldas,
puso en tu oído, sonoro y musical
canto de ola con rumor de espumas
deshechas al contacto de la arena.

Y te sembró ambición de inmensidad,
horizontes abiertos, lejanías, distancias,
profundidad de sueños, altitud de luceros,
y ese rielar de luna, plata sobre la ola,
resquebrajado espejo en el agua deshecho.

Mi mar, tu mar, sereno para el viaje;
de la nave en el puente, pensativo,
soñar, soñar y en la distancia quieta,
encontrar, encontrándose,
el objeto final del viaje y del regreso.

ISLA DE COCHE

*A la memoria de la doctora
Carmen Verónica Coello*

Desde el barco en la proa
mirábamos distante
hilos blancos de arena.

Sobre la mar avanza la nave marinera.
En aguas de esmeralda sumergida,
cual ballena tendida entre las olas
se anuncian los repechos de la isla.

En la cercana playa columbramos
el brillo deslumbrante de un desierto de sal
con miseria de pueblo sembrada en los costados.

Desolada visión del mundo de la espina,
de veredas tortuosas dentro de la maleza,
que llevan con el viento en la arena reseca
un pálpito de angustias a morir en la playa.

El grito desgarrado se deshizo en la brisa,
la palabra era un eco del corazón dolido,
canción para los sueños sin espera...
y tú poniendo aromas sobre el viento salino,
regadas de mi mano sembradora,
canto de rosa en desgajado pétalo.

SOBRE LAS OLAS

A Elisa Pinedo de Belisario

Despabilando el sueño,
con los inmensos ojos
puestos en la distancia,
se fue tras del recuerdo,
buscándolo en el mar,
sonoro caracol, concha marina
remojada en la espuma,
celaje junto al cielo,
rumor solo en el viento
musical de la playa.

EL CARACOL

A Manuel Alfredo Rodríguez

El caracol marino
se tuerce en espiral
dentro del cuenco de nácar barnizado
donde pasa la vida
para que el mar no le penetre
ni le claven sus clavos las estrellas
la luna cuando sale
ni el sol cuando se va.

EN LA PLAYA

A Leopoldo Espinoza Prieto

Las olas se despeñan,
azul con alba en los flancos,
dicen la canción del agua
poniendo sal en la arena
de la playa.

Ritmo de tambor y viento,
bañado en crespos de ola,
retumba el acantilado
cuando la mar turbulenta
va a la playa.

Arena, polvo dormido
apuñado de la duna
fue de ola bautizado,
antiguo regazo tierno
de la playa.

Mientras el viento cabriola
la resaca va hacia afuera,
juegan los niños nadando
y correteando se juntan
en la playa.

Huecos de la cangrejera,
huellas de aves marinas,
caracolas descarnadas,
conchas y algas dispersas
en la playa.

Y tus pasos con los míos
van y vienen sin juntarse,
en la arena se suplantan
y nos los borra la ola
en la playa.

Tibio sol, brisa marina,
marullo salobre y tierno
con espumas y encajes
que tejieron nuestros cuerpos
en la playa.

PLAYA DE EL AGUA

A Estilita Rojas de Torcat

Frente a la mar, contra el viento,
ola con ola chocan,
agua con agua lidian
y enarbolan espumas en la copa,
blanca estela en el móvil zafiro.

En la orilla abanicán palmeras
con ruido de alas presurosas
y a lo lejos, incendiada amatista,
Guayamurí alza la testa.

El marullo aligera su peso,
y en la playa se sollaman
iridiscentes conchas de moluscos,
algas, maderas, peces muertos,
que alimentan el hambre
de las aves de luto.

En un ímpetu loco
la ola resonante
despeña el farallón,
empuja a la ribera
pero no le remueve las raíces.

Las dunas desoladas
de polvorosa sombra
oscurecen el aire
cuando sopla el mar
y un silbido agreste
recorre el medanal.

El cerco de los pueblos:
Manzanillo, La Mira y Aricagua
acunados en la falda de los montes
bajan para mirarse entre las ondas,
de cristalina sal con sol y viento
el rostro que tatuara la ventisca.

La brisa vuela hacia la otra orilla
en donde tú me esperas
y te lleva la miel de los cicales,
agua celeste en el sellado vaso.

En este oleaje enrevesado
la serena quietud del pensamiento
en la vigilia sueña navegación y viajes
y en el sueño vigila el desembarque,
que trae, alba espuma,
tu voluble pañuelo con adioses.

TARDE DE MANZANILLO

A Cecilia

En la playa desierta de faenas
marchamos juntos
tomados de las manos.
Turistas pescadores
tiraban sus anzuelos
con carnada inventada
que los peces no pican.

Distantes de la orilla
las lanchas pescadoras
balancean su vacación inútil
mientras en los caneyes de la playa
las redes apiladas
sueñan su sueño hilandero,
sueñan cardumen de escamas,
en el silencio sueñan
con voces confundidas de hombres,
de mujeres que halan de las cuerdas
arrastrando su peso hasta la playa;
sueñan que extendidas en las estacadas
con el aire la sal se evapora
quitando el frío a sus ateridas mallas.
La red desfaenada
sueña remiendo de aguja diligente
en su estructura de aire
herida por los peces.

Lenguas de fuego arden en la altura
de violetas, rojo y naranja con azules,
abajo los montes tornasoles
mientras la mar refleja en su quietud discreta
la luz bañada en su espejo de sal:
en las laderas el silencio enmarcado
repite el eco de luz colada desde arriba.

De los uveros del barranco
gotea el trino de paraulatas cantarinas
en un concierto agreste
que respondían los montes
con la voz de sus pájaros.

La insistencia del canto

desgrana su luciente pedrería
sobre el eterno arrullo con que se expresa el mar
la orquesta magnifica sus colores
y trinos y paisajes son un iris
de armoniosa armonía
que rima con la ola
la trémula canción crepuscular.

El fogón de la tarde fue extinguiendo sus llamas,
una luz mortecina invadió todo el ámbito marino,
los cerros en ringlera como un collar de cumbres
parecían marchar bajo la sombra
a perderse en El Cabo,
pero allí el trueno de la ola
que rompe en los peñascos
cierra el paso
y la Isla se queda en alta mar.

En el ritmo del viento que corre
las nubes teñidas
se van esfumando;
y viene del fondo
la sombra sigilosamente,
corre sobre el mar,
destiñe los cerros.

Nosotros, tomados de las manos,
subimos el repecho
en busca del retorno.
La noche
nos envolvió el regreso,
pero íbamos plenos de luces y reflejos,
de trinos y silencios
y de una paz recóndita
que nos trajo la tarde marinera.

LA MAR ENLUNECIDA

A Mario Torrealba Lossi

Noche de claridad alegre,
la luna se efunde sobre el mar
y se siembra en la arena
como alga rutilante.

El dulce reflejo cristalino
se disuelve en la espuma,
canta su canto diáfano
que se va con la brisa
para regar frescura
en el valle dormido.

Reverberantes pululan las estrellas,
y se clavan sonoras en las conchas marinas
espejeando la playa
que resuena de luz.

Trémula luz difusa
en pálidos esguinces parpadea
entre sombras pasajeras confundidas
y teje su tejido de jazmines
en el plateado círculo del viento
que se mueve entre olas y palmeras.

Evadida del mar
la luna se proyecta sobre el monte,
los cerros son fantasmas
caminando en la noche
con fanal en la mano.

Todo está iluminado
en la solitaria soledad del valle
de paz resplandeciente en las conciencias.

El tiempo de la luna
es tiempo de la noche,
resplandece en el sueño
y duerme con el alba
cuando ya en otra lumbre
se alza entera la vida
y recomienza el hombre
su tarea interrumpida.

Mañana es luna llena,
será grande la luna,
esperanza crecida
se deshilacha luego
en un cielo de brumas.

Luz sobre luz que amanece,
luz sobre luz que se va
en el perenne tránsito
de noches y de días,
de luna pasajera,
el hombre forja el sueño
y vive en cada hora
su afán de eternidad.

¿CUÁL ES TU CAMINO?

Al poeta Carlos Augusto León

En el restallante
camino de la ola,
en la cresta más alta
brotó la espuma
como flor silvestre,
la atraviesa la luz,
con irisado brillo
rielan los colores de la aurora,
sus pétalos de aire
se deshacen sonoros
cuando tocan la playa.

En la mojada cuna
donde crece la sal
se destacan los rastros
de cangrejos errátiles
que cavan sus guaridas
en el linde del mar.

Los tuyos ¿hacia qué rumbo fueron?
He seguido tus pasos en la arena,
la ola los borraba a grandes trechos,
por eso nunca supe
el destino final de tu camino.

EL CORAZÓN DE LA ESPUMA

A la poeta Elena Vera

El corazón de la espuma
va creciendo en la noche,
crepita con el viento,
palpita solo y claro,
sonido de campana
que repica en la aurora,
su latido se crece
mecido entre murmullos.

HUELLA EN LA ARENA MOVEDIZA

A la memoria de Miguel Otero Silva

El río sin fin que a cada hora
se renueva y es otro el mismo río,
de luna y sol, de árboles y pájaros
espejo cierto y claro con el día.

Estrellas en la noche y turbia sombra
pasan silentes sin cambiar el curso,
mientras van por la orilla pena y canto
con un vago rumor entre las hojas

que es otro modo de pasar la vida
sin renuevo en el sueño consumida,
en la vigilia tornadiza forma
de encontrar el camino sin retorno
de arenas movedizas donde marca
huella tenue que borraré la brisa.

LA ROCA

A Manuel Mandujano

No sabe el mar que es mar
hasta que irrumpe
su inquietud en la roca,
cuchillo de afilada cortadura
y se deshace hirviente
la blanca vestidura.

EL PEÑÓN

A Adriano González León

Oscuro monolito
erguido junto al mar,
estatura gigante
de sol y agua combatido,
intrincada hiladura,
eternidad y muerte entretreídas
con aguja de viento.

Polvo sutil flotando en nube tenue,
casa del tiempo, su arquitectura inmóvil
playa extendida,
lecho de mar celeste,
una orilla del Mundo,
desvanecido orgullo,
enarenada huella.

DE ISLA EN ISLA

A José Salazar Meneses

¿Por qué luz indecible nos unimos?
la luz de Coche
con la voz del mar
en apretado lazo nos amarran.

Sobre el estrecho rumoroso
que separa las islas
el viento silba y canta,
atropella las voces,
las palabras se pierden
y regresan
sin tocar los oídos.

La salina espejea distante
y hace salobre el viento.
La mar de verde y verde
pone a correr los peces
entre los limos ocres
que se enredan salvajes.

De mar a mar
la espuma de la sal
que al cielo sube
es cálido respiro,
suspiro marinero de la ola.

Con el viento se va
la nube errante,
en la playa amarilla
el remolino crece,
en el polvo sutil
que se derrama
va el recuerdo
que diluye su órbita
redonda
entre azules de sueños
sin distancia.

Provincia de las tierras separadas,
islas de la vigilia
entre la mar crecidas,
rípidas tierras

de piedra y greda,
rocas desnudas,
calcáreas formaciones calcinadas
de cardos y violetas en la aurora.

En la triple hermandad reverberante
empolladas del huevo de una ola,
una para el amor
creció en amores
otra para la sal
creció salada
de soledad Cubagua
es solitaria.

Separadas del mar
el mar las une,
entre azules y verdes tornasoles
la brisa las saluda y las despeina,
las enjuga en su aliento marinero,
frescas de noche,
abanico de fuego al mediodía,
brisa brisando sobre el mar respira
prendida entre una nube de amaranto.

La cruz de sus caminos
se hace red
que se mete en el mar,
convoca la marina pajarera,
pesca a los pescadores,
dorados en el sol,
brillantes de la luna,
salados de tu sal,
polvo de playa azul,
encajes de la espuma.

Hila el día su copo de diamantes
extendido en el azul deshabitado
con un soplo de brisa,
polluelo que en el nido ensaya el vuelo
para cubrir de alas
el incendiado bosque de las nubes.

La mar debajo crece
en alas y murmullos,
el viento nos navega
y nos empuja,

hacia la orilla vamos
donde duermen las redes
de labores de agujas remendadas,
por manos diligentes del regreso
desde el salto de peces en las cuerdas
del cardumen de plata
traído hasta la playa.

Semilla de la noche
junto al día
la nube se detuvo
entre dos cumbres:
Guayamurí sonoro, Matasiete,
derramó su caudal
gota por gota.

Creció la yerba,
flores escarlata,
amarillas y lila,
pedrería derramada,
brotaron de mil copas
bajo un cielo de añil resplandeciente
con sus voces de selva remojada
en un temblor de lluvia amanecida.

Sobre cardos de espadas,
vigilantes,
se echaron a dormir,
la tarde a cuestras,
en un salto de cumbres luminosas
los sueños de crepúsculos.

Capitán del sueño abarcador,
indefinible
de isla en isla
y de amor en la brisa remecido,
pasa tu nombre
entre sombras y nubes y distancias,
recuerdo del recuerdo en la querencia
del que se va sin irse
y nunca llega,
islas ancladas
entre la mar y el viento.

EL SABOR DE LA OLA

Navegando en tus ojos un amoroso viaje,
refriegas del amor, paisaje y ola,
marinero en un lago sin querellas,
me sentí piloto de una nave
cargada de luceros.

Remeros, nuestras locas ilusiones
Hundidas en lo azul de mar y cielo,
nos empujaban al confín distante
mientras la brisa murmuraba cantos.

De la ola el arrullo cadencioso
se constela en la lumbre de tu nombre,
mientras vela, velando tu regazo,
henchido de latidos mi pecho marinero
ponía entre tus brazos tempestades de anhelos.

Desbordada la mar sobre la nave,
estela y ola me llovió a la cara
y mi labio sorbió pura y salada
el agua de tu mar hecho de lágrimas.

Del amoroso viaje navegando en tus ojos
guardo el dulce recuerdo de tu nombre
grabado en el costado de la nave
y el sabor de la ola que me bañó la cara.

LA PRIMERA LLUVIA

A la memoria de Francisco Prieto Salinas

Con el sol despejado a medio día
venían en tropeles las garúas,
se fue cerrando todo en nubes negras,
relámpagos y truenos en el aire
que llevaba veloz un olor nuevo
de la tierra anegada y sudorosa
bajo el riego del cielo desgajado.

Primeriza corría brisa fresca.
Al bautismo pluvial de los tejados
la tradición invita al chapuzón celeste
chapotando con manos y cuerpos
para espantar la angustia dilatada
crecida de esperar y esperar
oteando las nubes pasajeras.

La cortina penetrable de la lluvia
convocaba a danzar entre sus hilos.
De la mano saltábamos los niños
remojados los cuerpos desnudos
con alborozo claro de renuevos
que suave sienten el rozar del agua.

La calor del ambiente se atempera,
la caricia humedecida cala,
desparramada las grietas penetra,
se escurre entre las hierbas temblorosas,
lame guijarros cantando, cantando
mientras cimbra la brisa la hiladura
tejida en sus móviles cendales.

Manos tendidas hacia los aleros
como huecos vacíos entrejuntas,
rociaban la cara, el cuello, el pelo
cual si fuera perfumada esencia,
pero era tan solo el agua pura,
transparente, de la primera lluvia.

Al final de imprevisto chaparrón
sobrenadando el despejado ambiente
inmóvil arcoíris se levanta
festonando los valles remecidos.

Semillas en el viento son los niños
florecidos en cantos armoniosos,
el agua taumaturga espeja el suelo
en claros cilancos que cabrillean
dormidos en la noche con estrellas.

LA BRISA

La brisa, cuchillo hiriente
el filo afila en la piedra
junto al borde de la fuente.

Corta la rosa del tallo,
la frescaroma se lleva
para la fiesta de mayo.

Tallo, rosa, clara fuente,
tus cabellos en la brisa
volando sobre la frente.

SIEMBRA MI SUEÑO MARINERO

A Inocente Carreño

¡Marinero!
Yo soñé que mis sueños
son semillas
de prolífica espiga,
para una cosecha
en grano molinero
del pan de cada día.

Semilla germinal
que el viento resucita
cuando mueve amoroso sus pestañas
en el bosque de sombras
que acompañan el ritmo
o brillan bajo el sol.

¡No te asombre!
El sueño es la promesa
que está en la sembradura.
Por ello te pido, marinero
sembrar mi sueño,
cerca del mar
al claro resplandor de la mañana.

Siembra mi sueño, marinero
de una isla de azul
donde el viento acaricia,
donde los marineros
comen su pan al rescoldo del fuego
y cantan malagueñas
polos y estribillos
porque vino cardumen
y habrá pescado fresco
para todas las hambres.

Las mujeres sonríen
mojando el pie en la ola,
los niños juegan en la arena
y el sueño va creciendo
así como ellos crecen
y uno tras otro día,
alegre, la playa se ilumina.

Siembra mi sueño, marinero
de una isla de azul,
de viento amigo,
trabajo compensado
con descanso después de la faena,
sin sumisión del sueño
ni derrotada imagen,
libre la voz,
cordial la mano amiga,
frente a horizonte abierto
señera la esperanza.

¡Siembra mi sueño marinero!

DESCUBRIMIENTO DEL AGUA

A la memoria de José Ramón Luna

Retozaba en el bosque
junto al río,
oía cantar el agua que bajaba
como si fuera trino
de pájaro montuno.

La calor le subía por la cara
que se asomaba movediza
en la corriente;
juntó las manos
como taza de dedos
puso a correr el agua en las mejillas
que resbalaba fresca,
y se metió por los labios resecos.

Llenó otra vez la taza,
los labios tostados se tornaron frescos,
la saliva fluía,
el agua fue hacia dentro
como si se enterrara
y con ella se enterró la sed.

Agua y sed se murieron en la boca:
¡había descubierto el agua!

EL VIENTO EN LAS ALAS

Todo en el aire es pájaro

JORGE GUILLÉN

El pájaro ha venido

a dar la luz;

de cada trino suyo

nace el agua

PABLO NERUDA

¡Qué primor! ¡Qué pudor y qué exquisito,

el del pájaro simple y soberano

que ni pide ni sufre espectadores!

MIGUEL HERNÁNDEZ

EL ALCATRAZ

(Pelecanus occidentalis)

A Ramón Borra Gómez

Largo el pico,
como punta aguzada
del elástico cuello,
corta la cola,
cuerpo deforme
que en pesado vuelo
la amplia envergadura de las alas
hace sombra en la ola.

La pupila avizora
atisba desde arriba
sobre el mar que se mueve sin reposo,
y cuando inquieta salta una sardina
zambulle entre la espuma,
llevando el pez de plata
como brazo de cruz
del pico pescador,
el alcatraz.

EL GUANAGUANARE

(Larus atricilla)

A Alfredo Boulton

Vuelo entre gris y plata,
el reflejo del sol
espuma el ala.

LOS TIGÜITIGÜES

(Tringa melanoleuca)

A Modesta Bor

Tan leves como un soplo,
delgado pie ligero,
ala sutil al viento
cuando van a la playa.

Marcan apenas huellas,
tras cada ola corren
picoteando en la arena
sobre el borde del agua.

Como voz de señal
suave graznido suena,
la bandada levanta,
obedeciendo al mando.

Se alzan sobre la espuma
casi rozando el ala
y vuelven a la orilla
a seguir correteando.

Apenas una gota
emplumada en el viento,
el ruido de sus alas
es murmullo de brisa.

¡Liviano tigüitigüe!
entre todos los pájaros
tu estirpe no se mide
por la altura del vuelo:
es tan inmenso el mar,
eres tú tan pequeño
que de cerca lo mires
acaso menos grande.

LAS CHIQUIAS

*(Azulejo: *Thraupis episcopus*)*

Al poeta Efraín Subero

Una nube azul de alas
va a posarse en las ramas
del jobo de la plaza.

Se desintegra en pájaros
verdiazules de vuelo,
río de luz corriendo en el plumaje
irisado de sol mortecino.

Hay una algarabía
que gotea de las hojas.
Todo el ambiente vibra
hasta que con la noche
el silencio se mete en las gargantas.

Despiertan con el alba,
en las alas el viento,
el azul prendido en sus azules:
en las gargantas que alojó el silencio
la mañana fulgura de trinos.

LAS ANGOLETAS

(Tordo: Quiscalus lugubris)

Al poeta Francisco Lárez Granado

Fenece la tarde,
escorada del mar.

En el crepúsculo,
volando contra el viento
se anima oscura sombra
con alas extendidas.

Van al cobijo del árbol
con arrullos de sueño.

Sobre su noche
se cierra la noche.

LA PARAULATA

(Mimus gilvus)

*A Fernando Cervigón que regaló a
la Isla su libro Paraguachoa*

En el aire de múltiples confines
alada gira brillante orfebrería.
El canto ensaya sus variados tonos
y se colma de asombros la campiña.

Un pájaro sutil de gris plumaje
posó sobre una rama el ágil vuelo,
ensaya su canción indiferente
al oído que vibra con su ritmo.

La paraulata, rumorosa onda,
viaja en el canto puro, luce sola.
Nadie turba la armónica presencia
que floreció su canto bajo el cielo
de trizados cristales sonorosos
esplendente en azul su serenata.

EL COCUYO

A Margot de Oropeza Castillo

Furtivamente
penetró en mi cuarto
la intermitente lumbré,
fosforescente,
mensajero luminoso
de los montes cercanos,
faro para el sueño interrumpido
en la callada sombra.

Recorrió el espacio oscurecido
alardeando luz inagotable
y se perdió en la noche,
otra vez a los montes
el visitante mensajero.

PARAULATA EN LA ESPINA

(Mimus gilvus)

Al poeta Otón Chirino

El trino crece,
se acompasa y diluye;
la débil rama,
estancia temblorosa,
no siente el peso
que aligeran arpegios.

La mañana, el viento,
el cielo, giran, cantan
con el mágico espectáculo
del emplumado ritmo
que floreció en gorjeos
la verdura del bosque.

Minúsculo, liviano,
por el canto se eleva
hasta divina altura
suelta ya su clara melodía.

Rumor tan solo
que en el viento sube,
trino entrettejido
del cardonal reseco
que a la espina
agresiva pacífica.

EL GUAYAMATE

(Cardenal: *Cardinalis phoenicius*)

A Ramón Avelado Hostos

Pájaro libre de las tierras resacas
la flor del flamboyán sobre la brisa
planeando en las espinas;
ancho pico de carbón,
ojos indescifrables,
su cuerpo leve se cubre con la mano
pero el color del matorral
sin él es desvaído.

En la mañana brilla
su plumaje de grana,
su penacho de fuego va en el viento
y cuando pliega el ala
y se inician los trinos
él solo dice pis
y se pueblan de rojo las espinas.

Este pájaro raro
no canta en dulce tono,
de airoso paso
es su fulgor de llama
que camina en el viento
o entre los resacos cujisales.

Junto a la paraulata y los turpiales
que cantan armonioso
humildemente tartamudea una nota
y todos saben que su roja flama
es incendio en las voces de los pájaros.

Su indomable bravura no se aquieta
cuando está en cautiverio,
la rabia lo entristece
y se va deslustrando,
su fogón crepitante pierde aliento
y cuando dice agónico su sílaba
sueña cardones,
pitahayas de corazón sangrante
y con el sueño se le va la vida.

EL COLIBRÍ

(Trochilidae)

A William H. Phelps, Jr.

Si digo colibrí
no digo ave
de canoro acento
y largo vuelo.

Digo una vibración,
movimiento del aire,
emoción y aliento
proyectados
sobre la flor abierta,
suspendida inquietud
que no se agota.

Si digo colibrí
la palabra no alcanza
a definir la sombra
del ala sobre un pétalo.

EMBRIAGUEZ

(Trochilidae)

A Omayra Reyes Leiden de Texier

De rotunda rosa
colibrí sonoro
de azul transparencia
temblando en el aire
libó en su corola
la miel con rocío.

Volátil de fuego,
ebrio de delicia,
entre el polen sutil
las alas tendidas
hundió la cabeza
quedando dormido.

CHIRITO DE LA VIRGEN

(Polioptila plumbea)

A Jesús Rosas Marcano

¡Chirito de la Virgen!
Sobre el dedal del nido
reposa tu plumaje
para empollar solícito
los vuelos diminutos,
presencia
apenas presentida
en un hilo de brisa.

LA GAVIOTA

(Sterna)

Al poeta Ángel Félix Gómez

Remontando
hasta la altura
invisible,
solo un punto en el espacio.

¡Acaso
una pregunta al infinito!

Tráenos, de regreso,
¡gaviota!
la respuesta.

VILLAS, PUEBLO Y CIUDADES

*¿Siglo nuevo? ¿Todavía
llamea la misma fragua?
¿Corre todavía el agua
por el cauce que tenía?*

ANTONIO MACHADO

*¡La Asunción! Si esta ciudad
llega algún día a morir, sé que
mi alma morirá con ella.*

EFRÁIN SUBERO

LA CIUDAD, MI CIUDAD

I

Llego a ti, solar de mis afectos
a beber en tu corta geografía
celeste claridad del mediodía.

Tierra de la heredad, arrullo y nido,
donde creció la angustia
y se engendró el destino
de la sangre que llevo entre las venas,
en tu contacto fluye
generoso el anhelo.
Pongo a volar los sueños
crecidos en tu ausencia
para el canto de fronda
bajo el sol en tus campos derramado,
paraulata que trina entre las ramas
el trino mineral
de la tierra quemada
que sube y sube al aire
persiguiendo una gota de rocío.

Cuanto crece en tu suelo,
espina o flor,
serpiente o pájaro,
guijarro o yerba,
arcilla o caracol,
madera, acantilado,
fruta o semilla
me toca de su mano
para fundirme en ti;
ser de tu arcilla
la múcura sonora
pulida de tus dedos,
con agua fresca y pura
crecida en tus neblinas.

Cuando el río de tu aroma se desata
inundándolo todo con su aliento
y sus olas cabalgan las laderas,
yo me siento en ellas sumergido,
una gota de viento iluminada
entre las ramas preso.

Tierra fundida
en el fuego de amor de la montaña,
hechura diligente de tu pueblo,
cuanto eres lo hizo
la mano de tus hombres.
Te engalana el donaire que pusieron
hacendosas mujeres
que te fueron haciendo a su medida
ni más ancha, ni más angosta:
cabes sobre la palma de la mano.

Todo te identifica y te distingue:
el aire transparente,
la luz que te ilumina,
el canto de tus pájaros,
la espina endurecida de tus cardos,
tu cántaro de adioses y saludos,
la sonrisa resbalada en la cara de las mozas,
la sílaba de amor, la paz del campo,
la neblina, la flor, el río,
la piedra dislocada que camina
bajo el rayo del sol de mediodía,
tus laderas de sombra enrevesada,
tu seca sequedad que se alimenta
en el escaso vuelo del rocío,
el rumor de la ola que te llega
tramontando en azul desde muy lejos.

Tus rincones, tus calles
tus parques repartidos,
tus cerros aledaños,
tus senderos sombreados y olorosos,
tu templo de impávido campanario
símbolo madrugador de la ciudad
cuando un hálito diluido de campanas
despolvorea
su polvo de sonidos en el aire
que se hace sonoro,
camina las distancias,
enciende la quietud,
ardido todo en el ardor glorioso
de la sana alegría
del canto mañanero
que corre hasta perderse
disuelto en lejanía.

Ciudad de larga historia y gente escasa,
tu geológica forma conformada
te viste en el paisaje
para hacerte de verde
a pesar de la inhóspita sequía;
tu abanico de fronda
bate y abate el día
en el ruido musical de los cicales
que filtran la calor, doman el viento
y lo hacen circular parsimonioso
en el cerrado cuenco de tu valle.

Ciudad alguna
tu gracia tiene y tu donaire tiene.
Trajinada del día
bajo el callado manto de las horas
que transcurren multánimes
mientras crecen y mueren
tallos, hojas y flores
calcinados del viento.
El tiempo que no duerme ni se agita
cayó como una gota implacable y tenaz
horadó en tu roca de silencio
impenetrable
y te forjó la insignia
de la ciudad del sueño y la vigilia.

Vengo a ti, mi Ciudad, para decirte
mi palabra de amor;
para rendirte
el ferviente homenaje de mi vida.
Mi canto
se ha estado madurando
hondo y señero,
de tus mieles se endulza,
en tus sales se baña
y crece como flor entre las breñas
apenas remojada de rocío.

Lo dejo entre tus copas,
a la altura del nido,
porque creció con alas
y es un arrullo tierno.

II

PARAGUACHÍ

“Paraguachí con su dulzor de caña”¹
cantó el poeta en tu homenaje,
tierra pródiga de abundosa cosecha
que reparte sus dones en la Isla.

La fuente clara de La Tagua
El Salado, el río Magdalena desbordado,
La plaza de los camorucos y los nidos.

Mi infancia-adolescencia
transcurrió entre tu gente
que en la cordialidad y el afecto
pusieron siempre esmero:
Jesús Aguilera, el viejo,
sus hijos y sus nietos,
los hermanos Salazar, Cruz y Eliodoro;
las hermanas Lala y Chepita Bellorín,
Daniel Fermín y sus hermanas
Plácido Higuerey, unido por la sangre,
Eulogio Sánchez y Geña, su mujer,
Danielita Alcántara
el viejo Rufino y Licha Salazar
y las inolvidables que llenaron
ese tiempo indeciso del candoroso despuntar del hombre.

Pueblo de amistades entrañables
al que mi padre consagraba afanes
de servicios y nobles menesteres:
escuelas, bibliotecas, centros culturales,
el consejo, el libro, la beca y el estímulo
para poner ambiciones de ser y de servir.

Si hay que pagar lo vivido,
a ti te debo mucha vida.

Paraguachí... Paraguachoa... Paraíso,
donde el recuerdo vuela
en busca de mis horas felices,
te encuentro en cada boca que me nombra
y en la evocación de mis noches pobladas de fantasmas.

¹ J. T. Arreaza Calatrava. El ingeniero de Minas.

JUANGRIEGO DEL RECUERDO

I

El mar, cristal fundido
hacia la orilla avanza
de azules confundidos y distancias
en espumas deshechas,
el sol hasta el fondo sumergido,
arena, piedra, caracol reluciente
desde la playa constelada, sola,
engarzan en la hora declinante
los signos del crepúsculo
que muere desmayado
sobre el anca alisada de la tarde.

Polen disuelto entre las nubes gira,
el silencio se cubre de rumores
y en el incendio el cielo
con lengua incandescente
lame la mar con peces y luceros,
en las nubes las alas,
la pajarera en vuelo,
de la gaviota el grito y la elegancia.

La noche tiene ojos que vigilan,
rielar de luna en ola estremecida,
cálido sopla el viento
con sabor de canciones de la tierra
venidas desde el puente de los barcos;
breve es la pausa para descansar,
el día sobresalto en la faena.

Pasa el pregón de gracia musical,
las voces desgranadas en el aire:
pescado, piñonates, empanadas;
en el afán del puerto confundidos:
la pobreza del pobre fatigado,
la paga escasa y el trabajo duro,
desocupados sin ración ni sueldo,
marineros soleados de mil soles,
las venteras, salados pescadores,
comerciante sin sueño, desvelados,
esperando el ancorar de las balandras,
mazorcas tiernas, plátanos cañeros,
César, Ño Luca, Dolorita Arcay,

los precios regateados
los mostradores limpios,
los Bor con su alfabeto de tijeras,
las letras de los nombres contruidos
para el amanecer de las ideas
sobre el papel impresas,
José Lino en el tráfago civil,
Marcos Arcay, cohetes detonantes,
Anacleto González, los sombreros,
el maestro Valery, la lección,
don Apolonio Leandro, la receta,
Rejón, la medicina,
Víctor Vidal, Manuel Felipe, Chente,
Chollet, Cruz Rojas Vásquez,
los Márcanos, maíz de Tucupita,
Vicente Rivas, papelones del Golfo,
Juan González, Leonardo, los zapatos,
Leandro Moreno, redactor de Antena,
Panchito Lárez, la canción marina,
Monchito Borra, el anecdotario,
el jumento, marcha de pasitrote,
mi humanidad encima
con los sueños viajando
en el camino largo
que se hace y se deshace
de afanes sin penumbra.

II

La Sabana del límite orillero,
al tránsito de la luz crujir de montes
chiribital reseco;
entre lagartos verdes, cueva y nido,
el paso tardo cruza
un hilo de camino sin orilla,
arriba nube errante,
abajo brisa y polvo,
en una caravana
de lejano miraje:
la mara, el huso, de algodón el copo,
la tejedura del cogollo
entre las manos sin sosiego,
el pie descalzo en el suelo agrietado
y las voces del cuento caminero,
la malagueña, el chiste, la conseja
haciendo compañía
en larga soledad madrugadora.

III

La Salina, espejo de mil caras,
lisa llanura, el agua detenida,
casimbas, faena atribulada,
los senderos sin sombra,
casas de pescadores,
telar, hamaca, sueño,
hilván apresurado en tela burda
del pantalón de brega,
remiendo de tarrayas,
claveteada esperanza
en el indeciso amanecer
de la hora temprana
en que convoca el mar sus cosecheros.

IV

Las Piedras: bate el mar
implacable y constante,
el cirial corta la espuma,
trepan las casas sobre la ladera,
la historia enhebra nombres:
Ferrer, Azugaray, guerra con guerra,
el caudillo de la barba al pecho,
serena valentía,
palabra de consejo,
la agresión alevosa de Perdomo
y la cuenta cobrada íntegramente
en la asombrada noche sabanera
tinta la puñalada
con el rescate entero de la honra
por la mano del pueblo.

V

Guiriguire, camino del cangrejo,
playa serena, ola ensangrentada,
las escamas espejeando la arena,
el aire impregnado de pescado,
los hombres, las mujeres
cuchillos de escalar,
la sal, gabaina asada,
la mascada en la boca,
la nasa, el aparejo,
arpón con punta de ojo

para abrir ancha y honda la herida
sobre la ola hirviente
camino del regreso.

VI

El Fortín, leal bastión de la patria,
nidial sobre el rompiente fragoroso
para empollar historia,
los cañones de herrumbre oscurecidos
disparando recuerdos en el viento,
Adrián, el heroísmo,
la piedra inmóvil, cuenta de cadáveres
en la hora de asaltos implacables,
el olor de la pólvora, los nombres
que el parpadeo del fuego
hace trizas en el aire encendido,
los muros silenciosos
erguidos en el tiempo,
vacío junto al mar y sus confines,
en el miraje azul la lontananza.

Aquí se petrifica el patriotismo
en la perennidad del sacrificio,
huesos reseco con los vendavales
cenizas dispersadas
sobrenadando errantes la leyenda.

VII

La Galea de redes circundada,
el límite del pez y su destino.

VIII

La Laguna, los Mártires,
en el crujir de carne acuchillada
y el olvido volando entre las sombras
de la conciencia ensombrecida
en el tráfico sucio del dinero.

IX

Pedregales, de piedras dislocadas,
ríos de piedra en calcinada espera
que sueñan con la lluvia que los mueva,

la mano diligente del tabaco,
tripa en la suave capa
de humo de la calilla,
pabilo y capellada
sobre suela de goma
donde se apaga el ruido,
un adiós pasajero del que pasa
junto al quieto quietismo de las tardes,
regreso de las cabras
con mojado mordisco en los breñales,
cardón, tuna, los yaques,
el único verdor inextinguible.

X

Los Millanes despiertos
de la caprina tropa centinela;
Millán Millán, el médico,
Gutiérrez Millán, Pablo, el abogado
hijos del humo son.
Luna del canto en el trabajo duro
que consume el quehacer de las mujeres,
tizón en boca de las lavanderas
voluta en la modorra
de las tardes azules
en el alar que junta
después de la faena.

XI

Guaimaro, espina dolorida,
puerta del sol, rumbo del viento,
aguardiente de Pola
el veneno del pueblo,
Antonia Matilde Mata, la maestra,
Anita Narváez, la plaza Rísquez,
Chico Tomás, el puente de las bolas,
Venecia sin las góndolas
y por el ojo abierto de la calle
el mar de barcos lleno:
La Gaviota, la María Constanza...
la distancia ignota
que acuchillan las velas
por sendas del regreso y de la espera,
las manos en la frente vigilante
para el anuncio del afecto

del marino tornado a la querencia
o el pañuelo flameando adioses.

XII

El recuerdo tremola sus banderas
en el espacio inédito
de la nube y el viento,
azul entre las copas suspendido,
hermandad la palabra y el latido
en esta claridad crepuscular
que sin cegar alumbra:
Cada salto de luces una estrella,
cada palmo de sombras una herida
escondida en la entraña de la noche.

LA AZUL CLARIDAD DE PAMPATAR

*Al transparente recuerdo de Virginia
Verde Beauffond y de Chucho Subero*

I

Ciudad de la amorosa orilla costanera,
arco tendido entre Punta Moreno y La Caranta
que dispara sus flechas al infinito de constelado azul,
el mar reverberante de espumas, de algas y de peces
riza en tus pies, sube por tus caderas
y se queda dormido en La Salina, espejo triturado
que dispersa sus luces en laderas del viento
y en el espacio viviente entre cerros y playas,
la inmensidad abierta de nubes y luceros.

El mar es un camino, hilo tendido
entre tu cimbradura y la distancia sin fronteras,
por tu ventana abierta penetró la aventura,
las conquistadoras naves trajeron óleo y sangre
y la asustada grey de mansos guaiqueríes
los recibió de paz, la flecha guardada en el carcaj
la amistad que brindaron, traicionada;
de tus playas partieron galeones cargados y volvieron
con géneros distintos y distantes, abalorios de cambio
de las valiosas joyas arrancadas del fondo a los ostrales.

Seguro puerto y puerta de la Margarita marinera,
en tus flancos irguió la piedra muros,
trincheras de defensa, castillos resistentes
que la pirata gente abordó con denuedo
en sus depredadoras correrías de pillaje
o fueron un obstáculo para los insurgentes que pedían libertad.

II

La escuadra de Morillo cubrió tu ámbito de velas y cañones
y contempló asombrada el gesto de Bermúdez desafiando la fuerza
en un débil trespuños, con un arma, su espada
y una interjección disparada iracunda en el aire.
Tú miraste partir, seguro de victoria,
al Pacificador de la paz mentirosa y la perfidia
y le viste tornar, torva la mirada, inclinada la frente,
sacudiéndose el polvo de derrota que sufrió en Matasiete.

Tu historia es la penuria, la alegría del trabajo,
resistir resistiendo el tiempo malo abierta la esperanza.

Transitas de El Trocadero a La Salina,
cinta delgada entre la mar y el cerro,
el pueblo, más que pueblo es un camino
el camino del viento peregrino
que no se deshace con el viento mismo,
camino sin distancias
donde queda marcada honda la huella
que no está sobre el suelo polvoriento,
grabadura del pasado que no pasa.

III

La ciudad y sus casas de humilde arquitectura
morán entre el silencio y la vigilia,
el tiempo es claridad que se diluye
entre una y otra sombra de la aurora a la tarde,
cabalga sigiloso sobre indecisos muros,
en los frutos madura,
inicia el vuelo y lo hace fenecer.

El afán es una costumbre desvelada.
Entre el polvo y el mar puentes de aire.
La ola es un ropaje que te viste y desviste:
traje de añil cuando viene trepidante a la playa,
capa de oro cuando mansa se va con la resaca.

El viento te sostiene suspendida
y en él viajas y regresas noche y día
quedándote enclavada
junto a un renacer que no termina.

IV

Pueblo Arriba, Pueblo Abajo, no señalan linaje.
La división en dos fue ocurrencia del cerro,
manera de emular las comunes virtudes
dos formas de nombrar el amor y la vida.
Comienza Abajo el tráfico del Puerto
con el ir y venir de barco a muelle,
celadores, papeles de la Aduana,
autoridad civil, la policía, el resguardo,
los jardines de Pango, el marinero,
El Castillo, la Iglesia, la oración junto al miedo.

Arriba, red tendida, aire con aire en agua confundido,
vigías vigilantes, clarines de botuto,
el salto palpitante de los peces,
el camino de escamas y conchas de moluscos,
el pueblo entero trayendo hacia la playa
el plateado cardumen prisionero.

V

La Caranta, bastión de insular heroísmo,
su avalancha de piedras precipita en la costa
en la estrecha medialuna que cierra la bahía
tajamar que cercena los marullos;
los barcos de la flota pescadora se mecen apacibles,
recogidas las velas, listos los aparejos
esperando la hora de zarpar.

El océano abierto de lejano miraje
se precipita con ímpetu bravío
sobre los acantilados de la costa
y regresa vencido, contra la piedra arisca torturado,
sus gárgaras de espuma se deshacen
con trepidar sonoro en la negra y profunda garganta
de la impasible Cueva del Bufón.
Allí tu límite sobre los mil caminos del agua desvelada,
alba de luna salpicada de luceros,
pañuelos izados por la brisa para la despedida
o donde se estira el grito caluroso del regreso.

VI

Cuajada de la ola en su vaivén constante
la lustrosa calcita marinera
emergió de las ondas engastado en espumas
farallón, piedra anular para tu dedo,
su brillo a la distancia conduce a los viajeros
para llegar hasta la palma de tu mano extendida
en generoso impulso de la entrega;
sobre él revolotean y anidan los pájaros:
alcatraces, gaviotas... dueños de mar y cielo.

Ámbito de la luna y las estrellas,
azul con otro azul confundidos,
el círculo cerrado de tu celeste flama,
en las noches palpita vagoroso

el bruído cristal donde te miras:
el cerro es una nube derramada en el suelo,
la nube, cerro errante que cabalga en el cielo.

Tu claridad sonora es canción de la ola,
una amorosa forma de decir a la vida
que en los ojos abiertos te llevamos cautiva
y nunca, nunca, nunca la sombra de la muerte nos llenará de sombras.

Apacible dominio del silencio,
los árboles, el viento, la gente de puntillas,
los dedos en los labios, apaciguan los ruidos
para no interrumpir la paz de tus caminos.

Puerto o puerta de salir al encuentro descubridor de tierras
a confundir los pechos, los anhelos
en el espacio intransferible de la gran Patria amada
y de volver sedientos de la sed de tu afecto
generoso de arrullos, inefable ternura.

VII

Tu marinera gente de hacendosa tarea,
la brega sin reposo, en vigilante acecho de distancias
ponen siempre la vista en lejano horizonte,
por eso esperan siempre y marchan al encuentro
de la promesa que en el trabajo se hace realidad.

Para decir sus nombres se atropellan las voces,
las letras y las sílabas se juntan amorosas:
desde el subsuelo del recuerdo un caracol pregona:
Isabel Verde Beauffond, mi amor de adolescente,
dulzura de unos ojos, suavidad y ternura
donde cabían enteros el sueño y el desvelo
y Virginia, su hermana, un alma delicada, transparente
apacible bondad de evocación y lejanía.
Y corre en el arroyo de la brisa
Licha Pérez Frontado, indulgente hidalguía.

En el canoro acento de una paraulata
vienen Vito Cedeño y Vicente su hermano
que pueblan de canciones el ámbito del puerto;
al pronunciar Maneiros se acompasan los himnos;
los Silvas, los Narváez los anuncia la tierra verdecida,
pero para decir Chucho Subero el grito se me sube a la garganta
porque en Chucho tenía la amistad su medida,

su muerte puso triste a la alegría:
los hijos: Efraín, Jesús Manuel Subero
clara la mente y el corazón hermano;
y siguen en la cuenta cabal de los servicios
don Hermógenes Verde, redactor de las cartas y reclamos
de los que no sabían ni leer ni escribir,
Julián Sánchez, la hombría de bien llevada con un nombre.

El acento cortante de notas de guarura
dicen don Dámaso Villalba, médico y medicina
para la gente enferma y sin dinero,
los hermanos, los hijos, los sobrinos:
Julián, Salvador, Jóvito el viejo, constructor de ágiles veleros
que el hijo echó a la mar para buscar el corazón de Venezuela
con Lucho a bordo, inseparable compañero.

En poemas nacidos de tu sufridero atormentado
nos llegan con salobres acentos remojados
las voces de Rosauero y José Rosa Acosta.

Con el silbido del viento entre las redes
escuchamos los nombres de Prajedes Acosta, cosecheros de peces,
que levantó faena y faeneros
y se sembró distante en Guayacán,
de Tilleros, Montaneres, Lunas, Garcías,
Serras, Martínez, Guerras, Jorge Coll y Fana su mujer
nobles hermanos de tristes y afligidos.

Desde concha de parape con primor labrada
José Nicolás monta la guardia de la artesanía.
Y se desliza suave, con humilde latido,
Ángel Noriega Pérez, un maestro del pueblo, generoso amigo.

En la ola se van, trepan los montes
los que son el latido y la canción,
sus nombres son de todos, el Puerto los cobija
noche con noche y en el quehacer premioso que consume la vida,
en mi canto se quedan sin nombrarlos
porque ellos son el hilo con que tejen los sueños
red tupida de afectos donde todos se hermanan confundidos.

VIII

Atardece... En la indecisa luz el incendio se esfuma,
tornan a sus nidales las aves pescadoras apaciguando el vuelo,
en la quietud riman brisa y el mar su suave melodía.

Desde la orilla miro lilas disueltas
en una algarabía de colores
mientras se encienden las luces de la noche.

“¡Ciudad del celeste mar dormido”, te dejo adormecida!
me despido en silencio, conmovido.
Tornaré con el alba, cuando cantan los pájaros.

PORLAMAR EN EL VIENTO

A Jesús Enrique Rodríguez

I

A la Ciudad del Mar se iba alegremente,
el tránsito de pueblos, al aire las canciones,
palosanos erguidos con el oro en las copas,
un anillo de viento enlazado en las ramas,
anillo azul entre dos claridades
rellenado de personas, de cazuelas,
de tiesto en la calle poblada de recuerdos;
de agua destituido va el cauce angosto
en sombras recubierto
por donde baja el río cuando crece.

En la playa se escucha el vocerío,
animadas las gentes miran llegar los barcos,
un marullo de pueblos trae en la cresta
caluroso murmullo solidario:
convivir es la forma apacible de vivir
en una tierra de amorosa entraña.

II

La oferta en el comercio tiene amigable trato,
el canto diferente descubre origen de los compradores
de apresurado hablar o calmo acento:
de Tacarigua, Paraguachí o Pedro González,
todos entienden las voces de la tierra.

Numerosos paisanos compiten con los árabes,
venidos tras el brillo de las perlas en el siglo pasado,
en puja y regateo que baja a diez lo que marca veinte,
siempre con la sonrisa entre los labios.

III

Ahora, en este tiempo de ahora
hicieron Libre el Puerto
y por mar o por aire
ingresaron los nombres de la Biblia,
pusieron precio a todo:
casas, tierras, mujeres y paisaje.
En el confuso ambiente, marihuana, aguardiente
y una teoría de tratantes transeúntes.

Tiendas, tiendas, con nombres extranjeros
venden hasta el resuello;
mercancías de lejanos continentes,
los letreros anunciando la subasta,
el amor es mercancía
en mercados oscuros de desprecio,
los muchachos masturbando sus anhelos
en ilusivos paraísos de la droga.

Van y vienen como locos,
los que compran, los que venden,
Porlamar no va a la mar,
con el Puerto Libre vino turbulento desenfreno,
hombres raros la invadieron, la compraron.

IV

Los comerciantes de la estirpe aguantadora
¿Dónde están? ¿Quién los recuerda?
Braulio Fermín y Ramón Guerra,
la alegría de vivir, la honesta forma
de exaltar en el trabajo las virtudes de la Isla;
Juan Rodríguez, Los Moraos,
Eleuterio Rosario, Los Bermúdez,
Los Cedeños, Campos, Aristimuños,
Los Riveros, el doctor Carrasquero,
Moncho Paz, Manuel Rodulfo Brito,
la palabra de protesta de Navarro González,
la voz nueva de "Garúa" refrescante de Luis Castro,
Los Patiños, peloteros de El Patriota,
los jabones de Juan Lárez
compitiendo con los hechos por Juan Ávila,
la hedionda tenería de Ciriaco
que ya no curte suelas de los zapatos;
El Poblado, Conejero, tejas, ladrillos,
múcuras, las pimpinas,
los expulsó un "progreso" hecho de encargo,
inhumano sin el hombre,
contra el hombre.

V

La ciudad del aire puro,
de las calles a cordel,
de asfixiante ambiente viste,
playas sucias, mar oscuro,
El Faro sin farero ni luces en la noche.

La Sirena varada en otra playa,
sin temblor de palabras el saludo,
mudo el afecto y la expresión amiga:
no hay tiempo que perder:
pagas, te vas y nadie te despide
y vuelves y te vas saturado de cosas:
hombres entre las cosas
tienen alma de cosas.

VI

A la ciudad hermosa

le nacieron verrugas de siglos desechados:

los barrios marginales de los pobres

arrinconan la miseria, el abandono:

Ciudad Cartón, Los Cocos, Polanco, Macho Muerto, El Piache,

apocalipsis de basura suspendida

sobre el alto mural del alto muro

de donde mira sin mirar la indiferencia.

Ignorados los nombres de la tierra:

Lino Gutiérrez, Ventura Gómez, Inocente Carreño

el ala musical entre la brisa,

Vicente Fuentes, Pedro Rivero, los poetas del verso acrisolado

Eduardo Ortega, Asunción Rodríguez, Chepelito,

el gordo padre de la bondad desnuda,

de los hijos sin tierras enterrados

y del hijo con tierra entre los ojos

que un viento desde el mar implacablemente sopla,

viene de lejos,

está cegando la esperanza que esperó sin tregua

y escupe en las conciencias

la sucia suciedad del desamparo.

Escapa al viento destructor El Valle de la Gracia

guarecido de sus altas montañas,

desde donde el Piache indígena

envía su mensaje de agua

en las manos de la Virgen Morena.

VII

Jesús Enrique, el sueño tiene nombres:
los hombres, las mujeres, los niños sin abrigo,
ayer es una cifra con ceros a la izquierda,
mañana no sabemos con qué signo se escribe.
Cuando todo se borra en la plana del tiempo
cualquiera escribe su alfabeto ilegible
de ambiciones, de vicios, de jóvenes marchitos
que marchan al acaso sin rumbo ni destino.

¡Qué mudo es el tumulto!
¡Qué sola soledad de multitudes!

Pasan entre las sombras
gritos cortados, las voces sin sentido
y a su cueva se vuelven los tahúres
a contar las ganancias
ganadas apostando las conciencias.

El eco viene de un tiempo sin retorno:
la memoria se pierde entre un laberinto de recuerdos,
caminantes sin camino y sin sombra:
La Rosa de los Vientos no señala los rumbos de llegada
sino rumbos de partida,
mar adentro, tierra afuera.
¡Venga viento! ¡Venga viento!

VIII

Sin embargo se quedaron
sembrados en su suelo los paisanos,
tronco y ramas azotados,
las semillas en el viento,
este viento que no cesa,
hiende piedras, las derriba,
es el tiempo sin medida;
lo que fue no será más.

Solo el hombre, árbol, semilla,
estirpe guaiquerí inextinguible,
seguirá sobre el azote levantado,
las raíces afincadas,
crecerá bosque en la llama,
arderá llama en el bosque
alumbrando otros caminos,
piedra con piedra resistentes
echará nuevos cimientos.

IX

Trae el viento anillo azul entre dos claridades:
la ciudad del hombre transparente,
las mujeres sonreídas con los niños de la mano,
los jardines, flores, niños, muchos niños
con su pan y sus canciones,
la miseria, las tristezas en derrota.

¡El Mundo Nuevo!
El progreso, sin comillas
barrerá, escoba nueva,
las escorias que dejó la tempestad
desatada por la envidia.

¡Qué alegría este mundo amanecido!
Es del hombre y para el hombre,
para todos los hombres sin distingo.

Tu parcela de sal y de dulzura
se alindera en el viento, bajo el cielo,
con luceros y con lunas,
tiene pájaros y sombra acogedora.
Nadie pugna por quitarte lo que tienes
porque tiene como tú
su parcela en el viento, bajo el cielo.

NORTE DEL NORTE DE LA TIERRA ISLEÑA

A Felipe Natera Wanderlinder

I

Santa Ana del Norte

Agobiado de montes
el valle corre largo entre la mar y el cerro.
De las frescas laderas sopla el viento
que atempera el calor de la tierra quemada.

La historia la signó Villa de Santa Ana
del Norte al Norte franco de la Isla,
es la apacible estancia de gentes laboriosas
que viven al amparo del fruto de sus manos.

II

Hila el hilo su delgada cintura
estirando el copo en la móvil garganta
del huso en movimiento que hebra tras hebra enreda.

La aguja diligente enhebra los capullos
que fueron en la brisa nube y sueño
o en la oveja sumisa capa de la intemperie,
crece en los dedos celeste, grana y amarilla
la urdimbre delicada que vestirán los niños
en torno al aire, cuna levantada,
brisa mecida que entre malla cuela
delicia en la calor, en sueño o en vigilia.

III

La toma del Fuerte España

¡Villa heroica! vives en el recuerdo:
entretajadas sombras de bravos combatientes
pasan entre el crepúsculo y la aurora,
van trazando el camino
que conduce el coraje
hienden los muros del Fuerte España
con palos, picos, machetes, azadas labradoras
las gentes campesinas
ponen en fuga la tropa que lo guarda
y toman sus fusiles.

Arismendi los guía en la aventura;
nadie sabe la senda de la huida,
porque su comandante no la sabe.

Con pie de luna trashumante y sola
van caminando en noche taciturna,
traspasan montes arañados de espinas,
la escarpada ladera los vigila,
los guarece la piedra y la quebrada,
sobre el dorso de todos los senderos
sus sombras se proyectan en las sombras,
sigiloso silencio, filo de las angustias
afila los cuchillos para los combates de arma blanca.

IV

La Expedición de Los Cayos

Liberada la Isla, desde Los Cayos de Haití
viene navegando presuroso el Hombre del Destino,
Arismendi lo llama,
Brión, el Almirante, seguro fija el rumbo
en el mar proceloso sin sosiego,
tocan fondo en Juan Griego.
Desde la playa los saludan
alborozados hombres libres.
Bolívar en la proa,
sobre el pecho cruzados los dos brazos
siente la claridad del cielo que le hiere los ojos;
ya en la orilla con ágil salto
toca la arena sin mojarse los pies.
Lo espera el Libertador de Margarita,
la comitiva de los héroes isleños
y el afecto del pueblo.

Después de la efusión montan a los caballos,
La Salina, La Sabana,
la trocha polvorienta entre cardones
brillaba a la distancia con sus cancanapires olorosos.

La Villa los recibe de fiesta engalanada
las mujeres con sus caras pintonas
se asoman a las puertas, el tejido en las manos,
de la arbolada florecida cuelgan arrullos de tórtolas,
la señora Santa Ana abre sus puertas, los invita a pasar.

V

Reconocimiento de Bolívar

Santiago Mariño, Manuel Piar,
Juan Bautista Arismendi,
Policarpo Mata,
Francisco Esteban Gómez
y una pléyade de héroes aclaman a Bolívar
Capitán General y Comandante en Jefe del Ejército
¡En la casa de la señora Santa Ana
amanece la Tercera República!

VI

Sueño de Casacoima

Otra vez a la mar, la patria va con ellos,
a pelear victorias,
El Juncal, Alacranes,
abren el camino hacia Guayana.

Cabalgando sobre nuestro grande río
Bolívar se desmontó a la orilla,
se puso a soñar triunfos,
se entregó a legislar para la libertad
y le creció en anhelo de traspasar montañas
para sembrarse alto, más allá de los Andes,
en un confederado sentimiento de patria grande
con dos mares por límites.

VII

Río El Toro

Llovió toda la noche,
todo el día.
De sus corrales
de laderas dormidas
El Toro de aguas embravecidas
entra en la Villa.

La piel terrosa,
los pitones de luna
punzaban el viento que corría,
las pezuñas de espuma
invadían las casas,
hacían correr los niños,
las tejedoras dejaban los telares.

El Toro pasaba por la vía
de arboleda fragante.
Iba calle abajo,
la gente lo miraba, oía sus bufidos
Natera Wanderlinder, Chico Real,
Ángel Brito Villarroel
toreros de tarde clara
se iban pasando la capa.

El Toro seguía incontenible,
traspasando Santa Ana,

cruzó La Vecindad,
se internó en La Sabana
hasta llegar, espumada la boca,
al linde de cristal de La Salina.

Con su capa de azules tornasoles
extendida en el viento
el mar le hizo verónicas y chicuelinas.
La muleta en la mano de las olas,
escondida la espada
puso fin a la loca arremetida
con estocada entera.

La claridad azul con el barro disuelto,
turbio desaguadero,
El Toro, perdida la embestida
entró a la mar y se hizo latido.

VIII

Los pueblos

Derramada bandera de semillas
desplegada en el viento
fuiste naciendo pueblos
que arañando la tierra
hundieron sus raíces
en el borde de todos los caminos
una rama extendida
señala sus distancias:
Altagracia, La Vecindad, Pedro González,
El Cercado, El Maco, Tacarigua.

IX

El Cercado

Trocha corta
entre la espina,
caminando
va el camino.

A su vera
bajo el yaque
la mujer
amasa el barro.

De sus manos

va naciendo la pimpina:
boca angosta
cuello largo,
redondo el talle
lustroso.

Se adivina
el agua clara
fresca y pura
en el barro sumergida.

La pimpina
cercadera,
manos hábiles
sobre barro
avivaron
la frescura.

X **El Maco**

De Culondo,
el Portachuelo
arrastrando
los aromas del tomillo
viene el aire
por la ríspida
ladera.

Cruza el valle
se detiene
a la puerta
lezna en mano
el zapatero.

Hilo y cerdas
encerados
suenan con cada puntada
de la maquera gente
faenera.

A los pies
de agua y espina
va el zapato
crujidor
por el camino.

XI

Altagracia

Alta la gracia
de su sonrisa
llena la cara
mirar de acero,
pelo tendido
la gracitana.

Luna en la playa
de Las Arenas
cabriola y brilla
sobre la ola
moja sus plantas
entre la espuma
la gracitana.

En la faena
de noche y día
va con el hombre
emparejada
en toda obra
inseparable
la gracitana.

Si el riesgo asecha
del contrabando
va con aplomo
que el susto es nada,
vendiendo alerta
la gracitana.

Pueblo de brega,
sus apellidos
vienen de lejos,
Ordaz señala
los derroteros
descubridores
por donde marchan
a la aventura de la Guayana,
pulso del caño,
hombres, mujeres
destaca alegre
la gracitana.

XII

Valle de Pedro González

De Arimacoa
Valle gracioso,
montaña y playa
sus dos ambientes,
la palma ofrece
desde la altura
materia prima
para el afán.

Son navegantes
o comerciantes:
Los Monasterios,
Estabas, Matas,
Tovar, Lazardes
de la guitarra
rumor al viento
que se hace canto
sobre los montes,
junto a la playa.

XIII

La Vecindad

Vecina de Santa Ana
entre humo de tabaco
de Los Millanes
y el viento seco
que sopla ardiente.

Afanes de Telares
donde mujeres
siempre tejiendo
camas de aire
pasan la vida.

Faño Quijada
un navegante de liquiliqui
Ezequiel Bauza
cantor del pueblo,
los comerciantes,
ponen distancia
frente a la tropa
de jornaleros y artesanos.

XIV

Tacarigua

Tacarigua de Adentro
llovida de montaña,
rincón en donde el río
es espejo de vida.
Sebastián, El Chovenco,
sangrándole el costado
con la saeta dentro,
cueva del Héroe,
laderas frutecidas
en donde el hombre mora
olvidado, olvidándose.

Tacarigua de Afuera,
un camino que trepa
El Portachuelo
o se sube al cerro de El Venado
adiós al pasajero
desde el claro ventanal
de la sonrisa.

Dos mitades de un pueblo
donde hombres, mujeres
sembrados como piedra,
trabajo como piedra,
el pan escaso,
menguada paga
las lágrimas resacas
en los abiertos párpados
del resol junto al polvo.

Un pueblo de labranza
se dobla sobre el surco
y cuando débil
la siembra se le tuerce,
mira el cielo
pidiendo un aguacero,
pero no se amilana
si no llueve,
su constancia
pone semilla nueva
bajo tierra.
Cheguaco hace la historia
de tan premiosa vida.

XV

Invocación final

¡Santa Ana del Norte!
Villa del amor y la querencia
siempre en alto,
siempre limpia.
Conserva tu candor y tu belleza;
las manos en la obra multicolor
del hilo y de la aguja,
de la espiga en el viento
en ardorosa fe,
destino de telares
urdido por tus hombres y mujeres,
por la constancia,
tuyo, tuyo por siempre,
sin basura
de usurera mano extraña,
arriba, serena la esperanza.

BAJO LA SOMBRA DE LOS DATILEROS

*Al dulce y apacible recuerdo de
María Natividad Rojas Romero*

I El pueblo estaba allí

Primero fue el poblado, tienda caliente
de la tierra entre sombras del hombre de la tierra.
Humildes junto al río plantaron sus viviendas,
la quieta soledad en gozosa frescura
era vida tranquila del indio en el reposo.

El pueblo estaba allí asentado al pie de las colinas,
retratada su faz en la corriente,
claro espejo de luna,
manadero de estrellas rutilantes,
nacido en el bosque de La Pomarrosa
como el Ganges sagrado exprimido del jugo de las frutas,
gota a gota destila sobre las piedras
pasando sin pasar hacia su fin remoto.

Al rumor de las aguas bajan a beber erguidas cornamentas,
saltarines conejos, guacharacas alegres,
las palomas y las pavas del monte,
tropa multicolor de pájaros y trinos.

Se oía entre las sombras el crujir de las hojas
mientras seguía el viento desnudando la fronda.

Los bohíos con sus techos de palma
sus paredes de barro y yerbas entremezcladas;
alrededor danzaban los hombres, las mujeres,
el fuego ardía incesante,
percutían ardientes los tambores,
la guarura daba sus notas de convite
mientras estaba quieta la flecha sobre el arco.

El pueblo estaba allí como grano en el surco,
fincada la raíz sobre la tierra,
clara sombra amigable del río y la montaña,
un pueblo igualitario de tareas y bienes compartidos.

II

Floreció la cultura del mestizo

Para turbar la paz de la indiada apacible
derrotados del mar vinieron de Cubagua
atravesando la tortuosa senda espinecida,
extraños hombres blancos,
comandados por Pedro de Alegría;
desplazaron a los indios de sus chozas,
ocuparon las tierras,
repartieron terrenos y solares,
dieron nuevos nombres a las cosas
y al pueblo lo llamaron de San Juan el Bautista,
un nombre nuevo para un asentamiento de milenios,
vieja querencia junto al río
de mansas tribus guaiqueríes,
una raza que endulzó el dolor de la persecución de los Caribes.
Con Pedro de Alegría y sus adictos
se impuso la servidumbre de los indios.

Ariotos de mujeres tomaron las guaicoras,
de esbelto talle, al aire sus virtudes,
los senos rebosantes, redondos como guijas,
puntiagudo el pezón,
con afeites de tiznes y achote
protección de la piel contra la resolana.

En el pasto mojado, un colchón bajo el cielo,
tendieron a las indias de dócil catadura:
cópula fundadora,
sobre la autoctonía aborigen
floreció la cultura del mestizo.

III

Las frutas pródigas del Valle

La villa fue creciendo a favor de sus dones,
confundidas estirpes pululaban alegres,
entonaron sus cantos a la tierra
y a la grácil mujer fruto del mundo nuevo.
Una ceiba gigante de ramas extendidas
agobiada de nidos y de alas,
servía de ateneo a los cantores.

Invitaba la tierra al laboreo,
sus pastizales frescos, asiento de ganados:

cabras, ovejas, vacas, cerdos y gallinas
caballos ágiles de las razas arábicas
y los pacientes burros, para la carga mansos
por las fragosas trochas de intrincadas espinas.

Las frutas pródigas del Valle,
“dulcísimas de ver mesas de reyes,
pitahayas, guanábanas, anones,
guayabas y guaraes y mameyes,
chicas, cotoperices y mamones,
piñas, caribujures, caracueyes”
cuchapes, paujés, chigüichigües,
mayas, guaicorucos, moras
unidas a las frutas que vinieron de España
subiéndose a manteles de opíparas comidas.

IV

La sombra remecida de los datileros

Llegadas desde oasis de la tierra africana,
acaso de las huertas de Sevilla
o de Islas Canarias, que es África de España,
creció como en su tierra, pródigo el datilero,
de jugosos racimos de rojo y amarillo,
las palmas prodigiosas,
que ofrecen al viajero su sombra remecida.

El dátil, alimento del beduino que cruza los desiertos,
es providencia cierta en las huertas del valle sanjuanero;
de sus cogollos tiernos
las tejedoras sin sosiego
confeccionan sombreros y otras artesanías.

Fuentidueño funda su propiedad en las laderas,
y allí quedó su nombre y señorío.

El Vergel fue el asiento de fértiles plantíos,
y más allá los barrios se multiplicaron:
El Macho, El Tuey, Las Barrancas, Guaimeque,
Boquerón, Los Fermines, Carapacho.
Lo demás era el mundo de la espina altanera:
heredades dispersas de pastores de chivos y de ovejas.

V

Los nombres y los oficios

Protegido de sus colinas y montañas
el pueblo se extendió arrimado a la Iglesia:
una misma familia
sin arrestos de alcornias heredadas,
leales en el esfuerzo del bienestar ambicionado:
Carriones, Herreras, Millanes y Cedeños.
Boadas, Villarroeles, Salazares y Martínez,
el padre Silvano Marcano Maraver,
Díaz, Marvales, Hernández y Velásquez,
Vásquez, Bernabé Pérez y Gómez y Fernández,
Romeros, Jiménez, Rojas, Zavalas y Fermines:
talabarteros, herreros, zapateros y agricultores,
los orfebres, de oro, plata, cobre,
los alfareros de tejas y ladrillos,
los ceramistas de tinajas y cazuelas,
las tejedoras de hamacas y de medias,
los albañiles y los carpinteros,
las industriosas manos
que elaboran piñonates sin piñones
que al codicioso gusto son delicia.

Tierno el pan del maíz o del trigo
iba a la mesa de ricos y de pobres,
cocido al fuego del hogar,
un pueblo sin mendigos
y una dignidad alzada al cielo.

En la apacible doma de ganados,
a favor del cultivo de granos y de frutas,
los vecinos no fueron ricos de muchos bienes
sino de paz labrada en trabajo afanoso.

VI

Los héroes

Para la hora de la Independencia
levantaron bandera de la Patria.
Morillo ocupó el poblado
sin doblegar el orgullo bravío de sus moradores.

Sus hombres fueron héroes.
Antonio Díaz, comandante de las Fuerzas Sutiles
vence en Pagayos, Isla del Orinoco,

sus hermanos pelearon valerosos,
Gaspar Marcano, soldado intelectual,
cantó las glorias de las contiendas de su tierra.

Ahora el pueblo vive con pobreza digna
cada quien en su oficio laborioso,
sin olvidar la herencia que les viene
del contacto de razas diferentes.
La lucha es su destino,
porque nada se logra sin esfuerzo.

VII

María de la Lluvia

Venías de la Iglesia removida de preces.
Anunciando tu paso
los violines del viento en cordajes de palma
vibraban en tu honor.

Una tenue llovizna te perlaba la cara
y a través de sus gotas,
cristal puro del aire,
miraba tu sonrisa iluminando el día.

Del cántaro de hechizos que te colma,
arco iris tendido a la distancia,
nacía la paz que se derrama
sobre la tierra ardida.

Con alma alborozada
mi emoción se fundió con el aura traviesa,
canto de cielo y nubes desbordado en tu ánimo,
mientras mi voluntad se rendía a tu albedrío.

Después el estudiante se perdió en la distancia
de los días oscuros del recuerdo,
pero era tu sonrisa
un fulgente cocuyo alumbrando el camino.

Me anonadó la infausta nueva
de tu muerte inesperada
madre de un hijo no nacido,
hijo de una madre como tú entre las sombras.

Vive, vive la madre cuando el hijo
pone el grito en el aire

porque en el vagido de la criatura
se pregonan con sonrisa alegre
que el llanto es una forma de anunciar la vida.

Muere, muere la madre cuando el niño al nacer pierde el camino
y la luz no penetra sus ojos.

Tú moriste de parto, que es una forma de morir dos veces,
el respiro cortado
para dos seres de amor tenebrecido.

Te miro a través de la lluvia
que iluminó tu cara;
la muerte no borró la dulzura entrañable
que era prezo de tu vida,
por eso vuelves siempre
entre acordes del viento
sonando sus violines en cordajes de palma.

En espejo de luces redobladas,
me miras y te miro,
tu imagen y mi imagen se confunden;
tus ojos en mis ojos,
los míos en los tuyos,
el espejo se triza en mil pedazos
y tu imagen es multitud de imágenes
que giran en la órbita del sueño
sin juntarse de nuevo en una sola imagen.

VIII

La Guardia

De San Juan al oeste topamos con el mar.
La Guardia nos espera,
allí conocí el olear del agua
metiéndome en el seno de las ondas.
Partía de Oripuey, hato de chivos,
con un pozo de luceros presos,
en anca de un jumento que conducía Felito Salazar,
me asustaron dos monstruos en la playa,
un tiburón y una guasa muertos.

Siguiendo la ruta de la costa, por donde muere el sol,
la arena mojada es de fangoso tránsito,
el manglar intrincado sombrea en la canícula:
el istmo de Arapano, tierra solar que une

el este y el oeste de La Margarita,
lo atravesé una noche con silencio de grillos
y cantos de lechuzas cazadoras.

IX **La Restinga**

El mar a la derecha, a la izquierda el manglar,
Restinga azul de verde sombreada
donde la luna se pasea,
bruja descalza camina silenciosa.
Alta la estrella, acribilla de luces la ribera.

Las sinuosas veredas entre el agua
conducen a la orilla arenosa,
brasa dormida entre ceniza y humo,
siempre caliente, no se apaga nunca.

Península de amor, delgada cinta
junto al agua y el agua
su imagen se proyecta en espejo infinito
el silencio y el mar
modelan su camino.

El aire es un azul sin mancha
hacia arriba, en el cielo,
hacia abajo, en el cristal dormido.

De los manglares cuelgan
en racimos las ostras,
al fondo estrellas rojas
devoran caracoles.

Las garzas corocoras,
las de albo plumaje,
vuelo de aves marinas
decoran los senderos
del agua detenida
y dan al verde bosque
un tono de bandera
flameando en el viento.

Restinga azul, prendido medallón
sobre el seno dorado de la espina.

X

Macanao

En Boca del Río,
angosta trocha de la lluvia que nace en Macanao,
el pueblo es una cinta de casas frente al mar,
sus barcos detenidos al pie de los manglares.

El Manglillo, Guayacancito, Robledal, Boca del Pozo,
parejas poblaciones que viven de la pesca.
¡Tierra de Macanao, agreste zona de intrincada maleza
donde acecha la espina, alerta la punzada!
cardones, tunas, la retama alevosa,
la ardorosa guasábara, de las ramas torcidas
y lanzas amoladas para herir a mansalva.

Al fondo, haciendo sombra entre neblinas
los picos altaneros: El Cedral, Corcovado, Punta de San Francisco
los calvos cerros desolados,
roja la tierra y el suelto pedriscal
agobiado de soles.
Un mar de tres colores: hacia la playa, ocre,
en el medio, verde intenso de cambiantes tonos
y un azul transparente, al fondo, de cielo sin fronteras.

Marineros de altura, con una flota numerosa y ágil,
pescan en el mar de Atlántico y Caribe,
los que aprisionan peces en las costas,
el palpitante salto del cardumen
desbordantes de luces las escamas.

Al pie de la montaña
se arrebuja entre neblinas San Francisco
de labradoras manos diligentes
que cultivan dulzor de anones y de nísperos,
guanábanas, ciruelas de huesito,
apetitosas dádivas para labios hendidos.

XI

Pueblos y lagunas

Bordeando la costa crecen pueblos y pueblos
y lagunas saladas que la mar rebosa:
Punta Arena, de barcos y de ranchos,
donde fueron prósperos ostrales.
Cerca cuentan que aulla un perro de leyenda

que vigila la tumba de su dueño,
asesinado capitán de una nave extranjera:
Chacachacare, escolleras para atracar los barcos,
lugar de la carena y las reparaciones,
Mata Redonda, donde corre entre sombras
historia de contrabando con enconada lucha
entre aduaneros y contrabandistas,
muertos y heridos con sangre entre las olas.

Las Tetas de María Guevara
desde el mar se divisan
como una señal para los rumbos,
erectas y fragantes de abundante leche
para animar los bríos de un pueblo sitibundo
que busca libertad y bienestar que se le niegan,
La Laguna de Raya, hondo brazo de mar,
La Sabana Grande, El Espinal, Los Varales,
lugar de desembarco de Morillo,
dura refriega heroica de un puñado de hombres
para oponer valor, ardor patriota
a una escuadra de numerosa tropa
de armas y pertrechos guarnecida.

El Guamache, puerto internacional,
Punta de Mangle, Las Cuicas, Jagüey Verde,
El Yaque, Las Giles, Las Hernández y Las Villarroeles.
Los Bagres, del pozo de los peces milagreros.
Y en medio de todos, por su vieja estructura
de estirpe colonial,
Punta de Piedra, donde atracan las naves
para los pasajeros entre la Isla y Costa Firme,
sabana extensa de salobre piso
donde el viento es personaje poderoso
que no envejece ni descansa,
levanta el polvo que atraviesa el poblado
y se pierde en el mar oscurecido,
los árboles doblan sus copas vencidos por las rachas
y no pueden crecer sino aparrados.

XII

Viento, flores y pájaros

El viento, el viento, colérico enemigo,
sempiterno descarga su furia destructora
sobre todo Macanao y su contorno,
su caliente vapor tuerce las hojas

tuesta los capullos, empujando las nubes
hacia otros confines
o las torna vapor de agua que no cae.

La Chulinga, arrogante equilibrista,
en la copa de espinas del cardón
ensaya el trino en su armoniosa voz
y le hacen coro, los pespés, los guayamates, los turpiales,
y los pases rasantes de los Chiritos de la Virgen
y el vuelo levantado de gaviotas.
En el centro del pájaro abre el cielo abanicos
que giran en la altura.

Las cuicas del verdor acrisolado,
muestran su cosecha de iguanas,
ramas sin tronco en aire suspendidas,
los conejos, lagartos de esmeralda,
los grises guaripetes y culebras
cavan sus madrigueras a la sombra, entre espinas.

En cada palmo de tierra donde la tuna impera
conquistan su terrón cancanapires del aroma al viento,
el cardo-santo, el cují y otras xerófilas especies
que alimentan su sed apenas llueve.

El espinal tostado se desgaja en mieles y perfumes
luce una primavera de colores el seco matorral,
sus flores de oro lucen el tarantán, las cuicas,
el guamache, la sábila y el palosano
y en el mástil alzado
el maguey levanta su bandera de topacio,
el abrojo tiende su alfombra,
revientan rojo vivo el caracuey y la retama,
mientras visten su discreto blanco de leche derramada
el urticante guaritoto y el guatacare.
En el aire pululan abejas diligentes
que del néctar fabrican sus panales.

XIII

Después que termina la faena

Al descender el día del eterno verano
Macanao se baña
en occiduos fulgores de amatista.

Va creciendo la noche con rumor de canciones
que corriendo en las olas llegan hasta la playa,
hay un ruido de alas que se pliegan
por entre los manglares.

Es la hora del sueño poblado de fantasmas
en la ruta de todos los caminos.

Tierra reseca, azotada de soles y de viento,
su cosecha es de hombres hechos a la medida de su suelo,
duros para el trabajo sobre la mar bravía,
pero como el cardón de sus plantíos
el blando corazón es generoso, desbordado de afectos
y la mano callosa da señal de amistad no desmentida.

Tierra pasmada en soledad discreta
abierto párpado al fulgor de la noche,
paso del temporal en el latido mudo.

Eres quemada sombra de carbones
susurro apenas de una queja honda,
labio ardido de sed, resquebrajado,
en espera del agua que no llega.
Miro la soledad y me detengo,
confundo mi destino
unido a tu destino.

Ahondando en tus congojas,
mis raíces crecidas en la sombra
serán savia en las ramas,
darán flores y pájaros,
una hoja en el viento:
mensaje de presencia
en la distancia.

HILO EN RUECA DE SUEÑOS

Qué fuerte como la muerte es el amor

EL CANTAR DE LOS CANTARES

*Pausado amor de caverna,
si a cada gota más tenso,
más cada día propenso
a una conjunción eterna*

MIGUEL HERNÁNDEZ

HILO EN RUECA DE SUEÑOS

A la distancia mi angustia se agiganta,
teje y desteje sus redes el ensueño
con mil hilos sutiles de esperanza;
mi anhelo de caricias se adormece
junto al dulce rescoldo de tus besos:
hilo en rueca de sueños, junto al alba,
tendido entre tu ausencia y mi recuerdo.

YO SÉ QUE NO VENDRÁS

Yo sé que no vendrás,
sin embargo, te espero.
El llano te presiente
leve brisa que pasa
rizando el pasto blando.

Tus huellas no se afirman
en la marca de un paso
porque van sobre el viento
con polen y con alas;
es huella que trasciende
en tu olor de mastranto
que inunda la sabana
y estira los mugidos
de los toros insomnes.

Yo sé que no vendrás,
sin embargo, te siento
en esta sed que corre
a través de mis venas,
en el cálido aliento
que me viene en el aire
y calcina mis huesos,
y en esta duermevela
de sentirte tan cerca
por cada poro abierto
y en el calor de besos
de cuerpos confundidos.

Cada palmo de tierra
lleva impreso tu nombre,
cada nube que pasa va contigo,
tu recuerdo me llega
en el vaho que brota de la tierra
cuando la lluvia pasa
y aunque te sé distante
tu presencia está en mí
como brasa dormida
que guarda en la pavesa
incendio de la llama.

Desparramada sombra
que mis pasos cobija,

obre este mar de verdes
la garza es una vela
sobre un mástil de adioses.

PRENDIDO A TU RECUERDO

Cabalgaba en la noche.
Sobre el hombro el crepúsculo
se derritió en tinieblas.

Solo, por los caminos veía pasar las sombras
que acechaban dolientes los postigos de luz.
Iba desenfundado, con el alma en los dedos,
pulsándola sonora como una cuerda tensa.

Su tañido en la sombra me abrigaba del miedo,
y el alma que era clara, de sutil transparencia,
alumbraba en la noche como un cocuyo abierto.
Yo me miraba en ella, reflejo que se quiebra
en mil vagas imágenes
que desdobra la gota en iris sobre el cielo.

Caído de la noche arribé hasta la aurora,
la clara transparencia me disolvió en la luz
y de vuelta del viaje de buscarme a mí mismo
regresé deslumbrado, prendido a tu recuerdo.

QUEMADURA

Eres solo una sombra
que pasa sin rozar
el aire y su perfume.

Una vida llenaste
y como mancha tenue
te desdibuja el tiempo.

Sin embargo persistes
como una quemadura.

LAS CAMPANAS

Incesantes las campanas
dan un dan con otro dan,
si se funden las campanas
ya no dan de lo que dan.

EL ECO

Voy repitiendo mi nombre
y el eco lo va copiando,
cuando se acabe mi voz
¿El eco te lo dirá?

ESPINA

En la crueldad de las espinas
acecha sigilosa la punzada

CERA DE TI MANADA

Como cirio en la sombra derretido,
en la penumbra tibia
tu caricia me abrasa.

Tu voz iluminada
se apaga queda y blanda
al borde de mi oído.

Cera de ti manada,
el fuego que te alienta
me consume en su llama.

SOBRE EL TIBIO NIDAL DE LOS RECUERDOS

Conservo aún el ímpetu del vuelo,
ala para el anhelo
planeando sobre un mar de aguas tranquilas,
y desde arriba miro,
bajo el claro estupor de la marea,
plateados peces de veloces remos
sobrenadando el cristalino cielo
desprendido a la altura de las ondas,
huyendo de la playa
flama que el viento azota,
arena y ola, ala que pasa en sombras
sobre el tibio nidal de los recuerdos
donde empolla sus sueños una gaviota herida.

SI TE ESPERO

Si te espero desespero,
si no te espero te sueño,
si pensada estás conmigo,
si soñada estoy contigo,
porque te fuiste tan hondo
que eres presencia en mi vida
y en el sueño o la vigilia
lejos o cerca te siento
punta que rasga una herida,
suave caricia en la venda.

Si te tengo te presiento,
cuando te alejas te siento
cálido aliento en el beso,
apretado abrazo loco
fuego que abrasa la entraña,
con el ansia de estar cerca
o la angustia de estar lejos.

Si en la mitad que me das
te siento entera en mi vida,
si fuera entrega total
desbordada crecerías,
río que entra a la mar
haciendo dulces las aguas
con su impetuoso caudal.

AUSENTE DE TUS BESOS

Ausente de tus besos
no levanto protestas;
los besos son cual deshojada rosa
sobre un cáliz sombrío.

Los pétalos caídos
abonan las raíces;
la emoción de la savia
se sube hasta la copa
para una primavera de botones
entre el verde follaje.

Del botón a la rosa
alienta el reventón,
perfume contenido
y al viento deshojada
después dará la vida.

Ausente de tus besos
sobre un cáliz sombrío
algún botón entumecido muere.

FUGITIVA

Cerca de mi costado
la sentí tan distante,
luna en cuarto menguante
colocada en su órbita de siglos.

Su querer es querer de lejanía,
se quema en el rescoldo
y huye de mi fuego que le abrasa,
y cuando más me quiere
no me busca,
y cuando yo la busco
coloca su distancia entre los dos.

Porque así me mantiene
sobre la tensa angustia
de la trunca esperanza de la espera,
porque ella me quiere cuando quiere
y me abandona siempre aunque no quiera.

¿Retenerla? ¡Imposible!
Me ama, yo lo sé,
pero su amor me inflama
y me deja carbón junto a la llama
que atizada se aviva,
mientras ella se aleja fugitiva
para que su ala tenue no se queme.

EXTRAMUROS

Siembra mis huesos
a extramuros
del lugar de los muertos,
así podré mirar
sigilosos luceros
y escuchar apacible
el rumor de tus manos jardineras
sin presencia indiscreta.

CUANDO DIGO TE QUIERO

De tanto decir te quiero
la palabra se ha hecho
de seda que acaricia
lamedora en tu oído.

De tanto repetirla,
la palabra es delgada
para entrar por la hendidia
que dejan dos silencios.

Con la insistencia clara
del agua entre las rocas
fue labrando caminos
para llegarte pura,
manantial por la herida
regando el corazón.

De tanto repetirla,
limada de sonidos,
en redondeado acento,
es rumor,
es latido,
susurro que se quiebra
cuando se torna en beso,
cántico adormilado,
se disuelve en la noche;
brisa de la mañana,
te despierta en la aurora.

Y va con el gozoso
ascenso de las horas
madurando sonrisas,
la semilla en la era,
flor crecida en el viento,
polen,
aroma,
pétalos,
difuminada atmósfera
donde estás sumergida,
sintiendo sin oír,
palpando sin mirar...

HAZME UNA CAPA DE MUSGOS

Niña del raro capricho,
de la nube y de la lluvia,
del aire y de la montaña,
de la Rosa de los Vientos
que se deshoja en tus manos,
del camino que te crece
mientras tú vas caminando.

Niña del canto dormido
sobre un filo de recuerdos,
niña despierta en el hilo
de esperanza que te amarra.

Después que te di la nube,
te hice el aire transparente
para mirarte en el cielo
como en un espejo de agua,
y te alargué los caminos
para tu viaje sin nunca.

Después que te di los pájaros
de tu boca pajarera,
trino encerrado en la noche,
puesto en vuelo en la mañana.

Después que te di el murmullo
de las fuentes sin riberas
y el bramar de la cascada,
me pides capa de musgos,
toda verde, que te cubra
de la cabeza a los pies,
remojada de neblina
que resbala de las nubes,
de sutiles pliegos hecha,
para aprisionarte entera
como un mural de tu cuerpo.

Hazme una capa de musgos,
repite tu voz mimosa.
Hazme una capa de musgos,
toda verde y transparente,
mojada de tu rocío.

Si lo quiere tu capricho,

te haré una capa de musgos.
Mis manos tejen caricias
sobre el perfil de tu cuerpo,
y te va cubriendo toda
de un verde de musgos nuevos,
capa de sutil tejido,
remojada de ternura.
Movida de mis miradas
coladas en la hiladura.

Y aquí está la capa entera.
Como araña tejedora
la tejió mi propia entraña.
Te hice una capa de musgos,
suave, ligera; medida
con mis manos en tu cuerpo,
transparente capa verde,
como ladera tendida
para recostar los sueños
y la angustia de quererte.

LA CANCIÓN QUE VUELA

Bajo de la lluvia
la canción se mece,
y el viento la lleva
mojada y fresquita.

Traspasa la reja,
toca tu ventana
y a tu oído llega
cual suave latido.

Te adormece quieta,
te arrulla y envuelve,
es apenas soplo
mojado de lluvia.

Vuelve sobre el viento,
fresca de ternura
que arrancó a tus labios
la canción que vuela.

LA INVENCIBLE ROSA

A Carmen Omayra Cásares Reyes

La delicada rosa, exacta forma
se abre en el viento y se deshoja
y vuelve a crecer indiferente;
desafiando al viento, al sol omnipotente
cumple con su deber de aromas y colores.

El viento es viento en todos los momentos,
el sol mancilla la rosa en su corola,
pero en tiempo medido se irgue soberana
y nada la detiene. Majestuosa fulgura:
la rosa es rosa contra sol y viento

TARDE EN AZUL

Se puso azul el camino
de tanto azul en el cielo,
iba remando en el río
el azul de los reflejos.

Y tú cerca de la orilla
desenredas los azules,
mientras en el viento corren
susurrantes los murmullos.

Todo se puso a servirte:
el agua lame tus plantas
y la tarde esplendorosa
sobre tu piel se arremansa.

Callado asombro del río
cuando tus senos lo tocan
en su aletear de palomas
de arrullos tiernos y locos.

Lumbre, nube, cielo, río
van en tránsito ligero
mientras tu belleza queda
clavada como un lucero.

Se deshacen los azules
entre la sombra que avanza
mientras tú, ninfa desnuda,
eres claridad alzada.

Te vio pasar el camino,
la tarde y yo te miramos,
ella se llevó tu imagen
mientras yo quedé esperando
entre la lluvia de trinos
que se cuele de las ramas
cuando el crepúsculo muere
tras de los cerros distantes.

EL POZO DE TUS MANOS

Eibarlar es el monte
erguido de neblinas
donde la cima toca con el cielo.

Vuelos de mariposas triscan en las laderas
como alados corderos
de espolvoreadas alas
que brillan a la luz de la mañana.

Senderos escondidos,
de muelle, verde alfombra,
esperjados de matinal rocío,
ensilencian los pasos
que humedecidos trepan
buscando entre los riscos
alguna flor silvestre.

Mil pájaros selváticos
empenachan sus cantos
junto a los manantiales
que bajan de las peñas.

Entre las nubes rosa
se diluye el crepúsculo
y la estrella distante
que alumbró nuestras tardes
se baña junto al pozo
que es el cuenco relleno de tus manos
que licuaron neblina
para un sorbo de sed nunca apagada.

MARINERA

A la orilla del Mar del Caribe
inundado de claros reflejos
la ola canta su canto de espumas
con vaivén sonoro en la playa.

En la arena, tendida al desgaire,
se doraba tu piel bajo el sol,
te besaban la ola y el viento
con un beso de sal y de fuego
y temblor de amorosa caricia.

Fue creciendo la llama hacia adentro,
crepitando ardoroso tu ser
me envolvió como ola en abrazos
y sentí recorriendo mi cuerpo
mar y viento de sal impregnados,
tu caricia de espuma embebida
desgajada sonora en el beso
con un suave rumor desmayado.

Sol y nubes, la brisa y el agua
en la arena de playa restallan
y tus brazos mis brazos anudan
enredando tu suave ternura
como alga que flota en las ondas.

VENTANAL DE LOS SUEÑOS

I

Tu caricia era riego

Entre sombras y humos
abriste tu ventana
para que se asomara
limpia y pura mi vida.

Desde el postigo abierto,
oblicuo en la distancia,
miraba los paisajes:
Entre ruinas deshechas
se enredaban los musgos,
mientras iba creciendo,
la copa erguida al cielo,
un bosque nuevo.

Sutil, de frescas linfas,
sobre el abierto cauce,
mojaba los costados
fertilizando sueños,
cantarina en las rocas
mi esperanza
y entre el claro frescor,
como a la flor que crece,
tu caricia era riego.

II

Cañamazo de vida

Iba desenredando la tela de tus sueños,
en cada malla el nudo engarzaba una pena,
y el hilo la apretaba, lazada tras lazada,
manto de soledad y apagados luceros.

La maraña tejida de recuerdos,
hacía del presente
vida para el pasado,
cuando eres plenitud
de madura cosecha en los racimos
y en cada amanecer te brilla clara,
en la gota de llanto derramada
la irisada promesa
del porvenir crecido
en los flancos del día.

En este destejer de penas y sueños,
de la entraña que mana
hilos como la araña,
creció mi propio hilo.

Cañamazo de vida
para engarzar latidos
del corazón gozoso,
enlazar el ¡te quiero!
el ritmo del suspiro
que viaja entre la brisa,
dibujar la sonrisa
y el quejido de amor,
que no es ¡ay! del que pena
sino aliento que corre
desde el pulso hasta el labio
y estalla en queja y besos.

Tela de amarrar los trinos,
la luz del sol en tus ojos,
y la dicha que me crece
junto al pozo de ternura
que va manando en tus dedos.

III

Hacia arriba hay luceros

Negada y derramada,
en lo que niegas creces,
como otoños sin hojas
donde alienta la flor de primavera
y la semilla ensaya
romper la oscura celda
que aprisiona la vida.

El árbol que planté junto a tu era,
regado en tu mano,
por tu mano crecido,
se arrebujó en tu cuidado.
La derramada copa tiene trinos y nidos,
sobre cada retoño va creciendo una flor,
el sol que lo calienta,
de la nube al cobijo,
pone a correr la savia
desde el suelo a la nube,
raíz y tronco y ramas
viviendo en el latido.

¡Mira!, junto a tu paso
está creciendo el día,
hacia arriba hay luceros
en el alba despiertos.

He destrenzado toda la malla de tus sueños,
deshilaché tormentos,
destrencé pena a pena,
y aquí, de punta a punta
con hilo de mi entraña
voy tejiendo tu vida,
lazada tras lazada,
engarzada a la mía.

En esta bordadura
hurtamos a la vida lo que nos da la vida;
inconformes de todo, será nuestro el empeño,
será nuestro el minuto,
el tiempo de querernos,
mientras viaja en el viento
la angustia que nos trajo
a juntar la querencia
en este amanecer de lumbre y canto.

TENGO UNA AMIGA CUBANA

*En el álbum de la poetisa
Arminda Valdés Ginebra*

Para alivio del destierro
tengo una amiga cubana,
alma delicada y franca
para la palabra hermana.

Tengo una amiga cubana,
que es tener rico tesoro:
Arminda Valdés Ginebra,
cariño de seda y oro.

Me sorprendió con su canto
del soñar amanecido,
guarura estrenada al viento
sobre el rumbo de mi oído.

Al calor de su mirada
al fulgor de su sonrisa,
la pena en canto se quiebra
cual leve rumor de brisa.

Su emoción, hilo tendido
sobre el aura pasajera,
cual móvil cometa engarza
mi tensa angustia viajera.

Tengo una amiga cubana,
que es tener rico tesoro:
Arminda Valdés Ginebra,
cariño de seda y oro.

(La Habana, 23 de abril de 1951).

CUANDO TÚ REGRESES

Hace ya tanto tiempo que te espero
que me crecen los días
largos como siglos
y las horas son años en tu ausencia.

Yo que tengo tu luz para mis noches
he caminado a tientas.
Hasta que tú regreses
no miraré el sendero
donde tus manos ponen
fanal de claridad para mis días.

¡Qué milagrosa vara
de medir es la ausencia!,
nos cuenta los suspiros,
nos mide los recuerdos
y alarga la esperanza
para hacerla del largo del regreso.

Te fuiste cuando apenas
regresabas del sueño,
del sueño de la rosa
que en el botón llenaba
la medida del vaso,
y que antes de la aurora
desgajó su corola,
cuando estaban tus manos jardineras
húmedas de caricias,
cuajadas de rocío
y era tu voz promesa
para el arrullo tierno.

Te fuiste cuando apenas
tu dolor y el mío
sangraban por la herida
del botón hecho carne
del anhelante espíritu.

Te fuiste sobre el ala
dorada de la tarde
sobre un rumbo de adioses
tendidos a tu paso,
mientras iba sus rosas
desgranando el Poniente,

y yo, que estaba solo,
mirándote partir,
deshilaché en el viento,
frente al sol que moría,
mi pena por tu ausencia.

Cuando vuelvas ¡jamada!
te esperarán mis brazos
estrenados de nuevo
para hacerte torzal de enredadera,
tan cerca de mi pecho
que puedas escuchar cada latido
estrenado también a tu regreso.

Cuando vuelvas, mis besos,
añejos de esperarte,
serán burbujas tenues
sobre tus frescos labios;
sobre las lenguas mudas
un silencio anhelante
se alargará en caricias;
tus ojos en mis ojos
inventarán lenguaje
para un mar de emociones contenidas
hasta el día del regreso.

Sentirás que en la estancia
persiste el suave aroma
que se quedó en el vaso
donde el sueño anudado
de tu vida y la mía
puso el botón trizado
a la vera del día sin aurora.

El día que regreses,
cien esperas
empapadas de angustia
te saltarán al cuello;
sobre el filo del día,
con fragancias de pinos
la brisa llevará rumor de besos,
y mi clara alegría,
loca de tu locura
se esparcirá en el viento.

Sobre el flanco del bosque
mañanearán luceros.

HOMBRE INACABADO

*El hombre no es más que una caña,
lo más débil de la naturaleza;
pero una caña que piensa.*

BLAISE PASCAL

*¿Quién domina los centros del mundo y de las llamas?
¡Los hombres!*

RAFAEL ALBERTI

*El hombre una vez vive para no retornar.
Su existencia es un hilito que se disipa presto.
La suma de su vida es un pobre montículo.
Cubierto de cizaña al poco tiempo.*

KONG-FU-TSE, POETA CHINO 551-479 A DE JC

¿Quién soy? ¿Qué soy?
En este mudar interminable
he sido tantas veces
y he dejado de ser.

Es el camino y sus recodos
el que modela el paso
aunque sea nuestro camino
y el pie señale la postura.

Seguiré siendo,
siempre inconforme de lo que soy,
¿Cómo seré mañana?
Que mi yo me sorprenda
afirmando cómo quiero ser
y no como debo ser según los otros.

El hombre es un proyecto:
¡Subir, crecer hasta perfecto!
El anhelo infinito:
¡Ser es hacerse cada día!

¡VIVE!

Al poeta Ali Lameda

El tiempo de vivir es infinito.
El tiempo de morir es de relámpago.
¡Vive!... Para morir te sobra tiempo.

AHORA O NUNCA

A Víctor Mazzei González

Polvo del polvo disemina el viento
en la siembra incesante de polen y de granos.
El vientre de la noche no pare solo sombras
sino que lleva envuelta como ola estremecida
las luces de la aurora, la semilla del alba.

Por ello nace y muere prisionera
la luz parpadeante del futuro;
no hay término, todo comienza siempre:
siempre es ayer, mañana, ahora o nunca.

LA HUELLA

A Héctor Mujica

En el tiempo trajinado
cada pisada deja
su marca apresurada:
la huella es un instante
que lo borra otra huella.

La piedra inmóvil dura.
Tú eres tan solo viento
y el viento siempre sopla
hacia todos los rumbos
pero en ninguno finca.

LA CRUZ DEL PASTEL

A José Miguel Monagas

En cada vuelta de camino
ponían una cruz los caminantes.
Todo viajero
para hacer pedestal junto al madero,
sin mirar hacia atrás, arrojaba una piedra
y fue creciendo alto el pedestal.

Alguna vez una mujer devota
colocaba una flor entre las piedras,
rezaba una plegaria, se persignaba
y proseguía cantando su canción.

Ya en las encrucijadas
no se detienen silenciosos los viajeros
para arrojar sus piedras a las cruces
sin mirar hacia atrás.
No hay flores en las cruces camineras
que seque el sol y se las lleve el viento;
las piedras se fundieron
entre la trenza negra del camino,
cruzan volando en olor de gasolina
los pasajeros distraídos.

Cruces de caminos
señalan Norte, Sur con sagitarias flechas.
Hay caminos sin cruces
y cruces sin caminos.

LA ESPIGA

Al poeta Ramón Palomares

La espiga frágil
oscila con el viento.
En el suelo la sombra
es barba de silencio
que se mueve tan solo
si se mueve la espiga.

La espiga está en el viento,
si el viento sopla tenue
es apenas murmullo.

La espiga balancea
con ritmo acompasado;
si el viento sopla recio
la espiga es abatida.

Estructura de polen,
hilo sutil de oro
es apenas la sombra
de la brizna de un nido.

No se corta la luz
que alumbra la intemperie
de la espiga abatida.

En ese desamparo
la sombra se proyecta,
no es juguete del viento
en sus volubles giros
y se mueve tan solo
si se mueve la espiga.

El soleado espacio
no se corta ni mengua
cuando la espiga va
cuando la espiga viene.

VENGO DEL TIEMPO

Al Dr. Pedro Rincón Gutiérrez

Descorriendo del sueño la débil telaraña,
en la noche de insomnio,
desde el fondo, como un viento de siglos,
venía cabalgando entre las sombras
una voz de presagios y pregones;
vibró en la oscuridad
y dijo, claveteando el silencio:
“Vengo del tiempo que cabalgo y domino,
me he inventado a mí mismo.
Soy presente y futuro
y nunca acaba en mí la hora de hacer y rehacer;
jamás supe volver por el mismo camino,
inventé rutas en donde el paso insólito
en cada huella deja grabadura sin mancha.

Fundé catedrales de un culto innominado,
sin nichos de enmohecidos íconos,
sin sacerdotes de litúrgicos cantos
ni música monótona que resuena milenios,
sin lecturas que agobian los oídos,
sino claros ambientes con pájaros y viento,
con árboles y flores, con un piso de hojas
que tintinean al gotear del rocío,
sin muros y sin techos, donde oficia la luna
y entonan las estrellas sus canciones;
Catedrales del sueño soñado en la montaña
para mirar el mundo abriendo la penumbra,
en épica aventura de crear sin medida
el hombre que vendrá, puro de amanecer,
con un idioma de afirmaciones generosas,
palabras fundadoras,
el golpe de martillo que afina los metales,
el rayo constelado en que vibra la tierra
cuando nace la lluvia del confín de la nube.

El mundo de vocablos labradores,
que van cavando el surco, abonando la tierra,
semillas puras, transparentes.
Espigas en el aire
tremolando asombrados inventos
las sílabas del alba.
El idioma del niño

que de pura pureza es un descubrimiento
de las cosas que nombra oyéndoles el nombre,
asombro de decirlas
sin saber que las cosas y los seres
nombrados se incorporan y existen
en las múltiples formas
con que crecen y animan en inédito espacio”.

Fue un solo parpadeo.
Deslicé unas palabras.
Quería saber la ruta de ese claro universo
y pregunté por dónde se toca su lindero.

No escuché la respuesta.
El sueño tiene el límite de vuelta a la vigilia.

DUDA

A Denzil Romero

Yo nunca supe
de la fe sin límites.
Para mí dudar es un camino.

Cuando busco la verdad
no le temo al error
sino al vacío.

Cuando afirmo me afirmo,
cuando niego
me afirmo.

Soy yo mismo
el que niega o afirma.

EL TIEMPO ESCURRIDIZO

A Pedro Pablo Paredes

El tiempo no sabe que yo existo,
pero yo sé que se esfuma:
azogue de ceniza
marca las horas,
el afán de los días.
Su inquieto paso es vida
que entre los dedos pasa.

EL CABO LUCERO

*En el recuerdo de Felipe Obando,
Pepe Amparan, Chico Tomás Rodríguez
y Chuchú Gómez cabos luceros de La Asunción*

A la hora de prenderse las estrellas
encendía los faroles
el Cabo Lucero.

Escalera al hombro,
querosén en mano
cumplía su oficio de alumbrar
el Cabo Lucero.

Por él tenía la noche
luces de los mecheros.
Cuando el sol apagaba las estrellas
el encendedor nocturno
apagaba los faroles.

Con un gesto de Dios temporero
despabilaba la noche en las esquinas
el Cabo Lucero.

Escalera al hombro, querosén en mano,
calle abajo, calle arriba,
iba esparciendo luz
el Cabo Lucero.

¡AHORA ILUMINADA!

A la ingeniera Josefina Salazar

Venía la mujer a contraluz
con el sol en la espalda;
el viento le bruñía
con arenas doradas
el rostro amanecido
con rocío de lágrimas.

Sobre la arena tibia
las plantas descalzadas
marcaban en la senda
un paso solitario.

Bordeando el camino
los cardones izaban sus espigas
punzando el aire tenue
plenado de silencio.

Estuvo andando a tientas
la mujer con su pena
y cuando ya cansados
los breves pies sangraban,
arribó a la hondonada
riscosa y desigual
que en su fondo llevaba
arroyo murmurante
que avivaba la sed con su frescura.

La mujer en el agua
también se hizo murmullo,
como una raíz sorbió la linfa,
creció tallo florido,
la sonrisa fue aroma de sus labios
y frutos su alegría.

¡Ahora iluminada!
lleva el sol en la frente,
y cantan en sus ramas
mil pájaros errantes
que buscaban cobijo
al cansado aletear de sus distancias.

PIEDRA DEL CAMINO

*Al poeta Guillermo de León Calles.
Pastor de cujíes, piedras y cardones
en Pedregal de Falcón.*

Piedra del camino
que el sol,
la pisada,
el viento
modelan
a la mano del hombre
para la honda que dispara
a la estrella lejana
en busca de la luz.

La piedra
caminera
sin hendiduras,
hecha de reflejos,
de noches,
de días,
espera silenciosa
y la lumbre fosfórica
difunde
y no se acaba.

De tu dureza, ¡piedra!
se nutre la esperanza.

ANEXOS

FACSIMILARES DE MANUSCRITOS

Y Isla de Coche

Desde el barco en la proa
mirabamos distante
hilos blancos de arena.

Sobre la mar avanza la nave mansera.
En aguas de esmeralda sumergida,
Cual ~~espejo~~^{hablena} tendido entre las olas
se anuncian los repechos de la isla.

En la cercana playa columbramos
el brillo deslumbrante de un desierto de sal
con miseria de pueblo sembrado en los costados.

Desolada vision del mundo de la espina,
de veredas fortunas dentro de la maleza,
que flotan con el viento en la arena reseca
un pálpito de angustias a morir en la playa.

El grito desgarrado se deslizo en la brisa,
la palabra era un eco del corazon dolido,
cancion para los sueños sin espera
y tu pomendo aromas sobre el viento salino,
regadas de mi mano sembradora,
canto de rosa en desgajado pétalo.

Manuscrito del poema "Isla de Coche"
tomado del cuaderno de Luis Beltrán Prieto
Figuerola titulado "La rueda de los sueños".

El papagallo

Librado el papagallo azul y blanco
se elevó con el viento,
se perdió entre las nubes cabeceando
en el alegre juego de trepar por el hilo.

La cuerda de tenerlo estaba tensa,
segura entre las manos
que le desavillaban las distancias
y animaban la hozaña de la altura
en la angustia del vuelo sostenido.

Y la mano, y el hilo, el papagallo
eran un solo anhelo
de pureza en el aire
compartida con paz sobre la hierba,
donde el ala hace sombra,
Cobijo del regreso. -

11
Remojado de azul,
puro de nubes,
tirado por el hilo
regresó de la altura
al valiente ~~alegre~~ ~~azul y blanco~~

Sin alardes de vuelo
se posó entre las manos
que lo tuvieron tenso;
el lento descender
fue el reposo del ave
en el regazo tibio
del cuenco de su nido.

Manuscrito del poema "El Papagayo"
tomado del cuaderno de Luis Beltrán Prieto
Figuroa titulado "La rueda de los sueños".

PRIETO

*“Por tus palabras y tus ideas
Bendito seas ¡Oh, Luis Beltrán!,
que acabarías con nuestras quejas
si tus orejas fueran de pan*

Tú te pareces a Tío Conejo,
no por lo viejo ni en lo guasón
sino en el hecho, Prieto querido,
de haber salido tan orejón.

Niños y mozos, viejos y viejas,
ricos y pobres, sin excepción,
en el momento de nuestras quejas
nos agarramos a tus orejas
como a dos tablas de salvación”.

AQUILES NAZOA



ÍNDICE

Nota sentimental para acompañar al Maestro Prieto	7
MURAL DE MI CIUDAD	13
INVOCACIÓN AL CANTO	17
ANDANZAS DE LA CIUDAD	23
El descubrimiento	25
Lope de Aguirre	31
Fuego y ceniza	35
El hambre y la sequía	38
La gobernadora doña Aldonza Manrique	41
La batalla de Matasiete	43
El incendio de la tagua	48
COLINAS Y MONTAÑAS	51
Colinas del castillo de Santa Rosa	53
Las colinas numeradas	56
La Peña	59
Mueresol	62
La montaña de El Copey	63
La Caranta	66
Matasiete	68
LOS BARRIOS	71
La portada	73
El mamey	75
La Otrabanda	79
El barrio de El Copey	82
LOS SERES Y LAS COSAS	85
San Francisco	87
Mi padre	90
Mi madre	94
Los compañeros	97
De isla en isla	99
Galito	102
Los fantasmas	104
El cardón	106
El colibrí	108
El papagayo	109
El trompo	110
Recuerdo	112
La brisa	113
Mandato ineludible	114

DEL HOMBRE AL HOMBRE	115
Cante el poeta al hombre	119
Perfil del hombre	121
Historia del río	125
El arte de ser hombre	128
Las piedras	130
Fiebre	132
Viaje estelar	134
Vuelo de regreso	136
Rada de Montevideo	138
El apamate ciudadano	140
El niño sobre el hombro	142
La sombra	143
En el hondón de la herida	144
Gloria y agonía del poeta	145
Tú mismo	147
El trino en libertad	148
Las ideas en el viento	149
La enredadera	152
Nadie sabe	153
El puente derrumbado	156
Persistencia	158
VERBA MÍNIMA	159
Fluidez	163
Existencia	164
El sueño creador	165
Órbita del silencio	166
Cordilleras andantes	167
Una mujer incomparable	168
Nacimiento del ala	169
El trino	170
Hojas y plumas	171
Aventura	172
Sacrificio	173
Fugacidad	174
Decreto de cigarras	175
Hiladura es la vida	176
Vuelo interrumpido	177
Llueve sobre el monte	178
Cicatriz	179
Destrucción	180
Embriaguez	181
El pozo	182
Gracias	183
Desde la lejanía	184

Moldeadura	185
Perder el tiempo	186
Sombra y grandeza	187
Tiempo y sombra	188
Sombra y conciencia	189
Sombra en el río	190
Corazonada	191
El camino	192
Imagen	193
Cierto olor a jazmín	194
El pasado	195
Latido	196
Ser con los demás	197
Contraste	198
Tus manos	199
Si el agua se volviese	200
Intermedio	201
Más allá de la distancia	202
Respuesta	203
Hasta el fondo	204
Compañeros	205
Remanso	206
Palabra final	207
Desgaste	208
Perdurabilidad	209
Voz en el tiempo	210
El pez en la red	211
Coplas	212
Ceniza	213
Mediodía	214
Inmovilidad	215
La palabra	216
Plenitud	217
El afán incesante	218
Adelante	219
ISLA DE AZUL Y VIENTO	221
Nota explicativa	225
Soy tu voz en el viento	227
ALUMBRAMIENTO DE PARAGUACHOA	229
Rodaba el mundo enmudecido y solo...	233
El descubrimiento	237
¿EN DÓNDE NACE EL MAR?	239
¿De dónde viene el mar? ¿En dónde nace esta furia disuelta?	243
La nadadora	245

Las dádivas del mar	246
Isla de Coche	247
Sobre las olas	248
El caracol	249
En la playa	250
Playa de El agua	251
Tarde de manzanillo	253
La mar enlunecida	255
¿Cuál es tu camino?	257
El corazón de la espuma	258
Huella en la arena movediza	259
La roca	260
El peñón	261
De isla en isla	262
El sabor de la ola	265
La primera lluvia	266
La brisa	268
Siembra mi sueño marinero	269
Descubrimiento del agua	271
EL VIENTO EN LAS ALAS	273
El alcatraz	277
El guanaguanare	278
Los tigüitigües	279
Las chiquias	280
Las angoletas	281
La paraulata	282
El cocuyo	283
Paraulata en la espina	284
El guayamate	285
El colibrí	286
Embriaguez	287
Chirito de la Virgen	288
La gaviota	289
VILLAS, PUEBLO Y CIUDADES	291
La ciudad, mi ciudad	295
Paraguachí	298
Juangriego del recuerdo	299
La azul claridad de Pampatar	305
Porlamar en el viento	311
Norte del norte de la tierra isleña	320
Bajo la sombra de los datileros	330
HILO EN RUECA DE SUEÑOS	341

Hilo en rueca de sueños	345
Yo sé que no vendrás	346
Prendido a tu recuerdo	348
Quemadura	349
Las campanas	350
El eco	351
Espina	352
Cera de ti manada	353
Sobre el tibio nidal de los recuerdos	354
Si te espero	355
Ausente de tus besos	356
Fugitiva	357
Extramuros	358
Cuando digo te quiero	359
Hazme una capa de musgos	360
La canción que vuela	362
La invencible rosa	363
Tarde en azul	364
El pozo de tus manos	365
Marinera	366
Ventanal de los sueños	367
Tengo una amiga cubana	370
Cuando tú regreses	371
HOMBRE INACABADO	373
¿Quién soy? ¿Qué soy?	377
¡Vive!	378
Ahora o nunca	379
La huella	380
La cruz del pastel	381
La espiga	382
Vengo del tiempo	383
Duda	385
El tiempo escurridizo	386
El cabo lucero	387
¡Ahora iluminada!	388
Piedra del camino	389
ANEXOS	391
FACSIMILARES DE MANUSCRITOS	393
Prieto	399

Edición digital
marzo de 2017
Caracas - Venezuela

Luis Beltrán Prieto Figueroa (La Asunción, 1902- Caracas, 1993)

Doctor en Ciencias Políticas y Sociales. Ejerció importantes cargos en la educación y la política venezolana. En 1936 fundó la Federación Venezolana de Maestros y fue ministro de Educación entre 1947 y 1948. Durante el gobierno de Marcos Pérez Jiménez se exilia en Centroamérica. En Costa Rica y Honduras, fue jefe de misión al servicio de la Unesco y profesor en La Habana. Al regresar a Venezuela integró la comisión redactora del proyecto de Constitución Nacional (1936) y de la Ley de Educación (1980). Fundó el Instituto Nacional de Cooperación Educativa (Ince), actualmente Inces. En 1941, fue cofundador del partido Acción Democrática (AD), fundador del Movimiento Electoral del Pueblo (MEP) y candidato presidencial en 1968 y 1978. Es autor de una amplia bibliografía acerca del tema educativo.

La poesía de Luis Beltrán Prieto Figueroa es un canto al hombre por encima de todas las cosas. En el hombre está puesta toda su confianza y esperanza. Para él la belleza del mundo existe gracias a que este puede verlas, por eso en uno de sus poemas dice: "Suprimid al hombre y no habrá belleza ni mundo ni cosas". El hombre verdadero también es aquel capaz de ser solidario con su prójimo, en síntesis: un ser social. En este sentido, su poesía viene a ser un acto de conciencia, y también una demostración de amor por su tierra: Margarita. Dos de sus cuatro poemarios están dedicados a este lugar tan importante histórica y culturalmente para nuestro país. En ellos cuenta sus principales anécdotas y personajes, haciendo hincapié en temas como la resistencia indígena y los oficios humanos. Su obra poética es un regalo de bondad como luchador, educador y político. Esta edición reúne por primera vez sus cuatro libros de poesía.



Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

